"¡Estudiar, organizar, difundir!" (K. Liebknecht)

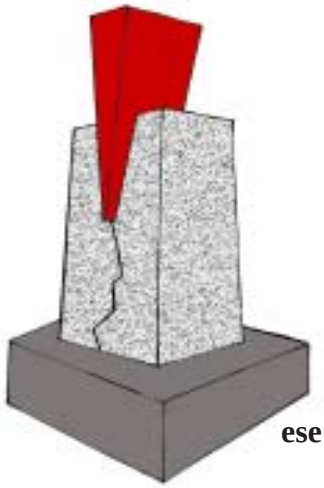
El Martinete

NÚMERO 22 **MAYO, 2009**

OBAMA, POR LOS SENDEROS DEL TIO SAM

MAI

MOVIMIENTO ANTI-IMPERIALISTA



Internacionalista, solidario,
hermano de los pueblos oprimidos, como el martinete:
ese ave migratoria que habita en todos los continentes
y vive y se defiende en colectividad.

Proletario, trabajador del hierro revolucionario,
moldeador del metal de la nueva sociedad, como el martinete:
esa herramienta de la fragua que da nueva forma a los hierros.

Profundamente obrero, arraigado en las raíces culturales
que se hunden en la tierra de la historia de los pueblos, como el martinete:
ese cante flamenco que se acompaña del golpear del martillo sobre el yunque.

Así es EL MARTINETE, la voz anti-imperialista del MAI.

SUMARIO

Editorial: EL TÍO TOM 3

ALREDEDOR DE LA LIGA DE LOS COMUNISTAS 10

LOS COMUNISTAS ANTE LA CRISIS 41

CONFERENCIA INTERNACIONAL DE HAMBURGO 42
- **Convocatoria del Movimiento Popular Perú** 44
- **Intervención del Movimiento Popular Perú** 45
- **Intervención del Movimiento Anti-Imperialista** 51

¿KIMETZ INFORMA? 56

EL ASESINO DE GAVÀ 63

FUEGO EN LA ACRÓPOLIS 65

EDITORIAL

El Tío Tom

Barack Obama

El Tío Sam ha salido de la Casa Blanca; pero ha entrado el Tío Tom. Esta alegoría resume todo lo que da de sí el *cambio* que se ha producido a raíz de las últimas elecciones presidenciales en los Estados Unidos (EE.UU.). Pura apariencia. Una operación de *merchandising* para consumo de masas de la imagen de una especie de nuevo mesías de los desesperanzados, operación pagada y animada por la clase dominante norteamericana con el objeto, precisamente, de recuperar el apoyo social –nacional e internacional– para su política hegemonista que la era Bush había dilapidado groseramente. Obama pretende ser la nueva *esperanza blanca*, una especie de bálsamo con el que se quiere ofrecer optimismo y confianza en un momento de incertidumbre y crisis. Esta operación de imagen a gran escala ya tuvo su precedente en J. F. Kennedy, elevado al poder –y apartado de él– por el método del golpe de Estado (quien realmente ganó las elecciones de 1960 fue Nixon) como tabla de salvación de la credibilidad del sistema. Para aupar a Obama, sin embargo, ha bastado con un *golpe* mediático. Sólo esperamos, por el bien de la clarividencia futura de esa progresía que hoy experimenta una especie de catarsis colectiva a nivel planetario, que a este nuevo prócer de la humanidad se le dé tiempo para mostrarse como el gran fraude que es y no lo conviertan en un nuevo mártir de la democracia y en otro mito para consumo de la *beautiful people* americana.

Obama superó la última prueba de su proceso de conversión en Tío Tom en plena campaña electoral, cuando rompió con su mentor espiritual, Jeremiah Wright y su Iglesia Unida de la Trinidad de Cristo, uno de esos reductos de negros donde, entre cánticos e invocaciones de redención supramundana, se intenta que no se borre de la memoria de la comunidad afroamericana la conciencia de que el amo blanco sólo se disfrazó de abolicionista cuando fue necesario y que el negro sigue siendo esclavo: de la plantación de algodón a la fábrica y del látigo al suburbio urbano, esos fueron todos los cambios. Como negro domesticado, Obama ha sido colocado ahí por el sistema de los blancos como lenitivo espiritual de las masas, mientras se aplican las medidas necesarias para recuperar y justificar el reflote del capitalismo. Ya ha puesto manos a la obra dirigiendo sus esfuerzos en la revivificación de las instituciones del capital, hundidas en el marasmo de la crisis, y diseñando una política internacional de gran potencia claramente continuista. Eso sí, como el personaje de la novela de Harriet Beecher Store, siempre comprensivo con la autoridad del amo y las relaciones de explotación que representa, este nuevo Tío Tom adobará toda su política con cierto grado de caridad y de mística cristianas, para que el imperialismo norteamericano presente ante la opinión pública un perfil bajo. En resumen, el mismo palo, pero un poco más de zanahoria.

Palestina

Aparte de las puestas en escena y de los grandilocuentes discursos, el continuismo de la política del actual inquilino de la Casa Blanca se puso de manifiesto no sólo con la elección de un equipo extraído directamente de los colaboradores de la Administración Clinton y con los escándalos de corrupción que acompañaron a varios de ellos, que emborronaron la imagen de impoluta moralidad que pretende dar su mentor, sino, sobre todo, cuando éste se inhibió de la crisis de Gaza de las navidades pasadas, mientras, como Presidente Electo, se involucraba personalmente en las decisiones del todavía mandatario Georg W. Bush sobre el rescate de las grandes empresas financieras norteamericanas en quiebra. Para los palestinos no hubo grandes palabras. Tras la tregua, Hillary Clinton ha llevado a Oriente Próximo la misma hoja de ruta que Washington defiende como solución al conflicto desde los acuerdos Madrid-Oslo: dos pueblos, dos Estados en Palestina. Este programa es también el de la burguesía palestina aliada al imperialismo, dirigida por Al Fatah y el traidor Mahmud Abbas, amigos del sionismo y enemigos de su pueblo. Por su parte, la dependencia del Estado israelí del imperialismo obliga a sus líderes a aceptar formalmente esa hoja de ruta, pero aplicando de hecho una política de obstaculización y de imposición del *statu quo* por medio de la provocación sistemática a Hamás, con el propósito de alargar el conflicto todo lo posible, hasta que la comunidad internacional acepte poner un techo a la soberanía del pueblo palestino que no sobrepase la actual autonomía de la Autoridad Nacional Palestina. Al imperialismo le interesa la articulación política de Palestina sobre la base de la alianza entre las burguesías judía y palestina, con el fin de generar un escenario de equilibrio geopolítico que permita frenar la influencia siria e iraní en la zona; el sionismo sólo añade a este proyecto que, en esa alianza, los palestinos jueguen un papel subordinado.

Tras el fracaso de las organizaciones revisionistas y su política de frente único con la burguesía (OLP), quien se ha puesto a la cabeza de la lucha del pueblo palestino por su verdadera independencia ha sido Hamás, que, como vanguardia de la resistencia de las masas, domina la Franja de Gaza y gana progresivamente adeptos en Cisjordania. Pero, la evolución política del grupo sunní hacia la *realpolitik* –sobre todo, desde su participación en las elecciones de 2006– para su reconocimiento internacional como interlocutor en el conflicto, evolución que le conduce progresivamente a la rebaja de su programa original de liberación de todo el territorio palestino ocupado desde 1948 y abre la tendencia, cada vez más marcada, de limitar sus reivindicaciones a la edificación de un Estado islámico en los territorios de Cisjordania, Gaza y Jerusalén Este, ha conducido a Hamás hacia la convergencia con un marco estratégico que comparten o pueden compartir, en lo fundamental, el resto de los actores en la región, al mismo tiempo que le aleja de la verdadera solución del problema palestino: la destrucción del Estado sionista. El programa basado en la autodeterminación nacional sobre los territorios ocupados en 1967, con garantías de respeto a la forma de gobierno elegida por el pueblo (probablemente, un Estado islámico), de comunicación geográfica entre Cisjordania y Gaza, de liberación de los presos y de retorno de los exiliados, etc., implica el reconocimiento del Estado sionista y supone la bancarrota política de la pequeña burguesía para encabezar la lucha de liberación del pueblo palestino. La única clase que puede tomar en sus manos este proyecto de manera consecuente es el proletariado, integrándolo dentro de un programa más amplio y completamente diferente de emancipación, el programa de la Revolución Proletaria Mundial. La revolución palestina tiene indudablemente un carácter democrático-nacional; pero su consecución no puede ni debe seguir la línea de confrontación *nación contra nación*, como hasta ahora, sino la de confrontación entre clases. También es indudable el carácter antiimperialista de esa revolución y que, entre sus tareas, se encuentra el barrimiento de la hegemonía del imperialismo en la zona, hegemonía por la que vela el Estado polizonte de Israel. Por estas razones, la solución no puede recaer en manos de la alianza nacional de la burguesía y las clases populares palestinas, sino en las de una nueva alianza internacionalista entre el proletariado judío y las masas árabes contra el sionismo, el imperialismo y la burguesía palestina, con el objetivo de un Estado democrático plurinacional dirigido por el proletariado en todo el territorio de Palestina. Si esto, hoy, puede parecer una quimera, se debe a las décadas de dominio revisionista, que ha imposibilitado la elaboración de una línea de clase independiente que pudiera influir en el decurso del conflicto. En Palestina, todos los agentes sociales tienen un programa, excepto la clase obrera. La lucha por el derecho de autodeterminación nacional forma parte del ideario de la revolución proletaria, pero no puede aplicarse en abstracto, independientemente de las condiciones específicas y concretas de la lucha de clases en un escenario tan complejo como el de Palestina. Pero, antes, se precisa de la reconstitución de un verdadero Partido Comunista revolucionario, que pugne por la dirección ideológica y política y por imponer un nuevo programa de liberación para transformar la guerra de resistencia popular de Hamás en guerra popular de todas las clases explotadas y oprimidas en Palestina.

El *espíritu de Praga*

En cuanto a los síntomas de continuismo de la política imperialista norteamericana que ofrecen las primeras decisiones de Obama, deben destacarse el temprano rifi rafe que ya le ha enfrentado con Chávez y el mantenimiento del bloqueo, algo rebajado, a Cuba, que ponen de manifiesto su baja tolerancia con quienes traten de discutir la primacía yanqui en América Latina.

Respecto a otras potencias, demuestra su deseo de mantener la dialéctica de la tensión, insinuando que China representa una amenaza militar, o excluyendo de su agenda política toda negociación con Moscú acerca del escudo antimisiles instalado en Polonia y la República Checa o acerca del estrechamiento del cerco de la OTAN sobre las fronteras occidentales de Rusia.

En su discurso del 5 de abril, durante su visita a Praga, Obama habló, emulando a Kennedy en Berlín, sobre sus grandes planes para el mundo, entre ellos, la paz universal y la eliminación de las armas nucleares. Ya se habla del *espíritu de Praga*. Desde este *espíritu*, censuró la prueba balística que Corea del Norte realizó ese mismo día, denunciando, como si repentinamente se hubiera olvidado de que representa a la primera potencia nuclear, la falta de respeto de algunos por las reglas del juego. Las *reglas del juego*, naturalmente, son las que impone el imperio y las que debe respetar todo aquél que quiera *jugar* en la cancha del nuevo orden que quiere traer Obama. En este juego sólo puede participar un selecto club de países, fuera del cual todo pretendiente segundón a potencia nuclear recibirá amenazas como toda respuesta: la escalada de la tensión como método de relaciones internacionales, el mismo método que aplicó su admirado Kennedy (Cuba, Alemania, Vietnam…). El espíritu hegemonista de Praga, sin embargo, va dirigido fundamentalmente contra Rusia y China. La idea de instalar un escudo antimisiles en Europa se remonta a la época de la Administración Reagan. En los 80, los EE. UU. ofrecieron a la URSS una propuesta parecida de desnuclearización armamentística. Pero la reducción del arsenal atómico, con un escudo antimisiles instalado al oeste del *telón de acero*, suponía, de hecho, la superioridad estratégica para la OTAN. Lógicamente, los soviéticos no cayeron en la trampa –como no caerán hoy los rusos, que ya han anunciado un programa de rearme– y respondieron que preferían continuar con la política de distensión nuclear y de limitación del armamento

atómico en el marco de los acuerdos SALT-START. Reagan retiró el proyecto de *guerra de las galaxias* por su alto coste, pero el fin de la *guerra fría* y su condición de superpotencia permiten hoy a los yanquis recuperar ese antiguo plan fuera del alcance de las posibilidades económicas y tecnológicas de sus contrincantes, que le garantizará su hegemonía militar durante muchos años. Algo importante desde sus intereses como potencia mundial, ahora que la crisis ha puesto de manifiesto el deterioro de su pujanza económica. Así, pues, el *espíritu de Praga* no sólo huele a rancio, sino que trata de disfrazar de paloma al halcón y persigue salvaguardar el papel de gendarme de EE. UU. en el concierto mundial.

Finalmente, en el Medio Oriente, más de lo mismo. A cambio de la promesa de una futura retirada de Irak, con el gobierno títere ya relativamente consolidado, Obama quiere iniciar la escalada militar en Afganistán, con el envío de 17.000 soldados más, que se unirán a los 36.000 efectivos norteamericanos ya existentes. Peor aún. Como Kennedy en Indochina, augura una escalada regional, ya que pretende abordar la situación en Afganistán y en Pakistán como un único y mismo problema. Algo que ni siquiera planteó el militarista Bush. Las decenas de civiles muertos que han dejado como saldo los sucesivos raids aéreos no tripulados que los yanquis han realizado desde enero sobre territorio fronterizo pakistaní dan buena cuenta de los verdaderos planes de Obama para la zona.

Londres

En política económica es donde mejor se muestra Obama como genuino representante del capital financiero, como el hombre de Wall Street. A la Cumbre de Londres del G-20, celebrada en abril, el presidente norteamericano llevó la misma receta de reactivación para la economía mundial que ha aplicado en su país, receta basada en la socialización de las pérdidas del mercado financiero y en la inyección sin condiciones de crédito a favor de los empresas financieras sin contraprestación alguna. La medida de poner límite a las primas de los ejecutivos de las empresas que han recibido ayudas, provocada por el *escándalo* de la aseguradora AIG, es una concesión a la ciudadanía sobre cuyas espaldas van a recaer, como ya ha confesado públicamente Obama, los costos de la recuperación económica. Esta medida tiene algunas lecturas de orden ideológico. En primer lugar, pone fin al mito del *sueño americano*. En *el país de las oportunidades* se está tomando cada vez más conciencia de que el ideal del enriquecimiento egoísta debe ser contrastado con el coste social que produce y que la ideología del lucro individual como lema de la actividad económica se revela cada vez más claramente como lo que en realidad es, la ideología del *pelotazo*. En el paraíso del enriquecimiento personal sin trabas, fundado en la competencia sin escrúpulos entre los individuos y en la cultura del *triunfador*, el correctivo a los directivos de AIG es algo inusitado porque pone en cuestión ese mismo esquema de valores, reconociendo tácitamente límites al derecho al enriquecimiento particular a costa de otros; significa la bancarrota del derecho de cada particular a *soñar* con el *pelotazo* que le permita triunfar en la selva del mercado capitalista.

Los directivos de AIG y similares no sólo han pagado de sus bolsillos el cambio repentino de reglas en un juego ayer plenamente lícito, como víctimas propiciatorias sacrificadas por la situación de emergencia en nombre del consenso social y la unidad de clases, sino que también se han cargado con el sambenito de ser los causantes de la quiebra de sus empresas y, por extensión, de la crisis, mientras, irónicamente, la libertad de mercado y las corporaciones se libran de toda responsabilidad y se benefician de los fondos públicos. Por consiguiente, naturalmente, la culpa de la crisis no es del sistema capitalista, sino que, como reza la Declaración final de Londres, es achacable a "grandes fallos en el sector financiero y en la regularización y la supervisión financieras". Encontradas las cabezas de turco adecuadas –los ejecutivos o los riesgos tomados por algunas empresas–, se puede remitir todo a un problema de gestión del sistema y no a una cuestión de estructura del mismo. Nada extraño, procediendo dicha Declaración de los representantes del capitalismo como estructura económica mundial; aunque algo paradójico, tratándose como se trata de los responsables más altos de su gestión. Al menos, no se ha alcanzado el extremo de las afirmaciones de Sarkozy, quien ha llegado a decir que esta crisis "no es la del capitalismo", que, al contrario, es "la crisis de un sistema que se aleja de los valores más fundamentales del capitalismo". Y es que el espíritu del capitalismo consiste, según el credo neoliberal del Presidente de la V República, en que los bancos financien el desarrollo económico en lugar de dedicarse a la especulación. ¿En qué *sistema* habrá vivido este señor todos estos años?

Entonces, como el sistema es viable y sus instituciones inocentes, de Londres sólo podían esperarse reformas alicortas. No sólo no se han reformado los organismos del capitalismo mundial, ni se han puesto en cuestión las relaciones económicas desiguales que produce (sólo se han puesto objeciones al proteccionismo y a los paraísos fiscales), sino que, muy al contrario, han salido reforzados con el aumento de sus competencias y de sus dotaciones. El FMI, por ejemplo, triplicará sus recursos y seguirá ejerciendo el papel de gran oráculo de la economía internacional. El pretendido *nuevo orden* que los crédulos esperaban que saliera de la Cumbre de Londres es un fraude: el G-20 sólo ha acordado el apuntalamiento del viejo y podrido sistema de Bretton Woods. Al parecer, a Obama le acompaña, por donde quiera que vaya, el olor a rancio de su nostalgia por sus admirados héroes del pasado y del traje raído de Lincoln con el que se ha vestido.

La crisis

CITY EDITION

London Herald

LATE PRICES

FRIDAY 25th OCTOBER 1929

WALL STREET CRASH!

Black Thursday in America

Stocks Plunge and Eleven Commit Suicide

Panicking investors gather around the statue of George Washington on Wall Street

What Went Wrong?

OTHER NEWS

COLEMAN'S "WINCARNIS"

Si alguien ha salido fortalecido de esta crisis es Marx (mucho más que el marxismo). Nos hallamos ante una típica crisis cíclica de superproducción capitalista, que sigue al pie de la letra el canon establecido por los análisis de Marx en *El capital*. Naturalmente, en su expresión fenomenológica, la crisis presenta en esta ocasión peculiaridades originales. No en vano, el capitalismo actual no es el de 1929, cuando la crisis se inició con un *crash* bursátil; la de 2007 comenzó con el estallido de la burbuja de las hipotecas *subprime*, que arrastró al mercado financiero a través de los bonos *tóxicos*. Dicen que, tras el *viernes negro*, había que andarse con cuidado al caminar por las aceras de Wall Street, porque te podía caer encima alguno de los desesperados magnates recién arruinados. Hoy, los magnates se van a balnearios de cinco estrellas tras cerrar por quiebra para desestresarse, y los únicos desesperados son los obreros despedidos y los pequeños empresarios, que amenazan con huelgas de hambre o con inmolarse a lo bonzo, o que se cuelgan de las grúas de las obras exigiendo que se les pague lo que se les debe. En los años 30, los Estados metieron en cintura a los mercados; pero las medidas tomadas hasta ahora por los gobiernos van en la línea de redimir al mercado y al capital: el capital social, la burguesía capitalista como clase, no pagará la crisis; sólo los capitalistas tomados individualmente, y preferiblemente los más pequeños; en cambio, los trabajadores sí que la sufrirán como clase.

No es éste el lugar para extenderse en un análisis pormenorizado de esta nueva crisis de superproducción capitalista. Sólo señalaremos que presenta dos componentes estrechamente vinculados entre sí. Por una parte, es efecto de la ley, inherente al modo de producción capitalista, de la tendencia a la caída de la tasa de ganancia, después de un periodo de prosperidad basado en la expansión y la saturación del mercado de ciertas ramas de la producción (superproducción), principalmente la construcción (adonde se dirigieron mayoritariamente las inversiones, sobre todo a partir de 2000, tras la crisis de las *.com*), y que ha afectado directamente al sistema financiero, que respaldaba crediticiamente esa expansión. Por otra parte, la crisis es efecto del colapso de los instrumentos de compensación –o "contrarrestantes", como diría Marx– de esa ley económica del capitalismo que habían sido ideados principalmente por el mundo de las altas finanzas –que, en el capitalismo moderno, controla omnímodamente mercados y esfera productiva– y había aplicado durante dos décadas. Aunque la crisis se manifieste primeramente en determinadas ramas económicas, la tendencia decreciente de la tasa de ganancia afecta a todo el capital social; por eso, la concentración de las inversiones en esos sectores no había sido más que el efecto reactivo del mercado, que permite el flujo de capitales entre las distintas ramas para compensar los desequilibrios entre las distintas cuotas de ganancia sectoriales en función de una tasa media de beneficios. Pero, como el movimiento del mercado de capitales sólo determina la tendencia a una tasa media de ganancia para el capital y, por sí solo, apenas influye en la tendencia a la baja de esa tasa media y no puede neutralizarla, el capitalismo busca otros mecanismos que vayan más allá de la compensación concurrencial y permitan la inversión de esa tendencia. En el Libro III de su magna obra, Marx describe algunos de estos mecanismos: aumento del grado de explotación del trabajo, reducción del salario por debajo del valor de la fuerza de trabajo (medidas que pide a gritos ahora la CEOE cuando habla de trabajar más y cobrar menos, de abaratar y flexibilizar el despido, etc.), abaratamiento de los elementos del capital constante (por el que vela, por ejemplo, el ecologismo, al que se ha apuntado Ruiz-Gallardón,

que quiere multar a los madrileños que no separen sus basuras para reciclar y ofrecer, así, a la industria materias primas semielaboradas y mucho más baratas), etc. El capital trata de imponer estos medios contrarrestantes de manera permanente; depende de la lucha de clases que tenga éxito o no. En todo caso, constreñir, por parte del proletariado, su lucha en el marco de la resistencia contra esas medidas no le coloca en posición de cuestionar sus causas ni los presupuestos económicos sobre los que se sostienen, las relaciones de producción capitalistas.

Desde la década de los 90, ya sea por la dificultad en aplicar esos medios *clásicos* de compensación de la caída de la tasa de ganancia, ya por su relativa inoperancia (Marx habla también del comercio exterior y del aumento del capital en acciones, fórmulas muy integradas por el capitalismo monopolista moderno, y por ello, tal vez, bastantes agotadas), los capitalistas han ido inventando nuevos métodos que suplieran o se superpusieran a aquellos otros. La mayoría de ellos son producto de la ingeniería financiera, que ha puesto en práctica una idea tan pretenciosa como original en la historia del capitalismo. Como la cuota de ganancia es la proporción entre el trabajo no retribuido a los obreros, el plustrabajo o plusvalía, y todo el capital invertido, y como la creciente composición orgánica del capital social, que se deriva del mayor crecimiento relativo de las inversiones en capital constante frente al capital variable, propio de este modo de producción, reducen progresivamente la masa de trabajo vivo, con lo que se obtienen tasas de ganancia cada vez más bajas, aunque la cuota y la masas de plusvalía aumenten, ¿qué mejor método para compensar el progresivo menor peso relativo de la plusvalía generada por la fuerza de trabajo en la economía social que, a través de nuevos instrumentos financieros inventados *ad hoc*, se pueda introducir en el mercado y contabilizar a crédito también la plusvalía que la fuerza de trabajo generará en el futuro? De este modo, el agregado contable de una mayor masa de valor nuevo creado —aunque sea ficticiamente– permite compensar, en mayor medida, la tendencia a la caída de la tasa de beneficio del capital social. El problema es que esto sólo puede hacerse en la esfera de las finanzas y dispara la especulación financiera. Frente a la producción real, se desarrolla toda una *economía ficticia* paralela, que pronto se acercará a aquélla bajo la forma de *créditos basura*, única manera de capitalizar la plusvalía aún no creada. Pero, mientras tanto, el sistema ha ampliado sus márgenes permitiendo que los capitalistas compitan entre sí por el reparto de la plusvalía presente y futura, y su éxito ha sido tal que permitió a este sector del capitalismo financiero diferenciarse e independizarse de la banca tradicional. La hipertrofia de esa economía fantasma (superproducción de efectos financieros y saturación del mercado de estos productos) terminará haciendo que se desmorone en el momento en que algún factor de confianza falle y ponga en cuestión todo el artificio. Los *futuros* financieros son instrumentos de crédito, es decir, de *confianza* entre los capitalistas. Si en algún punto del edificio especulativo falla la confianza, todo se derrumba como un castillo de naipes. Si por sus características propias, este entramado especulativo se había vinculado más estrechamente al sector de la construcción que a otros (tasas de ganancia más altas y alto grado de sujeción del consumidor) como punto de apoyo en la *economía real*, ha sido a partir de los desequilibrios detectados en este sector que se ha encendido la luz de alarma en el sistema financiero y, a través de él, en la economía capitalista global.

Los límites del capitalismo

Por consiguiente, los agentes que han provocado esta crisis no son ajenos al capitalismo, como pretenden Sarkozy y los ideólogos neoliberales. Al contrario, son producto genuino de las contradicciones del capitalismo y responden a una necesidad inherente a este modo de producción, la de garantizar una cuota de ganancia a las inversiones de capital. En el capítulo de *El capital* dedicado al análisis de la ley de la tendencia decreciente de la cuota de ganancia, Marx asocia esta ley con el problema de los límites de la producción capitalista. Precisamente, es en la lucha contra estos límites que el capitalismo debe hallar o inventar mecanismos que le permitan extenderlos más allá en cada rotación del capital o en cada ciclo económico. Al hacerlo, crea sus propios monstruos, que acercarán la próxima crisis.

Marx, sin embargo, nunca afirmó que existiera un límite absoluto en el desarrollo del capitalismo. Por eso, insistió en que la ley de la decreciente tasa de ganancia refleja únicamente una tendencia, y que el fenómeno de la superproducción capitalista –la mejor expresión de esta tendencia– no impone ningunos límites, ni a la producción en general ni al modo capitalista de producción en particular. La contradicción, propia del capitalismo, entre el desarrollo absoluto de las fuerzas productivas y la valorización del capital –contradicción que determina aquella ley–, se resuelve o puede resolverse dentro del capitalismo, aunque sea al precio de la desvalorización del propio capital, como ocurre con la destrucción de medios de producción y valores de uso durante las crisis, o con la destrucción de fuerzas productivas durante las guerras que provoca el capital para hacer tabla rasa y *reiniciarse* de nuevo con inversiones de nueva planta y cuotas de ganancia altas. Los límites del modo de producción capitalista son sus crisis cíclicas, que no pueden destruir el sistema, sino sólo crear condiciones objetivas, sociales y políticas, para ello. Pero esto obliga a salirse del marco de las relaciones económicas y obliga a abordar tareas de otra índole, principalmente, política e ideológica. En la época del imperialismo, en la época de la crisis general del capitalismo, los ciclos críticos sólo acentúan la caída histórica del modo de producción, ampliando la base de los elementos objetivos

sobre los que apoyar un proyecto político de destrucción del capitalismo, al mismo tiempo que demuestran palmariamente que no existe un punto crítico económico que, por sí solo, provoque el derrumbe del capitalismo. Por eso, en las condiciones del imperialismo, para los marxistas no está en el orden del día el problema del análisis de la coyuntura económica y su aprovechamiento político, ni siquiera en época de crisis, sino el programa de acción y organización revolucionarias del proletariado.

Sin embargo, la *teoría del derrumbe capitalista* –obra del revisionismo de la II Internacional–, que introduce el determinismo y el fatalismo filosóficos en el marxismo, sigue formando parte del credo de los revisionistas modernos, que dominan el movimiento comunista en la actualidad. Es por ello que insisten en poner en el centro la lucha de clases económica del proletariado y en dotar a su línea política de una orientación resistencialista y reformista. Pero, esta línea sólo servirá, aun en caso de éxito, para que el capitalismo pueda realizar sus ajustes, aunque sea a un precio más alto, pero nunca para desbordarlo. La historia ofrece muchos ejemplos de ello, como la España del periodo 1975-1982, cuando, en plena crisis, la burguesía hizo muchas concesiones económicas a un activo movimiento obrero mientras ultimaba la transición política, para, una vez consolidada la nueva forma de Estado, recuperar sin mucho esfuerzo lo que antes había perdido. Desde la experiencia de la historia, la persistencia en la estrategia sindicalista o economicista, que pretende aprovechar la lucha espontánea de las masas, espoleadas por la crisis, para elevarlas desde la lucha por sus reivindicaciones inmediatas hacia la lucha política revolucionaria, ha fracasado estrepitosamente una y otra vez.

Esta estrategia se fundamenta en la creencia de la posibilidad del *derrumbe*, es decir, en que las crisis debilitan tanto al capitalismo y predisponen a las masas tanto contra él que bastará con patear al sistema (con una insurrección) para que caiga casi por sí solo. Pero, el sistema de dominación del capital no se derrumbará porque se debiliten en un momento determinado sus bases económicas, si no se resiente y sufre también un grave desgaste su aparato político e ideológico. La línea oportunista de derribar un gobierno para instalar otro no sirve a la revolución proletaria, porque no se trata de un relevo entre clases en el control del Estado, sino de destruir al Estado. La experiencia de nuestro movimiento en la construcción del socialismo ha demostrado que fracasará toda iniciativa en la medida en que instrumentalice al viejo Estado o a parte de él para cumplir las tareas de la revolución y no sea capaz de generar nuevo poder para ese fin. Por esta razón, el capitalismo no puede derrumbarse desde su crisis económica, sino sólo desde su crisis política, que sólo es posible desde la construcción de nuevo poder en guerra popular como el único modo de quebrar y destruir el poder del viejo Estado. En este cometido, la crisis económica –y la lucha económica en general– sólo puede ser punto de apoyo de la lucha del proletariado, nunca el centro o el campo principal de esa lucha.

El proletariado frente a la crisis

Los análisis económicos de la presente coyuntura que realizan los revisionistas, a veces sesudos y en ocasiones interesantes, tienen como denominador común el atribuir la crisis tanto al capitalismo como sistema como a las políticas neoliberales de los gobiernos. Esta ambigüedad les permite, a la hora de proponer programas de acción, remitirse a medidas de tipo socialdemócrata, en el sentido de reivindicar un mayor control del mercado y de los factores de la producción, o de corte keynesiano, en el sentido de reforzar al Estado como agente económico. Defienden que con medidas como la nacionalización de la banca y de las grandes corporaciones se golpea al capitalismo, reduciendo su campo de acción al mismo tiempo que se mejora la situación de los explotados y se amplía el margen de maniobra de sus organizaciones políticas. El hecho de que no se alce ninguna voz del lado de la burguesía a favor de la intervención más acentuada y *dirigista* del Estado en la economía parece que refrenda la idea de que ese programa reformista del revisionismo se corresponde con los intereses inmediatos de las masas desde el punto de vista del camino que ha de tomarse para superar la crisis. Pero que el retorno del keynesianismo como principio teórico orientador de la política económica no forme parte del debate entre los economistas burgueses no significa que, en la práctica, los Estados no estén tomando ya medidas propias de esta escuela. Los miles de millones para el fomento de las obras públicas cedidos a los ayuntamientos por el Gobierno Zapatero son buena prueba de ello; por no hablar de las billonarias ayudas y las *nacionalizaciones* de empresas que ya han realizado los Estados, que hacen ocioso este debate. Lo que ocurre es que la oposición liberalismo-intervencionismo, que se dio en los años 30, ya no existe. En la actualidad, ambas corrientes del pensamiento económico burgués son complementarias (y contra lo que se cree habitualmente, esta complementariedad ha devenido en lo que se conoce como neoliberalismo económico). Si algo ha hecho esta crisis ha sido demostrar palmariamente esta verdad. El capitalismo, en su desarrollo, se ha transformado: del capitalismo monopolista de la primera mitad del siglo XX, ha pasado a capitalismo monopolista de Estado. La socialización de las fuerzas productivas por el capital ha alcanzado tal grado que resulta imposible la estabilidad del sistema sin la acción permanente del Estado. La defensa, por parte del revisionismo, de medidas socialreformistas, de la economía estatal y del control público del mercado, sólo indica el traslado paralelo de las posiciones de clase de ciertos sectores sociales que ha tenido lugar, después de la Segunda Guerra Mundial, en los países imperialistas, principalmente por lo que se

refiere a la aristocracia obrera. Esta fracción privilegiada de la clase obrera hace tiempo que cruzó el Rubicón, y se ha pasado al otro lado de la frontera que separa los intereses de la burguesía de los del proletariado, aliándose con el capital y compartiendo con él la explotación imperialista de los países oprimidos y de las masas trabajadoras *propias*. Por esta razón, su ideología incluye una imagen del Estado como aparato político *neutral* o como benefactor social y, por eso, diseñan políticas en las que prima la unidad de clases sobre la lucha de clases. Los sindicatos y las organizaciones revisionistas son los principales representantes de esta fracción privilegiada del proletariado, y son ellos los que se han apropiado del programa económico que la burguesía reformista abandonó en los años 70, con la última gran crisis capitalista, con el fin de articular un discurso propio e *independiente*, que le permita consolidar su base sociológica y organizarse políticamente para concurrir en las luchas de clases y en el reparto del poder dentro del sistema de la dictadura del capital, tenga ésta la forma que tenga.

El reformismo social y la estatalización económica no son el programa del proletariado frente a la crisis. Quienes defienden este programa están integrados o desean integrarse en el sistema burgués. Por ello y para ello, ofrecen la paz social, a veces escondida tras la verborrea radical de los republicanistas. Ni los sindicatos prevén convocar una huelga general, a pesar de que los parados ya llegan a casi 4 millones –algo inaudito en los últimos 30 años, en que se convocaron huelgas generales con menos motivos–, ni los revisionistas difunden consignas que vayan más allá de la necesidad de "salir de la crisis" o de que ésta "la paguen ellos". Pero este tipo de llamamientos sólo pone de manifiesto la voluntad de alcanzar, en el largo plazo, un pacto para el reparto *justo* entre los *agentes económicos* de los costos de la crisis. Las consecuencias ideológicas de esta línea conciliacionista, aplicada durante décadas, ha conducido, y sólo podía conducir, a episodios como el de los trabajadores de la SEAT en Martorell, digno de elogio y ejemplo a seguir para el gobierno y la patronal. El obrero bien pagado es el prototipo social, al mismo tiempo que la base sociológica, de los sindicatos y del revisionismo; por eso, han terminado reduciendo su política a la defensa del modo de vida del obrero acomodado y han cultivado su conciencia de esclavo asalariado. La hipóstasis de reivindicaciones como el salario *digno* o *justo* y el puesto de trabajo en el programa de acción del movimiento obrero, no sólo ha alejado completamente a las masas de los problemas de la revolución, sino que también, y sobre todo, ha enajenado a las organizaciones obreras, del tipo que sean, de las masas hondas y profundas de la clase proletaria. Estas masas no están, por supuesto, con los partidos revisionistas; ni tampoco en los sindicatos, como pretenden esos partidos para justificar su táctica entrista-colaboracionista de "ganar a los sindicatos" *de clase* y expulsar a sus direcciones "burocráticas" (por cierto, luego dirán que esta táctica no vale para la revolución y que ellos no quieren *cambiar el sistema desde dentro*, a pesar de que, para empezar, piden un cambio republicano en la forma de gobierno del mismo Estado). Por eso, no sienten ninguna presión desde la base que les obligue a cambiar su política de parálisis y desmovilización social, porque las grandes masas están desorganizadas y han dado la espalda a los representantes del obrero de cuello duro. Es el servicio que éstos han prestado al capital.

El programa del proletariado frente a la crisis es la revolución. Acabar con el capitalismo es la única verdadera solución. Los oportunistas dirán que esto es maximalismo o doctrinarismo; pero lo cierto es que su rebaja reformista del programa del proletariado tampoco resuelve las reivindicaciones acuciantes de los trabajadores ahora mismo. Los oportunistas no dan trabajo a los parados. Sólo les ofrecen luchar por un puesto de trabajo. Entonces, si se trata de luchar, ¿por qué no hacerlo por la revolución? ¿Porque los obreros no comprenden esto, porque no tienen conciencia revolucionaria? Será porque los revisionistas, sindicalistas y demás ralea oportunista se han dedicado a negársela durante décadas. Pero los obreros sí tienen disposición para la lucha. En Grenoble y otros lugares de Europa han llegado a secuestrar a los directivos de sus empresas con el fin de… ¡negociar los despidos! La desproporción entre fines y medios es tan descabellada y la escena tan rocambolesca que resulta alarmante. Desde luego, tales excentricidades hay que asignárselas al haber del revisionismo y del sindicalismo, que han educado al obrero en el culto de la propiedad de *su* puesto de trabajo, siempre, eso sí, desde la moderación y el pragmatismo; aunque, esta vez, la cosa se les ha ido de las manos. Sin embargo, estos hechos tienen dos lecturas positivas. Primero: los obreros pueden desbordar, en determinadas circunstancias, los cauces que le imponen la burguesía y el sindicalismo. Segundo: si los obreros están dispuestos a ir a la cárcel por negociar con sus explotadores, ¿hasta dónde no llegarán por deshacerse de sus explotadores? Únicamente hay que infundirles este deseo; sólo es preciso que su partido les eduque y organice para que la causa por la que luchen sea la única por la que merece la pena poner en peligro la propia seguridad: la revolución comunista.

Frente a la crisis, la revolución. Pero, no con esta crisis. Antes, hay que reconstituir el Partido Comunista que organice la crisis social y política del capitalismo y su Estado.

Alrededor de la Liga de los Comunistas

La Liga de los Comunistas supone un momento cardinal en la historia y conformación de nuestra clase proletaria como sujeto revolucionario. Representa la primera organización de cierta entidad donde se van a introducir las ideas de Marx y Engels, y donde los fundadores de los pilares de nuestra concepción del mundo van a desplegar una actividad que, por ejemplo, dará lugar al *Manifiesto Comunista*, primera exposición sistemática de nuestra cosmovisión.

Asimismo, será desde esta organización desde la que pasarán a sumergirse en los acontecimientos revolucionarios de 1848, primera y única ocasión en la que estos gigantes del proletariado tendrán un contacto directo con una experiencia revolucionaria en toda su amplitud. No en vano, para Lenin, 1848 representa el "momento central" de la actividad de Marx y Engels, que será un marcado punto de referencia en toda su obra posterior.[1]

Este pequeño artículo se propone recordar esa experiencia, enmarcarla en su contexto, y a través de ello, único método coherente con el materialismo histórico, entresacar algunas pinceladas de las determinaciones a que se vieron sometidas las ideas de Marx y Engels, y el impacto de estos condicionantes en la configuración de lo que sería el marxismo que actuaría como principal guía de acción en las revoluciones proletarias del siglo XX. Ello se enmarca en la labor de aprehensión crítica de la experiencia revolucionaria proletaria, el Balance, premisa inexcusable de la reconstitución de la teoría revolucionaria.

1793: escuela de revolución proletaria del siglo XIX

La Revolución Francesa es un acontecimiento histórico de primera magnitud. Las fuerzas por ella desplegadas marcan la plasmación política del moderno mundo capitalista, suponiendo la presentación en el escenario de la historia de los principales actores, algunos aún en proceso de configuración, impulsos y fantasmas que se batirán en el nuevo mundo que esta revolución alumbra. De hecho, y esto interesa especialmente al proletariado y a sus expectativas de futuro, los planteamientos a la hora de acercarse al movimiento de la sociedad, a sus convulsiones y a la relación de la conciencia respecto a ello, que la Revolución Francesa consagra, se puede decir que no han caducado hasta muy recientemente.

Como es sabido, para finales del siglo XVIII, la vieja sociedad feudal, el Antiguo Régimen, aunque aún se mantenía en sus estructuras básicas, se encontraba fatalmente enferma. El principal virus que corroía a esta anquilosada sociedad era el rápido desarrollo en su seno de la producción mercantil, de un nuevo tipo de relaciones sociales que estaban encumbrando a una clase social: la burguesía. Como su expresión, a lo largo del siglo, toda una pléyade de filósofos y pensadores habían ido socavando los cimientos intelectuales del viejo mundo y sus oscurantistas tradiciones, dotando a la burguesía de la fuerza moral necesaria al abrir las expectativas sobre las bondades de progreso que una nueva sociedad, la burguesa, podía deparar.

Francia era el epicentro de todas las contradicciones que el momento histórico ponía en primer plano, ya que aquí se aunaba el considerable desarrollo de estos nuevos tipos de relación social con el mantenimiento de la estructura política del Antiguo Régimen. Otros países donde el desarrollo burgués había sido más precoz, como Inglaterra o las Provincias Unidas, ya habían abierto paso a la hegemonía de las relaciones capitalistas derribando el absolutismo, pero en Francia éste se mantenía, agudizado por una reacción aristocrática que, temerosa de las

[1] "En la actividad del propio Marx y de Engels, el periodo de su participación en la lucha revolucionaria de masas de 1848-1849 se destaca como punto central. De él parten a la hora de definir los destinos del movimiento obrero y de la democracia en los diferentes países. A él retornan siempre para establecer cuál es la naturaleza interna de las diversas clases y sus tendencias en su forma más patente y pura. Marx y Engels aquilatan siempre desde el punto de vista de aquélla época revolucionaria ulteriores formaciones y organizaciones políticas, tareas y conflictos políticos de menor cuantía." (LENIN, V. I.: *Obras Completas*. Progreso. Moscú, 1983. 5ª ed., tomo 16, pág. 25).

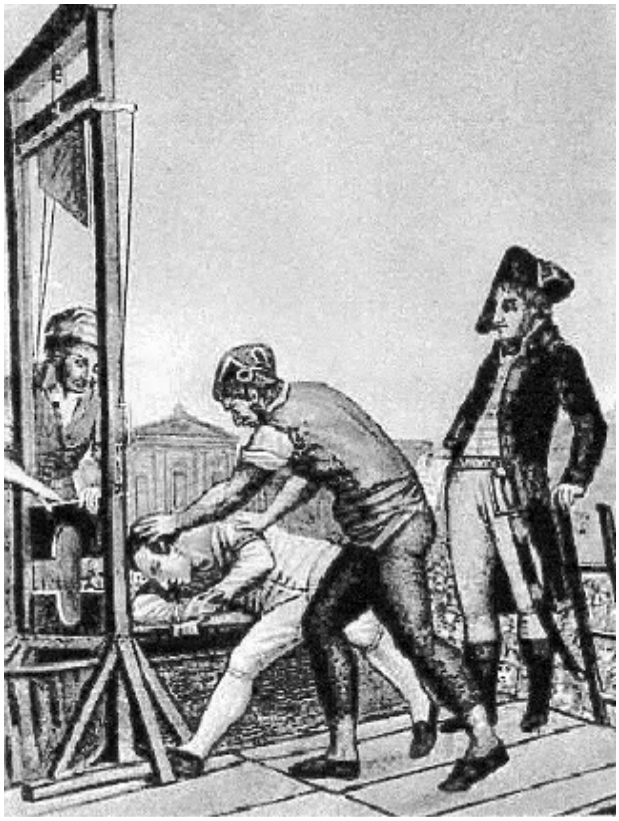
nuevas fuerzas sociales, revivía caducos privilegios. En el campo francés, aunque prácticamente desaparecida la vieja servidumbre, la estructura básica de las relaciones feudales se mantenía, aplastando bajo un mar de cargas, exacciones y obligaciones a un campesinado hambriento de propiedad sobre la tierra y cada vez más estratificado. En las ciudades, junto a la próspera y pujante burguesía comercial, se agolpaba una masa informe, confusa, inquieta y generalmente pobre de artesanos, tenderos, obreros y pequeños comerciantes.

Una de las periódicas crisis de subsistencia detonará esta situación explosiva. En la convocatoria de los Estados Generales de 1789 la burguesía se proclama Asamblea Nacional Constituyente. El *Gran Miedo* se extiende espontáneamente por el campo y los campesinos se levantan. El compromiso con la aristocracia, que en ese momento busca el sector dirigente de la burguesía, se verá imposibilitado por la negativa de aquélla a perder alguno de sus privilegios, por el impulso del movimiento popular urbano y por la guerra que se desata en el campo, tras el desengaño campesino ante una "abolición" del feudalismo hecha a medida de los propietarios. La búsqueda de ayuda exterior por el rey y la aristocracia desata la guerra con las potencias absolutistas, que será el elemento catalizador fundamental de las energías del "tercer estado", donde los elementos más proclives al compromiso y más temerosos de las consecuencias de poner en marcha a los estratos bajos de las ciudades, a esa abigarrada *sans-culotterie*, y al campesinado, son apartados sucesivamente, encumbrando a los jacobinos, que representan a ese sector de la burguesía dispuesto a aceptar los retos que el triunfo de su revolución enfrenta. Se establece así la República del año II (1793), es decir, la alianza del sector revolucionario de la burguesía con una poco definida masa popular y con el campesinado. Es la época, que aún hoy resulta gloriosa, en la que a través del Terror y el control de la economía se barre el viejo régimen feudal.

Muchas de las medidas que aplicará la Convención jacobina, especialmente el Terror, son producto de la presión de ese abigarrado elemento popular, que la burguesía jacobina canaliza y sanciona a través de su Estado. Sin embargo, las contradicciones entre estas dos fuerzas, una burguesía revolucionaria, pero básicamente liberal, que sólo está dispuesta a aplicar estas medidas transitoriamente, en tanto necesarias para el triunfo de la revolución, y una *sans-culotterie* heterogénea, unida por su odio a la aristocracia pero que no representa una clase propiamente dicha, y en cuyas demandas se trasluce la defensa de la propiedad privada, pero buscando limar las consecuencias de ésta sobre la pequeña propiedad, significarán la ruina de la República del año II, no sin antes asegurar las conquistas de la revolución burguesa. Como es sabido, el confuso igualitarismo que los *sans-culottes* exigían no representa intereses proletarios, ya que esta clase aún no ha aparecido, al menos no para tener una consistencia social definida. El jacobinismo aseguró la destrucción de la propiedad feudal en el campo, convirtiendo a la masa campesina en pequeños propietarios parcelarios, pero acabó reprimiendo a los elementos más igualitaristas del movimiento popular, enajenándose gran parte de su base social, lo que la reacción termidoriana aprovechó para poner fin a la experiencia del Terror y llevar a la República por derroteros más moderados.

Toma de la Bastilla (14 de julio de 1789)

Sin embargo, 1793 había ido muy lejos, y el futuro terror de toda burguesía en un trance similar ante la posibilidad de su reedición así lo atestiguan, habiéndose ensayado formas de economía dirigida y forzando las masas movilizadas a la aplicación de medidas terroristas en gran escala hacia la contrarrevolución, la movilización de todas las energías de la nación hacia la guerra (*levée en masse*), manteniendo en una permanente tensión a un pueblo en armas. Son evidentes sus limitaciones: la inexistencia, como hemos señalado, de un proletariado cohesionado y organizado, lo que permitió a la burguesía enajenar la consecuente ejecución del terrorismo revolucionario a las propias masas, siendo ella misma, a través de su Estado, la que lo dirigió, volviéndolo posteriormente sobre facciones de esos mismos sectores populares, como los *enragés*. Aún así, esta inédita y grandiosa experiencia revolucionaria quedó grabada en fuego para toda una época



en todos los actores, tanto la burguesía como aquellos que querían llevar la revolución más allá, pareciendo claro en ese momento que "el 'sol de 1793', si volviera a levantarse, brillaría sobre una sociedad no burguesa".[2]

La razón por la que nos hemos detenido en esbozar un breve resumen de los acontecimientos revolucionarios franceses que desembocan en 1793 es por su enorme trascendencia e importancia. La Revolución Francesa es un suceso sin parangón en ese momento, incomparable respecto a revoluciones anteriores, como la inglesa del siglo XVII, debido a su carácter moderno puramente burgués, la constitución de los actores sociales implicados y sus motivaciones, así como, y esto es fundamental, por la naturaleza de movilización de masas, inédita hasta entonces: el Terror, el pueblo en armas, la guerra revolucionaria, la intensidad de los, nunca bien definidos, llamamientos por la igualdad. Sus ecos van a marcar todo el siglo XIX, ejerciendo una comprensible atracción sobre todos aquellos cerebros que se van a ocupar de la sociedad, de su movimiento y transformación, proporcionando recurrentes esquemas y modelos. Todo ello es fundamental en el momento en que una nueva clase, el proletariado, está empezando a hacerse notar y a atraer sobre sí la atención y la reflexión de todas las inquietas mentes progresistas, abundantes en un momento en que, precisamente gracias a lo acontecido en Francia, una revolución es algo que se respira en el ambiente de Europa, una posibilidad que se baraja como real e inminente, desde las recién estrenadas barracas obreras hasta las cancillerías, pasando por las universidades.

La Revolución Francesa nos muestra un modelo de proceso revolucionario que, a pesar del tiempo transcurrido, no puede por menos que resultarnos familiar. Vemos en ella cómo las fuerzas que genera el desarrollo histórico, las relaciones burguesas de producción, nacen en el seno de la vieja sociedad, para la que no pueden por menos que resultar corrosivas. Vemos cómo un paciente proceso histórico va cohesionando de forma *natural* y espontánea a la nueva clase burguesa, aún en el interior del antiguo molde social; cómo críticos y pensadores que objetivamente sirven a los intereses de la nueva clase, y aún en muchos casos sin contacto orgánico o político con ella (la mayoría de los ilustrados, lejos de proclamar la subversión revolucionaria de la sociedad, depositan sus esperanzas en el reformismo del despotismo ilustrado), demuelen lenta pero implacablemente los cimientos intelectuales de la vieja sociedad. Vemos cómo la burguesía, cuando ya ha madurado lo suficiente de la mano de ese proceso espontáneo de extensión de las relaciones sociales capitalistas, convertida ya en una potencia política consistente y evidente reclama su *lugar bajo el sol* en el mundo que la ha visto nacer, y lo hace primeramente de una forma legalista: en principio intenta copar la administración del viejo Estado y comprar títulos de nobleza; cuando la insuficiencia de estos pasos y la reacción aristocrática le cierran las puertas, reclama en el parlamento feudal de tú a tú, convirtiendo los Estados Generales en Asamblea Constituyente. La incapacidad orgánica de la feudalidad para aceptar un compromiso echa a un lado a los burgueses más timoratos; mercaderes más decididos, los girondinos, los sustituyen, se proclama la República y esa excelente fuente de negocios que es la guerra, aunque tenga que ser revolucionaria. Los temores de estos últimos actores en movilizar a la *nación*, a las masas, aún ante la posibilidad de perderlo todo, suponen su sentencia; la guillotina dará cuenta de ellos. Burgueses recios y firmes toman el mando: movilización total, pueblo en armas, guerra revolucionaria, Terror… pero también la "hidra de la anarquía", el espectro de la igualdad. Salvada la revolución y estabilizada la *normalidad* burguesa, son los propios jacobinos los que van al cadalso.

[2] HOBSBAWN, E.: *La era de la revolución, 1789-1848*. Crítica. Barcelona, 2003, pág. 71.

Ése ha sido el modelo, el más gigantesco despliegue de la lucha de clases, en su más pura expresión, que el mundo había visto hasta entonces. Ése es por fuerza el modelo que se muestra y que sirve de ejemplo a los que, ya entrado el siglo XIX, para bien o para mal, piensan en la revolución.

De *Desterrados* a Comunistas

La *Conspiración de los Iguales* fue la última aparición del fantasma del igualitarismo que inquietó a propietarios y burgueses franceses durante su revolución. Abortado el movimiento y ejecutado su líder, Babeuf, en 1797, sus ideas serán un puente entre la experiencia revolucionaria francesa y ese movimiento político que empieza a conformarse de la mano de la nueva clase proletaria, el comunismo. En Babeuf está la base de la idea de la *comunidad de bienes*, basada en el reparto igualitario (se lo ha denominado "comunismo de reparto"), pero también en la producción colectiva y en la abolición de la propiedad privada, y que tanto éxito tendrá entre el sector más radical de las numerosas sectas y sociedades secretas, de carácter más o menos democrático, que en la Europa posrevolucionaria y reaccionaria de la Santa Alianza esperan, entre las sombras, la oportunidad de entrar en escena. El compañero de Babeuf, Buonarroti, que logró escapar a la represión que se abatió sobre los Iguales, será el encargado de difundir su ideario, que representa un paso adelante más en el proceso de conversión del comunismo, de vago y secular ideal utópico a programa político.

La Liga de los Desterrados, fundada en 1834, remonta su origen a las primeras asociaciones democráticas de artesanos y emigrados alemanes en el extranjero, siendo especialmente activa en París y en Suiza. Es en París donde, en 1836, se produce la escisión y reorganización que dará lugar a la Liga de los Justos, formada por los elementos más radicales de la anterior liga, separándose del contenido demasiado general y abstracto de los Desterrados, que llevaba a confundirla con otras organizaciones democráticas de carácter menos social, como la Joven Alemania. Así, la máxima general de los Desterrados, "igualdad entre pueblos y hombres" se transforma en los Justos en una reivindicación netamente social: igualdad de bienes o comunidad de bienes, lo que les encuadra inequívocamente en el marco del babuvismo. Su consigna será "todos los hombres son hermanos".

La Autoridad Central de la reorganizada Liga tenía en su seno nombres como el de K. Schapper,

Babeuf

una de las figuras centrales de toda su historia, o W. Weitling, cuya obra, *Garantías de la armonía y de la libertad*, cuyo contenido, que describía un comunismo artesano pasado por un matiz de religiosidad, sería definido por Heine como el "catecismo, durante mucho tiempo, de los comunistas alemanes" e inspiraría la expresión de Marx de que "el proletariado alemán era el teórico del proletariado europeo". Con Weitling la actividad teórica de la Liga se potencia a través de numerosas pero efímeras revistas que intentan explicar los principios de la *Comunidad*, con su matiz religioso weitlingiano, y se intenta perfilar el concepto de comunismo, que, como hemos señalado, está muy influenciado por el babuvismo.

La influencia de Babeuf y de las sociedades neobabuvistas, como la Sociedad de las Estaciones, de Blanqui, marcan los primeros años de los Justos. Aparte de una labor crítica desde varios periódicos, como *Le tribun du peuple*, la principal actividad práctica de Babeuf fue la de organizar una vasta conspiración, la *Conspiración de los Iguales*, para derribar al gobierno del Directorio. Descubierta y desmantelada por un delator y ejecutados sus líderes, el ejemplo de Babeuf perduró entre sus discípulos y sería la principal inspiración práctica y organizativa del blanquismo. Así, la Sociedad de las Estaciones fue la promotora de la fracasada insurrección de París de 1839, en la que, aunque no participaron oficialmente los Justos, parece que muchos de sus miembros, a título individual, por la deriva conspirativa que amalgamaba a estas sociedades, sí que estuvieron presentes en las barricadas parisinas.

Sea como fuere, lo cierto es que la represión no va a discriminar y se va a abatir también sobre la

Liga de los Justos. Schapper es brevemente detenido y a su salida marcha a Londres. La Liga continuará una intensa actividad en París, pero Weitling marcha a Suiza en 1841. En este momento tenemos tres grupos principales de la Liga, que van a empezar una evolución divergente, muy condicionada por la realidad material del entorno. En Francia y Suiza la preponderancia del artesanado y la aún debilidad del proletariado, especialmente en Suiza, marcan la tónica, mientras que el grupo de Londres, en un ambiente de libertad de asociación, con numerosos exiliados democráticos de toda Europa y en contacto con el primer movimiento obrero organizado moderno, el cartismo, va a iniciar una evolución fundamental en el devenir de la Liga. En Londres los miembros de los Justos van a fundar, en febrero de 1840, la Asociación Cultural de Obreros Alemanes[3], vivero de nuevos miembros para la Liga, que se va convirtiendo progresivamente gracias a la Asociación en una organización internacional, aunque sigue predominando el elemento germánico, a cuyos actos acuden obreros de numerosas nacionalidades.

El contacto con el cartismo se realiza a través de su ala más radical, liderada por J. Harney, que ya en 1838 preconizaba la necesidad de la toma violenta del poder y el uso de la huelga general para ese fin, en oposición al sector comandado por Lovett, que defendía la consecución de las reivindicaciones cartistas mediante la "presión moral". La organización londinense de la Liga, junto a la Asociación obrera, los emigrados demócratas y el ala radical del cartismo entrarán a formar parte de los *Fraternal Democrats*. Significativamente, esta organización será la impulsora de la manifestación de 1845 en Londres en conmemoración de la proclamación de la República francesa de 1792. La influencia del cartismo radical hará que los miembros londinenses de la Liga se alejen cada vez más de las ideas de origen babuvista de la conspiración y el golpe de mano, propias del blanquismo, para el acceso al poder, empezando a concebir la tarea revolucionaria

Cabet

como un largo proceso de organización y propaganda donde también es importante el uso de las posibilidades legales. Este proceso se va a ver agudizado por las discusiones que durante 1843-45 tienen lugar en el seno de la Liga con los cabetistas (seguidores de Cabet), con fuerza en la organización francesa, y con Weitling, que hacen que el grupo londinense, con Schapper, H. Bauer y J. Moll a la cabeza, se aleje de las precisas y utópicas definiciones de la futura sociedad comunista (Cabet era partidario de la organización inmediata de colonias comunistas), poniendo el centro de atención en la sociedad real actual y en los fundamentos de la condición proletaria a la hora de elaborar su política, llegando a declarar Schapper que "es solamente por la ciencia" que se puede avanzar.[4] Así, los dirigentes de la Liga se alejan de esa forma de espontaneísmo utópico tan en boga en los medios comunistas de entonces y que defendía la posibilidad de la organización inmediata de la sociedad comunista en pequeños núcleos aislados que se difundirían mediante el ejemplo, basados en ideas prácticamente instintivas sobre la "comunidad" y el "justo reparto". No obstante, los dirigentes de la Liga, a pesar de la gran evolución realizada, no estaban del todo libres de resabios utópicos, como cuando declaraban que la comunidad de bienes "sería promovida y realizada a través de una propaganda fundada en el amor recíproco".[5]

Es en ese momento cuando se empieza a hacer notar la influencia de la actividad del grupo

[3] También denominada Sociedad de Instrucción, va a disfrutar de un gran éxito, y será un modelo imitado por los miembros de la Liga allá donde tienen una mínima presencia. F. Lessner, uno de los principales acusados en el proceso contra los comunistas de Colonia de 1852, y que participaría en la Sociedad de Instrucción de Hamburgo, describe así esta organización: "era, en el mejor sentido del término, un lugar de cultura del pensamiento (…) revolucionario de los años 40 (…) donde los obreros se reunían para leer y discutir (…) sobre todo alrededor de la cuestión del comunismo". (ANDREAS, B.: *La Liga de los Comunistas. Documentos constitutivos*. Ediciones de Cultura Popular. México D. F., 1973, pág. 56).

[4] ANDREAS: *Op. cit.*, pág. 22. Bauer también sentenciará que "sólo lo intelectualmente fundado es válido."

[5] *Ibídem.*, pág. 20.

de Marx y Engels[6] sobre los miembros de la Liga, en cuyo seno ya se leen los trabajos de los renanos, que ya comienzan a tener cierta difusión, influyendo, sin duda, en los nuevos posicionamientos, más maduros y materialistas, de la dirigencia de la Liga.

Paralelamente, Marx y Engels realizaban su propia evolución[7] que, a través de las diversas publicaciones en las que trabajarán, como *Anales franco-alemanes* o *Worwärts*[8] , ya en Bruselas, influirán en el propio desarrollo de los Justos, y que junto a su trabajo de crítica de esos años, en que rompen y ajustan cuentas con las corrientes de pensamiento dominantes en el heterogéneo socialismo de la época, sentarán las bases de la concepción proletaria del mundo.

Particularmente importante para los acontecimientos que se avecinan en 1848 será la crítica de Marx al llamado *socialismo verdadero*, instrumentalizado por la reacción alemana, y que trasladaba mecánicamente la crítica del socialismo francés a la dominación de la burguesía a una Alemania donde aún no se había implantado tal dominación, sirviendo de ariete izquierdista contra la revolución burguesa, aún por materializarse; así como al denominado *comunismo artesanal*, representado fundamentalmente por Weitling. Éste había sido expulsado de la Liga de los Justos tras los debates de 1843-45, y llega a Bruselas en 1846. En principio es bien acogido por el grupo de Marx, pero pronto estallarán violentas discrepancias. En esencia Marx criticó las incoherencias de su sistema "comunista" artesanal y la disposición de Weitling a realizar ya un trabajo de agitación entre los obreros alemanes con la vista puesta en la toma inmediata del poder, sin sustentarlo en un programa consistente, lo cual era difícil dadas las carencias teóricas del sistema weitlingiano y el carácter burgués de la venidera revolución alemana. Un momento de la discusión, sin desperdicio, fue capturado por un testigo, P. Annenkov, demócrata ruso exiliado:

Wilhelm Weitling

"… 'posiblemente su modesto trabajo preparatorio [Weitling, refiriéndose a sí mismo] es más provechoso para la causa común que la crítica y los análisis de gabinete de las doctrinas muy alejadas del mundo sufriente y de las miserias del pueblo'. Estas palabras –sigue diciendo el mismo testigo– sacaron de quicio a Marx. Dando un puñetazo en la mesa, que derribó la lámpara, y poniéndose en pie, profirió: '¡La ignorancia nunca ha servido para nada!'"[9]

En esta línea, Weitling:

"…rechazaba toda crítica a los otros socialistas y ponía en duda el valor práctico de los análisis científicos de la sociedad al no poder ser comprendidos por el pueblo."[10]

Como comentario, podemos señalar la simi-

[6] No está claro el momento en que Marx y Engels toman contacto por primera vez con los miembros de la Liga. Engels, en su *Contribución a la historia de la Liga de los Comunistas*, defiende que fue en Londres en 1843, proponiéndole Schapper que entrara en la Liga entonces, aunque hay que tener en cuenta que escribe más de cuarenta años después. Sin embargo, los más que probables contactos quedaron sin consecuencias inmediatas hasta tiempo después.

[7] Por comodidad, y al no ser un trabajo centrado principalmente en la biografía intelectual de Marx y Engels, nos referiremos a ellos sumariamente como conjunto, aunque de sobra es conocido que, a pesar de converger en el resultado de su evolución, no parten de las mismas bases teóricas –lo que, por otra parte, no deja de reflejarse en sus respectivas obras– ni comparten el conjunto del periplo que les lleva, de forma separada, a Bruselas, donde, a partir de la primavera de 1845, sí comienza ya un compenetrado trabajo común y una amistad que durará hasta la muerte de Marx.

[8] También es de reseñar la importancia que va a tener para Marx su anterior trabajo periodístico en la *Gaceta Renana.*

[9] CLAUDÍN, F.: *Marx, Engels y la revolución de 1848*. Siglo Veintiuno. Madrid, 1985, pág. 54.

[10] ANDREAS: *Op. cit.*, pág. 30.

litud y familiaridad de estos reproches arrojados contra Marx con los que hoy nos lanzan los revisionistas, partidarios de un practicismo espontaneísta e irreflexivo. Incluso podemos adivinar ya precozmente en Weitling ese gusto por la *unidad*, tan común hoy en día, con su aversión a la lucha ideológica dentro del socialismo, o la subestimación, tan común también en la actualidad, por parte de los *amigos del pueblo* de la capacidad del proletariado para comprender algo más elevado que no sea su estómago o la miseria material y moral que le rodea, lo que no es más que la oportunista justificación de la incapacidad de estos *amigos* para elaborar algo más allá de su mezquina política sindicalista. Pero no nos regocijemos demasiado ahora, pues tiempo habrá de volver de nuevo sobre los prejuicios anti-intelectuales y la alergia hacia la teoría, tan caros siempre a los campeones de la clase obrera.

Continuemos, pues, el hilo de los acontecimientos. Tras estos debates, Weitling deja Bruselas para marchar a Alemania, trasladándose poco después a Estados Unidos. Había comenzado el fin de su ascendente sobre la clase obrera.

En 1846, el grupo de Marx y Engels funda en Bruselas el Comité de Correspondencia Comunista, que tiene por objetivo la formación de un núcleo comunista internacional, poniendo a los revolucionarios proletarios alemanes en contacto con ingleses y franceses, preparando la formación de un partido proletario. No obstante, hemos de señalar que el concepto de partido, como es lógico dado el escaso bagaje de experiencia de un proletariado recién aparecido en la historia, no es el actual; pero es una cuestión sobre la que volveremos con mayor profundidad más adelante.

Siguiendo esta línea, el Comité de Correspondencia va iniciar una labor de construcción de contactos, tanto en Alemania, como en Francia e Inglaterra. Lo cierto es que los resultados de esta labor organizativa del grupo bruselense no van a ser muy alentadores, en un momento en que su posicionamiento teórico se encuentra muy por encima del resto de los grupos que se reclaman del socialismo (lo cual, por otra parte, será una constante a lo largo de la vida de Marx y Engels). En Alemania se contactó con varios grupos comunistas, favoreciendo su reagrupamiento en varias ciudades, pero sin llegar a establecer lazos orgánicos con Bruselas. En Francia se sigue una tónica similar, estando la organización parisina de los Justos muy influenciada por las ideas de Weitling, Grün o Proudhon. Éste último se negó a formar un comité de correspondencia, declarándose hostil a "la acción revolucionaria como medio de reforma social".[11] En este contexto, las disputas en el seno de la organización de la Liga en París son fuertes y Engels, enviado desde Bruselas, consigue ganar a una mayoría en el verano-otoño de 1846 para formar un comité de correspondencia. De todos modos, el asunto queda en manos de la Autoridad Central de la Liga en Londres. En Inglaterra se habían conseguido resultados más óptimos, declarándose los *Fraternal Democrats*, encabezados por Harney, y la organización de la Liga de los Justos preparados para formar un comité de correspondencia londinense. Allí, como hemos visto, la Liga había experimentado notables progresos en contacto con el ala más militante del cartismo y ganando experiencia bajo un régimen político más abierto, aumentando su influencia en las zonas obreras londinenses, comprendiendo la necesidad de una fundamentación científica del comunismo, ganando tanto en cantidad como en calidad a nivel de dirección, con nuevos nombres como K. Pfänder o J. G. Eccarius. Sin embargo, no había sido una evolución lineal, e influenciados por la mayor apertura del régimen inglés y antes de acercarse al ala radical cartista, se habían mostrado más cercanos a posiciones pacifistas (recordemos su pretendida realización del comunismo basada en el "amor recíproco"), aunque poco a poco habían vuelto a posicionamientos más

[11] *Ibídem*, pág. 32.

combativos, lo que, junto a su acercamiento al materialismo y el rechazo mutuo de posturas como las weitlingianas, favorecía el entendimiento con el grupo de Marx y Engels.

No obstante, esta confluencia no estuvo exenta de otros problemas. Para empezar, una cierta fobia anti-intelectual de los Justos hacia Marx y su grupo, a los que tachaban despectivamente como los "literatos de Bruselas",[12] acusándoles de querer "crear una especie de aristocracia de sabios para dirigir al pueblo desde lo alto de su Olimpo".[13] En el contexto de la lucha de Marx y Engels contra Kriege (uno de los representantes del socialismo verdadero, corriente que, junto a otras, los dos renanos habían pasado, en su maduración intelectual, de considerar "facciones del comunismo" a enemigos a los que combatir enconadamente), los Justos llegan a escribir:

"¿Acaso estos señores de Bruselas, que desde su púlpito filosófico fulminan anatemas contra todo heterodoxo, se creen que son la quintaesencia de la sabiduría? ¿Quiénes son esos individuos que dicen: Kriege no es comunista porque no piensa como nosotros? No los conocemos, sabemos muy poco o nada de su actividad, mientras que Kriege, que supuestamente no es comunista, vive entre nosotros, es nuestro amigo y hermano, y juntamente con nosotros lucha esforzadamente por el comunismo."[14]

No podemos por menos que esbozar una sonrisa al ver, de nuevo, la similitud de los ataques lanzados contra Marx con los que hoy día recibimos los que consecuentemente pugnamos por situar la teoría revolucionaria y la consciencia al mando. Más de un cabecilla revisionista debería sonrojarse al comprobar que la identidad del planteamiento llega incluso a la exigencia de un currículum de actividades *prácticas* (por supuesto, en el sentido estrecho y oportunista bajo el que ahogan esta categoría nuestros oportunistas). Por supuesto, nada más lejos de nuestra intención que comparar a los Schapper, Bauer, etc., con la canalla revisionista actual (y menos aún compararnos nosotros con esos gigantes del proletariado que son Marx y Engels, aunque con seguridad sí que existe algún paralelismo entre ese periodo y las tareas que el comunismo afronta en este momento de transición entre dos ciclos revolucionarios), no en vano ya señaló Marx que la historia se repetía, primero como tragedia, luego como farsa. Así, mientras que los Justos en este momento pueden representar a una clase obrera en formación y cohesión, donde las luchas espontáneas y parciales sí juegan este papel progresivo, y el impulso histórico de la revolución burguesa, del que hablaremos más, juega un papel de elevador de esta lucha espontánea, no mostrándose aún claro el verdadero peso del factor consciente, y estando el elemento proletario aún muy marcado por ese espíritu artesano autosuficiente (no en vano, en los orígenes de la Liga pesa mucho el papel de un artesanado en trance de proletarización, que importa desde el medioevo sus tradiciones de autodidactismo), más próximo al del pequeñoburgués que al del proletario, el revisionismo actual, en cambio, representa a la aristocracia obrera, al obrero satisfecho de su condición, elevada por la estructura imperialista mundial, férreo y rabioso enemigo de cualquier planteamiento crítico del sistema de trabajo asalariado, y de sus dinámicas de reproducción, que incluyen las luchas económicas parciales y espontáneas, en un momento en que ya es clara la esterilidad revolucionaria de estas prácticas como fundamento de un movimiento político subversivo, y ya ha quedado remarcado por la experiencia el insustituible papel de la consciencia y la teoría revolucionaria. En resumen, mientras que los Justos representan a un proletariado primerizo y sin apenas bagaje, que todavía observa con añoranza el recuerdo de la vieja autosuficiencia medieval del artesano, los actuales revisionistas, representan a la hez arribista y autosatisfecha de la clase obrera, que no duda en mantener su condición de esclavo asalariado mientras se le permita vivir sobre las espaldas de un mundo rapiñado por el imperialismo. Como vemos, aunque similar en las formas, este reiterado desprecio hacia las exigencias teóricas del comunismo por parte de algunos sectores de la clase obrera, responde a bases materiales diferentes, y seguramente su carácter dañino para la revolución proletaria, aunque ambos lo son, no sea de igual grado en virtud de esas condiciones objetivas distintas.

Pero continuemos, la *Circular contra Kriege*, que generó la reacción señalada por parte de los Justos, se enmarca en un contexto en el que todos nuestros protagonistas conciben la necesidad de un congreso internacional de partidarios del comunismo. Sin embargo, aquí nuevamente surgen algunos problemas, seguramente por cuestiones alejadas de la teo-

[12] CLAUDÍN: *Op. cit.,* pág. 61.

[13] *Ibídem.*

[14] *Ibid.,* págs. 367 y 368.

ría y política comunistas, y más cercanas a los intereses particulares de ganar preeminencia en la futura organización que debería surgir del congreso. Tal vez sea eso lo que motiva a la Liga de los Justos a no comunicarle al Comité de Correspondencia de Bruselas, a pesar de lo avanzado de sus contactos en pos de la confluencia orgánica, su intención de preparar un congreso preparatorio en 1847 con vistas al congreso comunista general de 1848. Esto va a provocar un súbito, aunque momentáneo, enfriamiento de las relaciones entre la Liga y el grupo bruselense.

Para principios de 1847 está claro que por toda Europa se barruntan nubes de tormenta y explosión social. 1847 es el año de una fuerte crisis comercial que, desde la metrópoli del capitalismo, Gran Bretaña, se extenderá por todo el continente. En Alemania la revolución parece inminente: 1846 es el año de los *desordenes*, que se extienden por el mosaico de Estados que componen la Alemania de entonces, la carestía y las malas cosechas se agravan con la crisis, y los conflictos políticos ponen en primer plano el cuestionamiento del absolutismo y la unificación. En Francia la burguesía está envuelta en conflictos intestinos entre sus facciones principales, lo que abre una grieta para el ascenso de la burguesía republicana y la pequeña burguesía democrática, a lo que se unen los catastróficos efectos de la crisis agraria, agravada por los efectos de los problemas comerciales que se expanden desde Inglaterra. Ésta misma ha de lidiar, además de con la crisis, con el eterno problema irlandés y lo que parece una poderosa reactivación del movimiento cartista. Polonia se levanta en 1846 contra las potencias absolutistas. Italia se agita contra el yugo austriaco y clama por la unificación. En el propio imperio Habsburgo se agudizan los movimientos nacionales: checos, húngaros… Ante todas las cabezas de Europa aparece el recuerdo de 1830, de 1789 y, para pavor de algunos, de 1793.

Por supuesto, nuestros protagonistas son especialmente sensibles a estas circunstancias que anuncian jornadas revolucionarias, lo cual es uno de los motivos principales para echar las desconfianzas a un lado y avanzar en el camino de la unión. Por supuesto, cada actor tiene sus motivaciones particulares, basadas en su mutua debilidad, pero espoleadas por la crisis revolucionaria que se avecina.

Por parte de Marx y Engels no se trata, por supuesto, de buscar una oportunista unión a cualquier precio con cualquiera para aprovechar la situación aparentemente favorable que se esperaba, sino que son los factores de maduración de la Liga, ya señalados, los que hacen de ella el único grupo susceptible de protagonizar una unión sin sacrificar los principios generales a los que habían llegado. Esto es algo que queda claro en su correspondencia. En una carta de Engels a Marx de diciembre de 1846, en el contexto de ese enfriamiento de relaciones ya mencionado, se lee:

"La historia con los de Londres es lamentable precisamente a causa de Harney y porque eran los únicos *straubinger* con los que podía pensarse un acercamiento francamente, sin *arrière-pensée*. Si no quieren, *eh bien*, ¡que el diablo se los lleve!"[15]

Así, como Engels señala, la Liga es la única organización obrera con la que puede intentarse un acercamiento, y no es, aunque sí representa un grupo mayor que los bruselenses, porque tenga una excelencia organizativa o un generoso volumen de militantes. De hecho, los intentos de cohesionar a su desperdigada organización internacional en vista al congreso preparatorio habían mostrado, a sus propios dirigentes, el estado de languidez de la Liga en ese momento, no respondiendo muchas de las comunas (nivel organizativo básico de la Liga) al llamamiento de la Autoridad Central.[16] La experiencia de Engels en París en otoño, logrando sustraer a parte de la organización de la Liga allí a la influencia de Grün, que se había pasado al proudhonismo, hicieron que los dirigentes de la Liga se convencieran de dónde estaban las fuerzas para la regeneración de la Liga que buscaban.[17]

De este modo, a primeros de 1847[18], J. Moll viaja a Bruselas con plenos poderes de la Autoridad Central de la Liga, entrando a formar parte de la misma el Comité de Correspondencia antes del primer Congreso de la Liga en junio de 1847, aunque no se convierten en comuna de la misma hasta agosto. En este sentido, nos parece justa la memoria de Engels cuando se refiere a este hecho en su *Contribución*:

[15] *Ibid.*, pág. 63. *Straubinger* es un término alemán que se refiere a los obreros-artesanos itinerantes que se detenían allí donde encontraban trabajo. Engels lo usa para designar a los obreros aún impregnados de mentalidad gremial y con ilusiones de invertir el proceso de proletarización del artesanado.

[16] ANDREAS: *Op. cit.*, págs. 37 y 38.

[17] *Ibídem.*, pág. 37.

[18] Según Andreas, la visita a Bruselas que pone fin a la congelación de las relaciones tiene lugar en enero de 1847. *Ibid.*, p.36.

"…se presentó Moll en Bruselas a visitar a Marx, y en seguida en París a visitarme a mí, para invitarnos nuevamente, en nombre de sus camaradas, a ingresar en la Liga. Nos dijo que estaban convencidos, tanto de la justeza general de nuestra concepción, como de la necesidad de librar a la Liga de las viejas tradiciones y formas conspirativas. Que si queríamos ingresar, se nos daría ocasión, en un congreso de la Liga, para desarrollar nuestro comunismo crítico en un manifiesto, que luego se publicaría como manifiesto de la Liga; y que nosotros podríamos contribuir también a sustituir la organización anticuada de la Liga por otra nueva, más adecuada a los tiempos y fines perseguidos."[19]

Se ha tendido a interpretar este pasaje de Engels como una muestra de prepotencia intelectual, como si mostrara a unos dirigentes de la Liga sobrepasados y deslumbrados por las tesis de Marx y Engels, cuando por los documentos del primer Congreso de la Liga, salidos a la luz en la década de los 60 del siglo XX, se muestra que todavía los dirigentes londinenses mantenían algunos elementos de sus anteriores concepciones.[20] Ciertamente, en un contexto como el de finales del pasado Ciclo revolucionario, marcado por la alergia al pensamiento crítico y la adoración iconográfica e irreflexiva hacia los grandes líderes históricos del proletariado que imperaba en el movimiento comunista en general, y que aún se observan, hasta extremos caricaturescos, en sus restos actuales, ésta puede ser una interpretación. Sin embargo, nosotros pensamos que, por supuesto, Engels tenía ya poco que demostrar en 1885, cuando escribe su *Contribución;* y que un congreso comunista es un lugar de debate serio y reflexionado. Esto es lo que Engels señala cuando dice que será el congreso el lugar para desarrollar su comunismo crítico con la perspectiva de lo que sería el *Manifiesto Comunista*. No obstante, entendemos que, en el marco de anquilosamiento teórico y fosilización dogmática en que acabó cayendo el movimiento comunista, este tipo de matizaciones, que deberían ser de *Perogrullo*, son todavía necesarias.[21] Aún así, parece claro que las tesis de Marx y Engels fueron la base de este Congreso, y más teniendo en cuenta que *Miseria de la filosofía*, primera exposición pública más o menos extensa de la nueva concepción del mundo, publicada ese año, lo es en un contexto en que también dentro de la organización de la Liga se ha hecho necesario combatir el proudhonismo propagado por Grün en París, y que la actuación de Engels en este conflicto fue muy importante a la hora de que la Autoridad Central de la Liga decidiera volverse hacia Bruselas.

De todos modos, este carácter del *Manifiesto*, primera exposición sistemática de la nueva concepción del mundo, como el producto de un debate, lejos de restarle méritos a la pluma de Marx y Engels, nos muestra el verdadero carácter de la elaboración teórica en la historia del proletariado y la impronta de sus grandes obras, nunca como un trabajo de gabinete y siempre en medio de la tensión y la lucha ideológica, lo que hoy llamaríamos lucha de líneas, en la pugna por situarse a la vanguardia del movimiento social, que es lo que intentan realizar nuestros dos renanos en vísperas de 1848. Además, ello nos ayuda a la necesaria contextualización de la obra y a comprender mejor su envejecimiento.

En este primer Congreso de la Liga, celebrado en junio de 1847, se realiza la reestructuración orgánica, en clave de modificar los aspectos más estrechamente conspirativos, heredados de la época de las sociedades secretas, adaptándola más eficazmente para las tareas de propaganda comunista. En este sentido, es en este congreso que se realiza el cambio de denominación, adoptándose ya sin equívocos el nombre del movimiento revolucionario de

Luis Blanc

[19] MARX, C.; ENGELS, F.: *Obras escogidas.* Ayuso. Madrid, 1975. Tomo II, pág. 347.

[20] CLAUDÍN: *Op. cit.,* pág. 66.

[21] "Los importantes documentos de la Liga descubiertos recientemente (…) obligan a corregir o matizar esa versión de Engels." *Ibídem*, pág. 66.

la sociedad moderna, pasando de Liga de los Justos a Liga de los Comunistas:

"…el antiguo nombre había sido adoptado en circunstancias y en consideración de acontecimientos particulares, que ya no tienen nada que ver con los actuales objetivos de la Liga. Este nombre está, pues, terminado y no indica en absoluto lo que nosotros queremos. Cuántas gentes no desean la justicia, o lo que ellos llaman justicia, sin ser comunistas. Ahora bien, nosotros no nos distinguimos por el hecho de querer la justicia en general, lo que cada quien puede pretender, sino por el hecho de que atacamos al orden social establecido y a la propiedad privada, por el hecho de querer la comunidad de bienes, por el hecho de ser comunistas. No hay pues, más que un nombre que convenga a nuestra Liga, ése expresa lo que realmente somos, y es el que hemos escogido."[22]

Estos cambios en las denominaciones, de *Desterrados* a *Comunistas*, pasando por *Justos*, expresan bien la evolución y maduración de la Liga. *Desterrados* se refiere a la situación de exclusión, marginación y negación de derechos que sufría el "cuarto estado", que es como en la primera parte del siglo XIX se denominaba al naciente proletariado; *Justos*, busca la restitución de esos derechos, cosa que no tiene por qué ser revolucionaria, pues un subordinado puede tener derechos sin por ello dejar de ser tal, no alterando un orden social basado en dicha subordinación, aunque es una denominación que ya implica una mayor disposición política activa[23]; *Comunistas*, sin embargo, ya expresa la intención inequívoca de subvertir las bases de la sociedad capitalista.

Será en el segundo Congreso de la Liga de los Comunistas, celebrado entre noviembre y diciembre de 1847, donde se produzcan los largos debates que darán lugar al *Manifiesto*, debates que sí son señalados por Engels en su *Contribución*:

"A este Congreso asistió también Marx, que defendió en un largo debate –el Congreso duró, por lo menos, diez días– la nueva teoría. Por fin, todas las objeciones y dudas quedaron despejadas…"[24]

De este modo, para principios del revolucionario año de 1848, las ideas de Marx y Engels, no sin arduos esfuerzos, han logrado la hegemonía en una organización que, si bien no muy amplia, tiene el honor, y ese vigor histórico, de ser el germen del más amplio, en todos los sentidos, movimiento revolucionario del mundo contemporáneo y de la historia.

Marx, Engels, la Liga y la revolución de 1848

La revolución se inició, tal y como esperaban todos los revolucionarios europeos, en Francia, *patria de la revolución* para todas las sensibilidades progresistas de Europa entre 1789 y 1871.[25] Como hemos señalado, las divergencias entre las facciones dominantes del Estado permitieron el ascenso de la burguesía republicana y de la pequeña burguesía democrática que, a través del *movimiento de los banquetes*, abrió el camino para el movimiento insurreccional parisino, que en las jornadas del 22 al 25 de febrero derriba la monarquía orleanista y proclama la II República, al tiempo que los obreros parisinos, principales combatientes en las barricadas, exhibían su vocación, denominando *social* a la nueva República. Desde aquí, la revolución se extiende como la pólvora por toda Europa: insurrección en Viena el 13 de marzo, que derriba a Metternich, símbolo de la reacción europea; el 14 se proclama la Constitución en Roma; el 15 estalla el movimiento nacional húngaro; el 17 se instaura la república en Venecia; el 18 insurrección en Berlín, obligando a Federico-Guillermo IV a realizar concesiones y hacer promesas liberales; el 22 es Milán quien estalla, mientras los campesinos se levantan en Alemania contra la feudalidad superviviente; toda Europa entre la frontera rusa y el Canal de la Mancha es un hervidero.

La posición de Marx y Engels, en Bruselas en ese momento, ante el estallido revolucionario continental, con la perspectiva histórica con la que hoy contamos, puede parecer contradictoria, pues en ella confluyen varios elementos. Por un lado, lo que podríamos denominar el *temperamento del proletario revolucionario*, ese optimismo juvenil, propio del que ve claramente las líneas generales del desarrollo histórico y las posibilidades, en este mismo plano

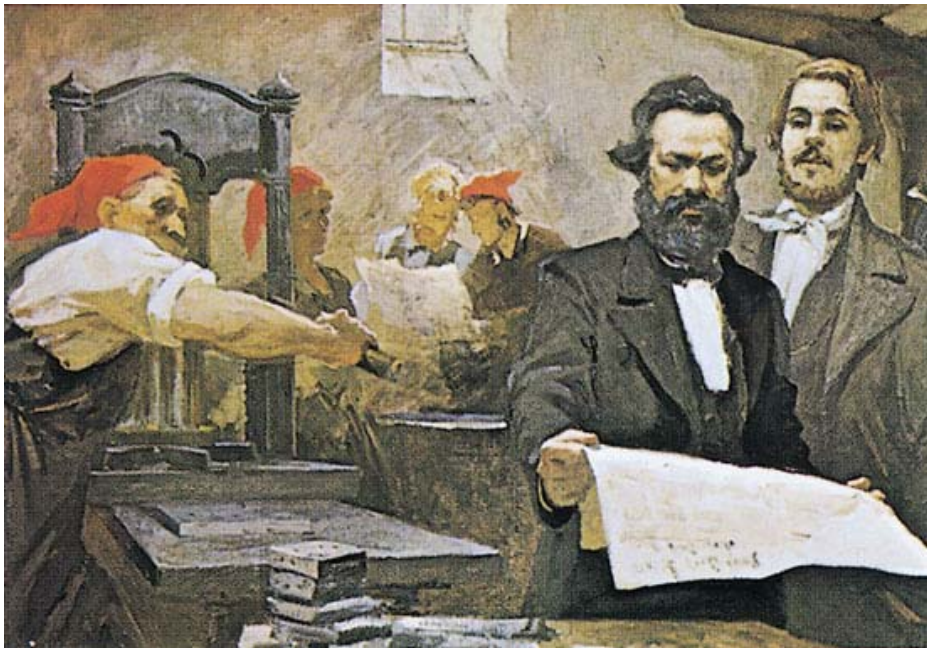
[22] *Reporte del Primer Congreso de la Liga de los Comunistas*, en ANDREAS: *Op. cit.*, págs. 89 y 90.

[23] *Ibídem.*

[24] MARX; ENGELS: *Op. cit.*, pág. 348.

[25] Esto lo ejemplifica Marx cuando, a mediados de la década de los 40, escribía: "el día de la resurrección alemana será anunciado por el canto del gallo galo." (Cf. CLAUDÍN: *Op. cit.*, pág. 76).

histórico, que se abren ante la clase cuya causa revolucionaria han abrazado. Es algo que Engels expresa muy bien en el artículo *Los movimientos revolucionarios de 1847*, de finales de ese año, donde analiza los avances de la burguesía y la inminencia de la revolución:



"¡Continuad batallando valientemente y sin descanso, adorables señores del capital! Todavía necesitamos de vosotros; todavía os necesitamos aquí y allá como gobernantes. Vuestra misión es borrar a vuestro paso los vestigios de la Edad Media y de la monarquía absoluta; aniquilar el patriarcalismo, centralizar la administración; convertir las clases más o menos poseedoras en verdaderos proletarios, en reclutas para vuestras filas, crear, con vuestras fábricas, vuestras relaciones y vuestros mercados comerciales, los medios materiales que el proletariado necesita para la conquista de su libertad. En pago de todo esto, os permitiremos seguir gobernando una temporada. Dictad vuestras leyes, brillad en el trono de la majestad creada por vosotros mismos, celebrad vuestros banquetes en los salones de los reyes y tomad por esposa a la hermosa princesa, pero no olvidéis que

'a la puerta os espera el verdugo…'"[26]

Este optimismo, que se encuentra en los escritos de los renanos hasta el final de la revolución de 1848-49, puede considerarse con perspectiva, como la afirmación y la proclamación de la vocación revolucionaria del proletariado. Esta actitud y esa visión es la que les lleva a considerar inminente, una vez que la burguesía acabe con los restos del feudalismo europeo, el choque entre esta clase y el proletariado.

No obstante, no podemos limitarnos a achacar esta actitud meramente a los efluvios juveniles, sino que tras ella hay serios análisis, el trabajo de Marx y Engels hasta la fecha, y que quedan expresados claramente en el *Manifiesto*:

"No es capaz de dominar [la burguesía], porque no es capaz de asegurar a su esclavo la existencia, ni siquiera dentro del marco de la esclavitud, porque se ve obligada a dejarle decaer hasta el punto de tener que mantenerle, en lugar de ser mantenida por él. La sociedad ya no puede vivir bajo su dominación; lo que equivale a decir que la existencia de la burguesía es, en lo sucesivo, incompatible con la de la sociedad."[27]

Por otro lado, tenemos su práctica política y organizativa durante el proceso revolucionario de apoyo crítico a la burguesía, que, como veremos, les lleva incluso a descuidar la independencia política del proletariado. Pero, paradójicamente, esta contradicción sólo aparece como tal evidente y plenamente ahora, con la perspectiva histórica con la que contamos, pero es una cuestión sobre la que hablaremos más cuando tratemos el pensamiento de Marx de la época en relación con el partido revolucionario. Ahora, prosigamos con la exposición de los hechos objetivos.

Ante la situación en el continente, el Comité Central en Londres traslada su autoridad a Bruselas que, a su vez, decide la formación de la nueva dirección en París, donde Marx, Harney y otros miembros de *Fraternal Democrats* se han trasladado con un

[26] MARX, C.; ENGELS, F.; HESS, M.: *De la "Liga de los Justos" al partido comunista*. Roca. México D. F., 1973, págs. 87 y 88.

[27] MARX; ENGELS: *O. E.*, tomo I, pág. 31. Claudín también expresa esta idea: "…Marx y Engels, como todos los comunistas de la Liga, como los blanquistas franceses y los cartistas revolucionarios, vieron en la proclamación de la 'república social' por el proletariado de París el comienzo del fin del reino de la burguesía. Y como vamos a ver, esta convicción permanecerá en los años siguientes…" (CLAUDÍN: *Op. cit.*, pág. 76).

mensaje de los obreros ingleses al nuevo gobierno francés. En este nuevo Comité Central están Marx y Engels, con un gran peso del primero, lo que demuestra la hegemonía que sus tesis ganaron en el segundo Congreso de la Liga.

La Liga de los Comunistas, como ya hemos dicho, supone un hito histórico en el devenir revolucionario de nuestra clase, pero, como también hemos señalado, desde el punto de vista inmediato, político y, sobre todo, organizativo, no resultaba muy impresionante, con unos 400 militantes en 1848, de los que sólo un centenar aproximado se encuentran en Alemania.

Marx y Engels se opusieron por cuestiones tácticas a lo que el segundo denominó "manía de las legiones revolucionarias", por la que los exiliados democráticos de todos los países formaban partidas armadas para ir a liberar sus respectivas patrias, con el juicioso argumento de que "importar la revolución equivalía a socavarla", y parece que consiguieron organizar el regreso de los miembros de la Liga a Alemania por otros métodos[28]; pero la Liga, débil, pronto empezó a verse engullida por el movimiento.

La Liga proclama las *Reivindicaciones del partido comunista alemán*, adaptación a las condiciones alemanas del programa general del *Manifiesto*, y el Comité Central, con Marx y Engels a la cabeza, se traslada a Alemania, estableciéndose en un primer momento en Colonia, base de actuación de nuestros dos renanos durante la revolución.

En la efervescencia revolucionaria que convulsiona Alemania aparecen por doquier asociaciones obreras, en muchas de las cuales encontramos en la dirección a miembros de la Liga, consagrando la mayor loa que Engels dirige a la organización en su *Contribución*, que es la de haberse convertido en una excelente escuela de actuación revolucionaria, siendo ésta su principal contribución al movimiento revolucionario alemán; pero la organización de la Liga en cuanto a tal es, en su debilidad, cada vez más inexistente.[29]

Es en este contexto en que Marx y Engels elaboran las líneas maestras de la política que van a impulsar durante la revolución. La línea política general parte del acertado análisis de que el carácter de la revolución en Alemania, en el estadio objetivo del desarrollo histórico en que se encuentra, sólo puede ser burgués, por lo que plantean que el proletariado debe desarrollar una acción común con la burguesía contra las pervivencias feudales y el régimen absolutista. No obstante y por supuesto, este apoyo y acción común con la burguesía deben ser críticos, con el fin de asegurar que la culminación de la revolución burguesa sea coronada en las más óptimas condiciones para que el proletariado se organice y despliegue, a continuación, su propia lucha contra el orden burgués, siguiendo la línea que se expresa claramente en el *Manifiesto*.

Algunas "críticas" posteriores de estudiosos del marxismo en relación con el optimismo juvenil de Marx, sobre si en la conciencia de los renanos esta lucha anticapitalista se daría inmediatamente y no en un periodo histórico posterior, pues, como se demostró, el capitalismo estaba, a despecho del *Manifiesto*, muy lejos de agotarse y entrar en su fase de decadencia, tampoco nos parecen del todo pertinentes. Aunque es evidente que hay una subestimación de Marx hacia las posibilidades históricas del capitalismo, no es menos cierto que el deber del dirigente del proletariado revolucionario es, en todo momento, asegurar las mejores condiciones para su lucha revolucionaria, y que sólo la lucha de clases, más allá de juicios apriorísticos, puede determinar en qué momento del desarrollo histórico nos encontramos, a la vez que es esta misma lucha la que genera el bagaje de experiencia que permite, una vez asimilada, afrontar la siguiente lucha histórica en mejores condiciones. Es en este mismo sentido en que Lenin tenía razón frente a los mencheviques en

Federico Engels (1840)

[28] MARX; ENGELS*: O. E.,* tomo II, pág. 351. Ello les costó ataques y acusaciones de cobardía por parte de muchos exiliados alemanes, organizados en la Asociación Democrática Alemana, que les acusaron de "dedicarse a enseñar economía política a los obreros cuando lo que hacía falta era ensañarles el manejo de las armas." (CLAUDÍN: *Op. cit.*, pág. 81).

[29] *Ibídem*, pág. 86.

las discusiones sobre la actitud del proletariado ante las tareas burguesas de la Revolución Rusa, y en la decisión bolchevique de lanzarse adelante en octubre de 1917. Por ello, nos parece que el optimismo de Marx en 1848, a pesar de lo analíticamente equivocado que pudiera estar en ese momento concreto, lo engrandece como dirigente revolucionario práctico del proletariado.

Esta política se va a desplegar desde el diario *Nueva Gaceta Renana* (NGR), que se editará entre el 1 de junio de 1848 y el 19 de mayo de 1849, planteado, como rezaba en su cabecera, como *órgano de la democracia*, no como el órgano del proletariado independiente. De este modo, van a enmarcar su actividad en la muy minoritaria ala extrema izquierda de lo que denominan "partido" demócrata, que es en realidad la amalgama del movimiento de la pequeña burguesía democrática. No obstante, eso no impedirá que sean muy críticos con "su" partido desde el principio.

Los elementos fundamentales de esta política de apoyo crítico a la revolución burguesa para que sea culminada en la mejor situación posible para el proletariado se resumen en una serie de puntos que serán expuestos y defendidos desde las páginas de NGR. En primer lugar, la defensa de la abolición sin indemnizaciones de las cargas feudales sobre el campesinado, donde Marx y Engels se muestran desde el comienzo muy opuestos a la actitud conciliadora de la burguesía. Además, en sus críticas a este respecto, vemos cómo en todo momento está muy presente en sus cabezas el modelo de la Revolución Francesa. Así, Marx escribía en la NGR en julio de 1848:

"El 4 de agosto de 1789 (…) bastó un día al pueblo francés para acabar con las cargas feudales. El 11 de julio de 1848, cuatro meses después de las barricadas de marzo, las cargas feudales pueden más que el pueblo alemán. La burguesía francesa de 1789 no abandona un instante a sus aliados (…). La burguesía alemana de 1848 traiciona sin vacilar a los campesinos, que *son sus aliados más naturales*, la carne de su carne, y sin los cuales es impotente frente a la nobleza. La persistencia, la confirmación de los derechos feudales bajo la forma de un rescate (ilusorio): he ahí el resultado de la revolución alemana de 1848. ¡La montaña parió un ratón!"[30]

El joven Carlos Marx

Además, preconizan la nacionalización y la explotación colectiva de las tierras expropiadas para evitar la formación de una amplia capa de pequeños propietarios burgueses en el campo, que se acabará convirtiendo en un dique contra la revolución, como sucedió en Francia.

Otro hecho por el que Marx y Engels claman incesantemente desde la NGR, en su empeño por asegurar la mejor posición al proletariado, es su enérgica oposición a las medidas encaminadas a asegurar el desarme de las masas, una de las principales preocupaciones de la burguesía alemana y del absolutismo prusiano:

"Así, el privilegio político del capital queda restablecido de la forma más discreta, pero la más eficaz y más decisiva. El capital tiene sobre el pobre el privilegio de las armas, como el barón feudal de la Edad Media lo tenía sobre el siervo."[31]

En este sentido, critican fuertemente al denominado *gobierno de acción*, gobierno liberal-conciliacionista, considerado de centro-izquierda, y en el poder por gracia de los acontecimientos revolucionarios, por su empeño en establecer la dominación burguesa concluyendo, al mismo tiempo, un compromiso con el Estado absolutista, y lo tachan de "gobierno policíaco de transición hacia el gobier-

[30] *Ibid.*, pág. 124.

[31] *Ibid.*, págs. 126 y 127.

no de la vieja nobleza y de la burocracia". Ante todo ello, y salvando las evidentes diferencias históricas, resulta curioso cómo actualmente los maoístas nepalíes están incurriendo en la misma actitud de ganar el contenido burgués de la revolución a través de pacto con el viejo Estado, desarmando a las masas (supervisión del EPL por la imperialista ONU) y obviando los intereses campesinos (tratando en las negociaciones la cuestión de las indemnizaciones a los propietarios y con el Nuevo Poder expirando en el campo, como correlato lógico al desarme del EPL). Así, hoy tenemos a cierto maoísmo travestido en el liberal conciliacionista de hace siglo y medio. Es la prueba fehaciente del agotamiento del Ciclo, de cómo el más mezquino pragmatismo se ha acabado enseñoreando de las políticas de los supuestos revolucionarios. Porque no, no es suficiente conseguir las medidas en sí, objetivamente necesarias, en este caso de la fase de carácter burgués (democrática) de la revolución nepalí, sino que tanto o más importante es cómo se arrancan estas medidas, por la reforma (por el pacto con el viejo Estado, como los maoístas nepalíes) o por la revolución (con la punta del fusil de las masas armadas, como defienden Marx y Engels). Ello es así porque el acto revolucionario, el acto de rebeldía y enfrentamiento con lo establecido de las propias masas oprimidas es lo único que garantiza que se sacudan la pasividad de siglos de sometimiento, asegurando un desafiante, díscolo y seguro "estado de ánimo" que les impela a una permanente movilización revolucionaria con el fin de que el proceso revolucionario no se agote prematuramente; y porque ese rebelde espíritu de movilización es una de las premisas básicas del deseo de tomar en sus manos las riendas de sus vidas, empuje vital de la revolución, cuyo objetivo es precisamente materializarlo en la realidad. Y desde luego, eso no se consigue infundir, por ejemplo, en un campesino que observa cómo, después de dar el paso, estar dispuesto y luchar sangrientamente contra sus amos tras generaciones de sumiso agachar la cabeza, estos mismos amos y las viejas fuerzas vuelven a aparecer tras pactar con sus supuestos dirigentes revolucionarios. Es por ello que a los maoístas nepalíes se les puede aplicar lo mismo que Engels espetaba a los liberales burgueses hace 160 años: "**La conquista más importante de la revolución es la revolución misma**".[32]

Marx y Engels también reclaman la república "una e indivisible", base de una centralización que permitirá un rápido desarrollo económico, acelerando el pleno establecimiento de las relaciones burguesas, pero con la premisa de unas masas, especialmente el proletariado, movilizadas y armadas por la revolución, y que afrontarían así en óptimas condiciones su siguiente lucha. Ello les enfrentará a la Asamblea Nacional de Francfort (una de las dos asambleas, junto a la Asamblea Nacional Prusiana, en Berlín, que se habían constituido en Alemania por la revolución, puntos de referencia de la burguesía e interlocutoras con los viejos poderes), que preconizaba una unión federal. Además, la NGR considera que la centralización es indispensable para afrontar con garantías el peligro ruso.[33]

Éste es otro punto del programa de Marx y Engels, la guerra con Rusia, principal baluarte de la reacción europea, que no sólo consideraban inevitable si la revolución se desarrollaba, sino que desean, y que se basa en el restablecimiento de Polonia, cuyo sojuzgamiento es el lazo que une a los principales focos de la reacción en Europa (Rusia, Austria y Prusia). En 1884, Engels resumía así el programa de la NGR:

"El programa político de la *Nueva Gaceta del Rin* constaba de dos punto fundamentales:

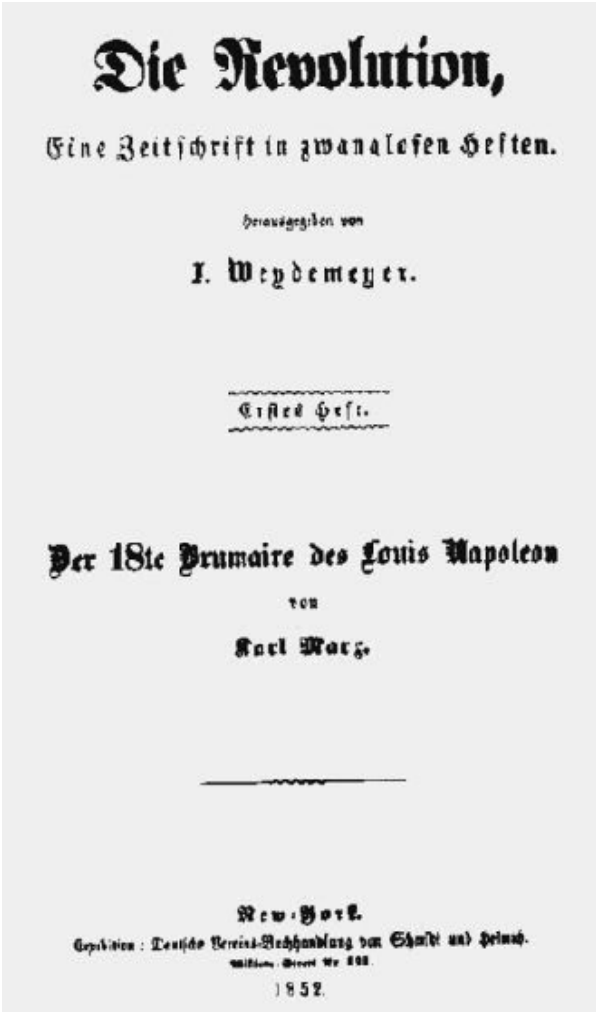
República alemana democrática, una e indivisible, y guerra contra Rusia, que llevaba implícito el restablecimiento de Polonia."[34]

Finalmente, el último punto fundamental del

[32] *Ibid*., pág. 107 (la negrita es nuestra –N. de la R.). "Para nosotros, febrero y marzo sólo podían tener el significado de una auténtica revolución siempre y cuando no fuesen el remate, sino, por el contrario, el punto de partida de un largo movimiento revolucionario, en el que (como había ocurrido en la gran Revolución francesa) el pueblo se fuese desarrollando a través de sus propias luchas…" (MARX; ENGELS: *Op. cit*., pág. 333).

[33] Su política en la cuestión de la unidad alemana se completaba con su frontal oposición a la prusianización de Alemania, que era el tipo de unión defendida por la otra asamblea burguesa. (*Ibídem*, pág. 332).

[34] *Ibid.*


Die Revolution,

Eine Zeitschrift in zwanglosen Heften.

Herausgegeben von

J. Weydemeyer.

Erstes Heft.

Der 18te Brumaire des Louis Napoleon

von

Karl Marx.

New-York.

1852.

programa de la NGR es su clamor por una dictadura revolucionaria enérgica y consecuente, lo que esgrime contra los liberales conciliacionistas, que se suceden en gobiernos cada vez más moderados:

"Toda estructura provisional del Estado después de una revolución exige una dictadura, y una dictadura enérgica. Desde el comienzo hemos reprochado a Camphausen [representante del gobierno liberal-conciliacionista] no actuar por medios dictatoriales, no haber suprimido y destruido inmediatamente los restos de las antiguas instituciones."[35]

Vemos que Marx elige como órgano de expresión lo que denomina "órgano de la democracia", moviéndose como marco de actuación en el ala extrema izquierda del partido demócrata, en el que a partir de agosto actuará como dirigente tras el congreso demócrata de Francfort, y a partir de septiembre formará parte del Comité de Salud Pública de Colonia, aunque no deja de militar en las organizaciones obreras y también es presidente de la Asociación Obrera de Colonia. De este modo, no se va a confundir en el partido demócrata, salvaguardando siempre la independencia editorial de la NGR y criticando sin concesiones el pactismo de la burguesía liberal y las ilusiones de la pequeña burguesía democrática. Es en este marco en el que renuncia al fortalecimiento de la Liga, concebida como organización secreta de propaganda en las condiciones de censura, que ahora ya no imperan en la Renania revolucionaria. Basa esta actuación en las necesidades objetivas de la revolución y en el escaso desarrollo del proletariado alemán.

No faltará oposición a esta política en el seno de la Liga, tanto desde la izquierda, representada por Gottschalk, que pide el boicot a las asambleas de Francfort y Berlín y propone la "república obrera", como por la derecha, con el talentoso S. Born y la Hermandad Obrera berlinesa por él dirigida que, en su eclecticismo, mezclaba una incansable agitación y organización obreras con un despreocupado apoyo a la burguesía, sin cuidarse en marcar distancias con ella.[36] A pesar de ello, la hegemonía de la línea de Marx será clara.

Desde el principio, la línea conciliacionista de la burguesía, tan criticada por la NGR, se va deslizando por el sendero de la traición. La base del temor burgués, que la empujaba a toda costa a un entendimiento con el Estado absolutista, fue magistralmente explicada por Engels:

"La burguesía alemana, en lugar de vencer con sus propias fuerzas, triunfó a remolque de la revolución obrera francesa. Antes de haber derrotado por completo a sus antiguos enemigos (…) tuvo que hacer frente a un nuevo enemigo, el proletariado. La burguesía alemana, que empezaba entonces a fundar su gran industria, no tenía la fuerza, ni la valen-

[35] Cf. CLAUDÍN: *Op. cit.*, pág. 132.

[36] Engels, refiriéndose a Born en su *Contribución*, señala: "…en las publicaciones oficiales de su asociación se mezclan, en abigarrado mosaico, las ideas defendidas en el *Manifiesto Comunista* con los recuerdos y los anhelos gremiales, fragmentos de Luis Blanc y Proudhon, el proteccionismo, etc.; en una palabra, se quería contentar a todo el mundo. Se organizaron, sobre todo, huelgas, sindicatos, cooperativas de producción, olvidándose de que lo más importante era conquistar, mediante victorias políticas, el terreno sin el cual todas esas cosas no podrían sostenerse a la larga. Y cuando, más tarde, las victorias de la reacción hicieron sentir a los dirigentes de la Hermandad la necesidad de lanzarse directamente a la lucha revolucionaria, aquellas confusas masas que se agrupaban en torno a ellos los dejaron, naturalmente, en la estacada. (…) la Hermandad Obrera se comportó frente al gran movimiento político del proletariado como una simple Liga particular, que en gran parte sólo existía sobre el papel…" (MARX; ENGELS: *Op. cit.*, pág. 352).

tía precisas para conquistar la dominación absoluta dentro del Estado; tampoco se veía empujada a ello por una necesidad apremiante. El proletariado, tan poco desarrollado como ella, (…) sólo presentía de un modo vago el profundo antagonismo de intereses que le separaba de la burguesía. (…) La burguesía, asustada no por lo que el proletariado alemán era, sino por lo que amenazaba llegar a ser y por lo que era ya el proletariado francés, sólo vio su salvación en una transacción, aunque fuese de lo más cobarde, con la monarquía y la nobleza."[37]

De este modo, la revolución, en lugar de seguir una línea ascendente, como en 1789-93, modelo que todos los contendientes tenían en la cabeza, se mantiene, como Marx expone en el *18 Brumario*, tras el primer sobresalto, en una permanente depresión. El punto de inflexión será la insurrección proletaria de junio de 1848 en París, cruelmente reprimida, y tras la que la mayoría de la burguesía alzada del continente, asustada por el "espectro rojo", corre a refugiarse en el pacto con el absolutismo. A partir de este momento la línea descendente de la revolución es imparable, sólo estabilizada en su caída por momentos puntuales, como la insurrección de Viena en octubre de 1848, la insurrección de mayo-junio en Alemania por la Constitución del Reich, o las guerras nacionales en Italia (República de Venecia) y Hungría, que serán aplastadas finalmente en el verano de 1849, ésta última con la intervención decisiva de las tropas rusas.

A medida que se van sucediendo estos acontecimientos, la postura de la NGR va cayendo en el más absoluto pesimismo, aunque nunca abrigó muchas ilusiones, sobre la disposición de la burguesía a culminar consecuentemente su revolución. De este modo, Marx y Engels critican cada vez más ácidamente a la burguesía, especialmente a la alemana, y van a poner cada vez más el acento en la necesidad de una acción específica del proletariado independiente. En consecuencia, en marzo de 1849 abandonan el partido demócrata, y en sus inquietudes gana paso la necesidad de una organización independiente del proletariado, aunque se muestran más partidarios de utilizar como base para la formación de este partido obrero a las múltiples asociaciones obreras que, durante el invierno de 1848-49, han florecido por toda Alemania, y no a la Liga de los Comunistas, que siguen considerando una organización secreta de propaganda, con poca importancia en las condiciones de libertad de prensa que aún se mantienen en la Alemania de la decadencia revolucionaria.

No obstante, dado el poco desarrollo del proletariado alemán, ponen su confianza en la resurrección del proletariado francés, que daría el toque de corneta para el relanzamiento de la revolución. Para Marx, el victorioso levantamiento del proletariado francés sólo puede dar como consecuencia una guerra mundial que, como en 1792, arrastrara a toda la reacción europea, de nuevo encabezada por ese "déspota del mercado mundial", como Marx caracteriza a Inglaterra, contra Francia, conflicto europeo que adquiriría carácter mundial y a su vez precipitaría las condiciones favorables para un alzamiento victorioso del proletariado inglés, encabezado por el cartismo militante. Así, Marx sentenciará: "Sublevación revolucionaria de la clase obrera francesa, guerra mundial: he ahí el sumario de 1849."[38] En esta visión sobre las expectativas de la revolución vemos, de nuevo, la influencia de la experiencia de la Revolución Francesa y de 1793:

"El filo de las bayonetas se mellará contra el filo de las cuestiones 'económicas'. Pero la revolución no esperará al vencimiento de esas letras que los estados europeos han extendido sobre la sociedad europea. En París se dará la replica decisiva a las jornadas de junio. Gracias a la victoria de la 'república roja', de allí partirán los ejércitos hacia las fronteras y más allá, con lo que se pondrá al descubierto la verdadera fuerza de los partidos en lucha. Entonces nos acordaremos de junio, de octubre, y gritaremos también: *Vae victis*!"[39]

Los acontecimientos defraudarán estas expectativas que, no cabe duda, eran las únicas consecuentes con el desarrollo inflexible de la revolución. El fin de ésta, al no darse ese escenario de guerra mundial entre la revolución proletaria y la contrarrevolución como única forma de avance social posible, nos presenta a un Marx visionario, hoy, como veremos y a pesar de que la mayoría de los "comunistas" actuales no lo quieran ver, más vigente que nunca.

Otra cuestión que Marx y Engels resaltan en sus escritos, tras la sangrienta represión del proletariado parisino en junio, y más tarde también con la del vienés en octubre, es la necesidad de que la re-

[37] *Ibídem*, págs. 329 y 330.

[38] Cf. CLAUDÍN: *Op. cit.*, pág. 171.

[39] *Ibídem*, pág. 145.

Detención de Carlos Marx

volución aplique sin complejos el terror a sus enemigos. Ésta es una lección que deviene directamente de las condiciones objetivas de la revolución y del carácter del enemigo; no en vano, tras las jornadas de junio, Engels apela al pueblo a que aprenda de sus contrincantes:

"A fuerza de ser magnánimos los pueblos cavan tan a menudo su propia tumba que acaban por pensar y comprender la necesidad de aprender algo de sus enemigos."[40]

Y ésta, la lección de que una revolución, para serlo realmente, es decir, para ser un movimiento de subversión real, serio, y que deba ser tomado como tal, y no quedarse, como domina en la conciencia social del heterogéneo conglomerado que son los *movimientos anticapitalistas* actuales, en un delirio utópico, sin proyección, que consuela su incapacidad política práctica con ensoñaciones sobre la "superioridad moral" que nos diferencia de "nuestros enemigos", es y debe ser, entre otras cosas, una guerra, en la que el terror juega un papel indiscutible. Esta lección, como todas las experiencias revolucionarias posteriores han demostrado, es una verdad universal y Marx y Engels, tras las jornadas de junio, lo repiten explícitamente hasta la saciedad. Así, Marx, en la NGR, escribía en noviembre de 1848:

"Las matanzas sin resultados después de las jornadas de junio y de octubre, la fastidiosa fiesta expiatoria desde febrero y marzo, el canibalismo de la contrarrevolución, convencerán a los pueblos que para abreviar, para simplificar, para concentrar la agonía sangrienta de la vieja sociedad y los sangrientos sufrimientos del parto de la nueva, *no existe más que un medio: el terrorismo revolucionario*."[41]

Por su parte, Engels, el mismo junio, escribía:

"…lo que más llama la atención en este combate desesperado es la rabia con la que se baten los 'defensores del orden': abaten a los obreros como a bestias feroces (…). La burguesía libra contra ellos, con plena conciencia, una guerra de exterminio (…) después de un combate como el de estas tres jornadas de junio sólo el *terrorismo* es posible, sea cual sea el partido que lo utilice."[42]

Cuando, en marzo de 1850, en un contexto de reorganización de la Liga del que hablaremos más tarde, Marx y Engels señalan las medidas a tomar ante la posibilidad de una reavivación de la revolución, dejarán claro que han aprendido la lección:

"…los obreros deben procurar, ante todo y en cuanto sea posible, contrarrestar los intentos contemporizadores de la burguesía y obligar a los demócratas a llevar a la práctica sus actuales frases terroristas. Deben actuar de tal manera que la excitación revolucionaria no sea reprimida de nuevo inmediatamente después de la victoria. (…) Los obreros no sólo no deben oponerse a los llamados excesos, a los actos de venganza popular contra indivi-

[40] *Ibid*., pág. 140.

[41] *Ibid*., pág. 145 (la cursiva es del autor siempre que no se indique lo contrario –N. de la R.). Por supuesto, no debería ser necesario aclararlo, Marx no se refiere cuando habla de terrorismo a la lucha armada de grupos de vanguardia aislados, sino que se refiere al terror de masas, en la línea del aplicado en 1793.

[42] *Ibid*., pág. 114. Como muestra de la brutalidad de la represión, baste mostrar las cifras, que hablan por sí mismas, de una insurrección de tres días de duración: 5 mil muertos, 11 mil obreros detenidos y 4 mil deportados a Argelia.

duos odiados o contra edificios públicos que el pueblo sólo puede recordar con odio, no sólo deben tolerar tales actos, sino que deben tomar su dirección."[43]

Finalmente, remarcamos esta frase de Marx:

"*En la historia la contrarrevolución ha llevado siempre, hasta ahora, a una revolución más radical y más sangrienta.*"[44]

Citamos estos pasajes con profusión, para mostrar que no se debe entender como una solitaria expresión escrita en la rabia del momento posterior a la represión y que hemos magnificado, sino que se repiten explícitamente en diversos periodos, y es una idea que pasará al bagaje de Marx y Engels, como demuestra su análisis, más de veinte años después, sobre la experiencia de la Comuna de París en la *Guerra civil en Francia*. Lo hacemos para salir al paso de los que buscan un Marx *respetable*, en el sentido burgués del término, despojado de toda afilada arista, como un simple *crítico* de la realidad social, en la que pareciera que no se inmiscuye más allá de algún consejo libresco, y que han llegado a presentar como un humanista liberal adocenado y alérgico al uso de la violencia.[45] Nosotros, incluso, vamos a elevar al plano histórico estas sentenciosas conclusiones de Marx y Engels, en plena coherencia con su pensamiento, y le aconsejamos a la burguesía que tiemble ante la perspectiva de un nuevo ciclo de la Revolución Proletaria Mundial (RPM), tras la abundante sangre obrera que derramaron para enfrentar el primero; entonces seremos nosotros, parafraseando al de Tréveris, los que exclamemos: *Vae victis*!

Como se sabe, la revolución no tomó el curso consecuente que Marx deseaba, y el proletariado francés, aún lamiéndose las heridas de junio, dejó, no sin cierta burla, que la dictadura militar bonapartista dirigiera, a despecho de los liberales burgueses que tanto habían hecho para ahogar en sangre a los obreros, el desarrollo del capitalismo francés. En Alemania, el imparable avance de la reacción comenzó a pasar por encima de las asambleas de charlatanes liberales de Francfort y Berlín, que acabarían prácticamente autodisolviéndose para evitar cualquier movimiento de masas. Un tímido intento insurreccional en noviembre de 1848 contra el avance del absolutismo había sido abortado. Engels, comprometido con la lucha armada, pasa a la clandestinidad y termina refugiándose en Suiza. Marx es procesado por injurias y por incitación a la rebelión fiscal en enero de 1849, siendo absuelto, además de conseguir utilizar el juicio como tribuna de agitación. Pero la suerte está ya echada, la insurrección de mayo-junio de 1849 es el canto de cisne de la revolución. La NGR es prohibida (su último número será impreso en tinta roja y con un mensaje de despedida a los obreros, al final de cual podía leerse la exclamación: ¡*Emancipación de la clase obrera*!) y Marx, que ha dejado su patrimonio en la actividad del diario revolucionario y en financiar el armamento de los últimos insurrectos, es deportado. El único foco revolucionario consistente es el sur de Alemania y allá va Engels desde Suiza a unirse al ejército revolucionario dirigido por el también miembro de la Liga de los Comunistas, Willich, que será aplastado. Engels y Willich consiguen huir, pero otro miembro destacado de la Liga, Moll, que había tendido en Bruselas el puente para la entrada del grupo de Marx en la misma, muere en los combates. A pesar de que la intranquilidad se mantendrá un tiempo, la revolución ha terminado y la reacción se enseñorea de Alemania

Un primer balance de la revolución proletaria y auge y caída de la Liga de los Comunistas

A pesar de que la revolución ya no levantaría cabeza, los revolucionarios, con Marx y Engels a la cabeza, trabajaron en un primer momento, como es comprensible y natural, con la hipótesis de un inminente reavivamiento del movimiento revolucionario continental.

Como hemos señalado en innumerables ocasiones desde las páginas de esta revista, la revolución requiere ser constantemente repensada, enfrentarse a sí misma, compararse en diferentes momentos, como condición *sine qua non* para que los revolucionarios no pierdan su posición de vanguardia del

[43] MARX; ENGELS: *O. E.*, tomo I, pág. 98.

[44] Cf. CLAUDÍN: *Op.cit.*, pág. 192.

[45] Un reciente ejemplo destacado es *Karl Marx o el espíritu del mundo*, escrito por Jacques Attali, nada menos que un ex-consejero de Mitterrand. No sería de extrañar que en el actual contexto de profunda crisis económica, con la venta de las obras de Marx disparándose como hace muchos años que no sucede, esta tendencia por rescatar un Marx académico y *respetable* se acentúe y se le vuelva a reservar un lugar en la academia burguesa a un cierto *marxismo de cátedra*, tras varias décadas de satisfactorio olvido total. ¡Mejor mostrar algo, mutiladamente codificado, por supuesto, a que algún irresponsable pueda sacar alguna peligrosa conclusión propia!

movimiento social e histórico, y ello en todos los planos, desde el más mínimo momento táctico, pasando por el plano político, hasta la aprehensión crítica del proceso histórico general. Marx y Engels, que sintetizaron la anterior experiencia histórica de toda la lucha de clases como base para la formulación de su concepción del mundo, vuelven, tras los acontecimientos de 1848-49, a dar un nuevo ejemplo de maestría proletaria, desplegando un trabajo de análisis y reflexión de esta experiencia, esta vez desde el plano político (aunque, como señalara Lenin, este momento revolucionario será siempre un eje de análisis para ellos), como base para cimentar el actuar político en el próximo periodo, del que primeramente se espera un nuevo auge revolucionario. La plasmación orgánica de este momento se desplegará alrededor de la *Nueva Gaceta Renana* (revista político-económica) [NGR(p-e)], que se define expresamente como un órgano de balance científico,[46] y que, como muestra de su nuevo carácter, ya no será un diario, sino una revista mensual, de la que se publicarán seis números entre marzo y noviembre de 1850. Marx comienza a trabajar en la preparación de este proyecto tan pronto como llega a Londres, expulsado también, esta vez de Francia.

En primer lugar, realizan un optimista análisis de la coyuntura, sobre el que basan las perspectivas de inminencia de un nuevo auge revolucionario. Ven avecinarse una crisis comercial de envergadura que podría impulsar la revolución en Inglaterra, llegando a comparar al inglés Cobden con Necker.[47] Políticamente, creen percibir un deterioro de la componenda entre el rey y la burguesía prusiana, el avance de los signos de descomposición del imperio de los Habsburgo (llegan a señalar que éste se lanzará a una guerra exterior para intentar neutralizarlos, y que ésta marcará su derrumbe final, exactamente lo que ocurriría seis décadas más tarde), y consideran que el avance de la contrarrevolución en Francia está radicalizando a la pequeña burguesía y al campesinado.

El aspecto más importante relacionado con este balance político es el que se refiere al estudio del comportamiento político de las clases en pugna, pues de él se desprenden las tareas políticas inmediatas y supone un importante paso adelante en la concepción práctica marxiana de la revolución, pues

Wolff

concluye la inequívoca necesidad de la organización independiente del proletariado. Además, consigna la consabida traición de la burguesía liberal a la revolución, se analiza la supeditación del proletariado como apéndice de la pequeña burguesía democrática y la necesidad actual de deslindamiento con ella:

"Así pues, mientras el partido democrático, el partido de la pequeña burguesía, fortalecía su organización en Alemania, el partido obrero perdía su única base firme, a lo sumo conservaba su organización en algunas localidades, para fines puramente locales, y por eso, en el movimiento general, cayó por entero bajo la influencia de los demócratas pequeñoburgueses. Hay que acabar con tal estado de cosas, hay que restablecer la independencia de los obreros."[48]

En este sentido, se analiza el desplazamiento de las clases durante la pugna revolucionaria, y que con el avance de la reacción, en la colusión de la aristocracia con la burguesía, ahora es la pequeña burguesía la que ocupa el lugar de ésta, y se prevé que en la próxima revolución jugará el mismo papel traidor. Por ello, profundizando en lo anterior, hay

[46] CLAUDÍN: *Op. cit.*, pág. 228.

[47] *Ibídem*, pág. 252. Necker era el director general de hacienda en la Francia de vísperas de la revolución de 1789 e impulsó reformas para intentar evitar su advenimiento.

[48] MARX; ENGELS: *Op. cit.*, pág. 92.

que potenciar la voz propia de los obreros:

"En vez de descender una vez más al papel de coro destinado a jalear a los demócratas burgueses, los obreros, y ante todo la Liga, deben procurar establecer junto a los demócratas oficiales una organización independiente del partido obrero, a la vez legal y secreta, y hacer de cada comunidad el centro y núcleo de sociedades obreras, en la que la actitud y los intereses del proletariado puedan discutirse independientemente de las influencias burguesas. (…) Para luchar contra el enemigo común no se precisa ninguna unión especial. Por cuanto es necesario luchar directamente contra tal enemigo, los intereses de ambos partidos coinciden por el momento y dicha unión, lo mismo que ha venido ocurriendo hasta ahora, surgirá en el futuro por sí misma y únicamente para el momento dado."[49]

Por supuesto, es imposible malinterpretar ese "junto" como unidad orgánica, aunque sea tenue, sino que significa "al lado pero distinto de" como se ve claramente en el contexto, que expresa la línea a seguir con la pequeña burguesía en la próxima revolución, que es unidad en la lucha contra el enemigo común, similar a la posición con la burguesía en 1848, pues el carácter de la revolución no ha variado, pero con la fundamental diferencia de que se garantiza la independencia política y orgánica del proletariado. En este documento, escrito por Marx y Engels, conocido como la *Circular*[50] de la Liga de los Comunistas de marzo de 1850, se enumeran a continuación concretamente las medidas a tomar para garantizar que la culminación de la lucha común deje al proletariado en las mejores condiciones para afrontar a la pequeña burguesía. La concreción de estas medidas, que por su valor mencionaremos más adelante en otro apartado, de una gran riqueza, es una muestra del incremento del bagaje proletario, como consecuencia de la experiencia revolucionaria y su posterior balance. Es esta labor la que, aunque no rompe explícitamente con la concepción espontaneísta de la conformación revolucionaria del proletariado, de la que hablaremos, le lleva a unir independencia política del proletariado con el reforzamiento de la organización de lo que considera el partido obrero.

Ya este deslizamiento hacia la consideración indispensable de la organización independiente del

Liebknecht

proletariado se va dando, de manera progresiva, en Marx durante la revolución de 1848. A pesar de su participación en el partido demócrata, mantiene la posición independiente de la NGR, desde la que fustiga implacablemente tanto la traición de la burguesía como las vacilaciones de "su" partido, señalando cada vez más pronunciadamente la necesidad de una acción independiente del proletariado. Marx nunca deja de militar en las asociaciones obreras, incluida por supuesto la Liga, aunque ésta se encuentra en estado de virtual inexistencia, y, finalmente, abandonará la organización demócrata. En mayo de 1849 participaría en un congreso de los "partidarios de la democracia social", que engloba al proletariado y a los demócratas más consecuentemente revolucionarios, hallándose en estas fechas el origen del vocablo político *socialdemócrata*. El balance de la experiencia política revolucionaria es la culminación de este proceso.

De este modo, durante la primavera de 1850, la Liga afronta un febril proceso de reorganización y potenciación de su papel, que Marx y Engels valoran en este momento más que nunca. Así, se envía a Bauer a Alemania para reorganizar la Liga en el interior, en una misión que resultará infructuosa, y se crea, junto a blanquistas y cartistas de izquierda, la *Asociación universal de comunistas revolucionarios* y se menciona ya expresamente el término *dictadura del proletariado*, signo de la riqueza de experiencia que la

[49] *Ibídem*, pág. 97.
[50] *Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas*. (*Ibid*., págs. 92-103).

revolución había transmitido. El punto 1 del documento fundacional de la Asociación rezaba que su objetivo es el:

"derrocamiento de todas las clases privilegiadas, sometimiento de estas clases a la dictadura del proletariado a través de la revolución permanente hasta la realización del comunismo, forma final de la organización del género humano."[51]

Con la expresión de *revolución permanente*, que tanto éxito tendrá posteriormente, como se sabe, Marx, que la utiliza bastante en este periodo, se refiere a la concatenación de las etapas burguesa y proletaria (democrática y socialista), para lo cual es imprescindible coronar la primera fase en la mejor posición para el proletariado, aunque aún no se proclama a éste como su dirigente. Para ello habrá que esperar a Lenin.[52]

Pero sigamos con la historia de la Liga, que se aproxima a su ocaso, pues justo en su momento de auge y decidida potenciación, va a iniciar el rápido proceso que conducirá a su desaparición. Un primer factor es externo, la fuerte represión que golpea a sus núcleos, y en general a todas las fuerzas democráticas, especialmente en Alemania, y que es un elocuente indicativo de la verdadera relación de fuerzas, tras más de dos años de lucha revolucionaria, y de la impunidad y capacidad de las fuerzas reaccionarias. El segundo y principal factor van a ser las disensiones internas de la Liga, que son las que llevarán a la escisión. El origen de estas enconadas fricciones está en el nuevo análisis de la situación europea que Marx y Engels realizan en el verano de 1850, y que les lleva a modificar su conclusión anterior, en vista de que en la coyuntura económica se abre paso cada vez más pronunciadamente un ciclo de prosperidad general; además, señala que las querellas entre las facciones de la reacción son posibles precisamente porque el orden social está asegurado. En definitiva, se aleja la perspectiva de la revolución inmediata:

"Bajo esta prosperidad general, en que las fuerzas productivas de la sociedad burguesa se desenvuelven todo lo exuberantemente que pueden desenvolverse dentro de las condiciones burguesas, no puede ni hablarse de una verdadera revolución. Semejante revolución sólo puede darse en aquellos periodos en que estos dos factores, las *modernas fuerzas* productivas y las *formas burguesas de producción* incurren en mutua *contradicción*. Las distintas querellas a que ahora se dejan ir y en que se comprometen recíprocamente los representantes de las distintas facciones del partido continental del orden (…) son posibles porque la base de las relaciones sociales es, por el momento, tan segura (…). *Una nueva revolución sólo es posible como consecuencia de una nueva crisis. Pero es también tan segura como ésta*."[53]

Vemos aquí una formulación clásica en la que Marx vincula unívocamente la revolución con la crisis económica. Podemos interrogarnos sobre su validez coyuntural en un momento, el siglo XIX y la etapa concurrencial del capitalismo, en el que se aunaba la revolución burguesa con la formación del proletariado y la permanente perspectiva de la revolución instaurada en 1789 en el panorama social europeo, que no se disipaba con derrotas políticas concretas, en el que, por ello, el mecanismo espontáneo de funcionamiento de la revolución podía tener cierta legitimidad. Pero independientemente de lo cierta que pudiera resultar en ese momento histórico y político concreto, lo seguro es que la crisis económica nunca fue el factor único para el detonante de ninguna revolución; la validez general de

[51] Cf. CLAUDÍN: *Op. cit*., pág. 229.

[52] A modo de curiosidad, ya que Claudín no es ningún referente teórico revolucionario, aunque esta obra es un innegable esfuerzo de síntesis y resulta útil por la enorme extensión que dedica a la reproducción de la obra de Marx y Engels en esta época, algunas de sus partes poco accesibles en la actualidad, el autor, cuando escribe esta obra, en 1975, se refiere a la Revolución china como "el ejemplo más multifacético y consecuente, hasta ahora, de estrategia de 'revolución permanente'." *Ibid*., pág. 315.

[53] MARX; ENGELS: *Op. cit*., pág. 217.

esa relación ha caducado en la época de decadencia del capitalismo, en la que éste se encuentra en crisis permanente y crónica, no siendo ya evidentemente la crisis económica –y no hay mejor prueba que el momento que vivimos actualmente– un factor de movilización revolucionaria *per se*.

En cualquier caso, concluyendo ya nuestra narración de la historia de la Liga, esta nueva forma de ver las cosas, que impelía a un retraimiento de la actividad de la Liga, no pudo ser asimilada por un sector importante de la misma, con Schapper y Willich a la cabeza, ya veteranos y educados en esa escuela romántico-conspirativa de actuación revolucionaria. Marx intentó evitar la escisión y la formación de dos ligas enfrentadas, proponiendo una serie de medidas,[54] pero dada la aplastante superioridad, fuera del Comité Central donde eran minoría, del grupo de Schapper ésta se consuma en septiembre de 1850. Aunque ya había tenido lugar anteriormente, durante la revolución, la escisión del grupo de Gottschalk, ésta última ruptura demostraría ser fatal para la Liga. El grupo minoritario de Marx y Engels, que además incluía nombres como Wolff, Liebknecht o Eccarius, es expulsado, mientras se reeditan viejos ataques a Marx: "porque esa llamada camarilla literaria no puede ser útil para la Liga y hace además imposible toda organización."[55] Marx, según el acta de la reunión donde se consuma la ruptura, resume así alguna de sus divergencias con el grupo de Schapper:

"En lugar de las concepciones universales del *Manifiesto* se pone la concepción nacional alemana que halaga el sentimiento nacionalista de los artesanos alemanes. En lugar de la concepción materialista del *Manifiesto* se promueve la idealista. En lugar de las relaciones reales, que es lo esencial en la revolución, se pone la *voluntad*. (…) De la misma manera que el demócrata utiliza la palabra "pueblo" se utiliza ahora la palabra "proletariado": como una frase vacía. Para que esta frase correspondiera a una realidad habría que declarar proletarios a todos los pequeñoburgueses, es decir, de facto, representarse pequeñoburgueses, no proletarios. En lugar del desarrollo revolucionario real habría que poner la frase revolucionaria (…). Yo siempre me enfrente con las opiniones pasajeras del proletariado…"[56]

Subsecuentemente a esta ruptura, Marx, Engels y Harney dan por disuelta la Asociación universal de comunistas revolucionarios. Desde este momento, los dos grupos inician un camino separado. La Liga de Schapper, lanzada de lleno a la conspiración, en medio de una Alemania atenazada por la reacción, es aislada rápidamente y aplastada. Las detenciones suceden a las delaciones y tras la caída del grupo de Hamburgo es detenido el Comité Central en Colonia, que dará lugar al célebre proceso contra los comunistas de Colonia, entre octubre y noviembre de 1852. Aquí acaba la historia de la Liga de los Comunistas y del primer periodo del movimiento obrero independiente.

Por su parte, Marx se encerrará por una década en un arduo, pero muy prolífico y productivo, trabajo de estudio (que ya había comenzado antes), que dará lugar a su magna obra *El capital*. Desde luego, la historia es una jueza implacable con los practicistas irreflexivos (aunque, repetimos, que no nos cabe duda de que los Schapper y compañía están muy por encima de sus tragicómicas y despreciables imitaciones actuales) y se suele mostrar más benigna con las "inútiles camarillas literarias que nada hacen".

Una *era de la revolución*: 1789-1989

Hablamos al principio de la Revolución Francesa y la resumíamos hasta el momento de su clímax, en 1793, insistiendo repetidamente en su profundo impacto sobre el mundo, en el que fue forjadora de modos y modelos de acción política proyectándose sobre todas las mentes de una época. Hemos repasado algún momento en que su referencia se hace explícita en Marx y Engels, fundadores de la teoría revolucionaria del proletariado. Veamos nuevos ejemplos aún más explícitos de esta influencia:

"Cuando estalló la revolución de Febrero, todos nosotros nos hallábamos, en lo tocante a nuestra manera de representarnos las condiciones y el curso de los movimientos revolucionarios, bajo la fascinación de la experiencia histórica anterior, particularmente la de Francia. ¿No era precisamente de este país, que había jugado el primer papel en toda la historia europea desde 1789, del que también ahora había partido nuevamente la señal para la subversión general? Era, pues, lógico e inevitable que nuestra manera de representarnos el carácter y la marcha

[54] CLAUDÍN: *Op. cit.*, págs 230-232.

[55] *Ibid.*, págs. 233 y 234.

[56] *Ibid.*, págs. 232 y 233.

de la revolución 'social' proclamada en París en febrero de 1848, por la revolución del proletariado, estuviese fuertemente teñida por el recuerdo de los modelos de 1789 y 1830."[57]

También reconocen, sin prejuicios, su admiración e imitación por figuras de la gran Revolución Francesa. Así, de nuevo Engels, refiriéndose al periodo de la revolución de 1848:

"Cuando, más tarde, leí el libro de *Bougeart* sobre *Marat*, vi que nosotros habíamos imitado inconscientemente, en más de un aspecto, el gran ejemplo del verdadero 'Ami du peuple' (…) y que todo ese griterío furioso (…) que ha desfigurado por completo (…) la verdadera imagen de Marat, se debe exclusivamente a que Marat desenmascaró sin piedad a los ídolos del momento (Lafayette, Bailly y otros), denunciándolos como traidores consumados de la revolución, y a que Marat, igual que nosotros, no consideraba que la revolución había terminado, sino que se había declarado permanente."[58]

Es decir, estamos viendo cómo las primeras luminarias del proletariado trabajan necesariamente con materiales forjados por la burguesía; eso sí, por la burguesía revolucionaria. No es una tesis novísima que deseemos forzar sino que, como vemos, Marx y Engels lo reconocen gustosamente.

Ello es así necesariamente en virtud del desarrollo histórico, por el que lo nuevo surge de lo viejo y, en este caso, lo proletario de lo burgués. Esto, que es universalmente reconocido en aspectos como el económico y social (el proletariado como clase en sí es forjado por las relaciones de producción burguesas), se tiene más reticencia en llevarlo al plano político, al plano donde se desarrollan las formas de entender y ejecutar la lucha de clases. Sólo mentes doctrinarias y alérgicas a la dialéctica, incapaces de operar con otra cosa que categorías cerradas que oponen ruidosa y absolutamente (lo burgués frente a lo proletario), pueden negar esta evidencia, también referida a este plano. De este modo, las bases de la concepción proletaria del mundo, sus líneas maestras, se sientan en un momento en que, como no podía ser de otra manera ante lo primerizo del proletariado y el escaso bagaje de su experiencia, el único material histórico disponible para ser fundadas científicamente se encuentra en la lucha de clases anterior al proletariado y a su revolución, especialmente en la revolución burguesa; y ésa es precisamente la experiencia que Marx y Engels describen genialmente en el *Manifiesto*.

Expusimos en el primer epígrafe de este artículo un pequeño resumen del modelo clásico de revolución y desarrollo político de la burguesía, como es la Revolución Francesa.[59] En él hemos visto sumariamente cómo a través del decurso económico espontáneo el nuevo modo de producción se genera en el seno del viejo y cómo, a partir de aquí, de una forma continua y sin plan, la burguesía termina prevaleciendo en un proceso que se desborda a sí mismo en una fase tras otra, desde el intento de prosperar en el seno de las viejas estructuras políticas feudales hasta la subversión de las mismas, en que los pusilánimes son simplemente echados a un lado por la propia fuerza de los acontecimientos: "cada etapa de la evolución recorrida por la burguesía ha ido acompañada del correspondiente éxito político."[60]

La base del carácter de este fulminante proceso espontáneo de desarrollo y éxito político se encuentra en el primer momento señalado: el nacimiento de una sistema socioeconómico de explotación en el seno de otro, de similar carácter, pero infinitamente menos perfecto en su naturaleza clasista y explotadora. Ésa es la clave del éxito de la burguesía, el ser exponente de la última forma de la sociedad de clases, de la última y más perfeccionada forma de explotación del hombre por el hombre. Todavía hoy vemos la capacidad de este sistema para expandirse y reproducir sus lógicas inexorablemente, suprimiendo o subordinando sin piedad a los restos de otros modos de producción que, cada vez en menor medida, aún subsisten. Asombra observar cómo en unas pocas décadas la burguesía ha conseguido "forjar a su imagen y semejanza" todo el heterogéneo desarrollo civilizatorio anterior, sustentado también sobre la sociedad de clases, pero que tardó bastantes siglos en formarse y desarrollarse. Comprobamos, hoy más que nunca, la *diabólica* perfección de su sistema, y cómo, a despecho de todas las teorías que vaticinaban su derrumbe, apiladas en el desván de la caducidad histórica, consigue reestructurarse crisis tras crisis. Esa imponente fuerza mate-

[57] MARX; ENGELS: *Op. cit.*, pág. 108.

[58] MARX; ENGELS: *O. E.*, tomo II, pág. 334.

[59] "En términos generales, se ha tomado aquí a Inglaterra como el país típico del desarrollo económico de la burguesía, y a Francia como el país típico de su desarrollo político." (MARX; ENGELS: *O. E.*, tomo I, pág. 21).

[60] *Ibídem.*

rial que ha desarrollado, y que no se limita a las fuerzas productivas, sino también a la capacidad de reproducción y adaptación de las relaciones sociales que las sustentan, es la base de la fuerza de la burguesía, la que hizo que su proceso de encumbramiento político no necesitara de la forja de un plan, ni de una guía teórica, incluso se pudo permitir que los críticos y pensadores que le allanaban el camino y la dotaban de fuerza moral se mantuvieran como un sujeto externo, depositando la fe en la plasmación de su programa social en la buena voluntad de algún déspota ilustrado; por supuesto, tampoco debió de echar mano de ningún partido revolucionario moderno, ni de la figura del revolucionario profesional: a la burguesía, cuando las condiciones, es decir, el desarrollo de esa fuerza material en el seno de la vieja sociedad que hemos señalado, lo exigieron, le bastó con tocarse su cabeza con el gorro frigio para convertirse en revolucionaria.

Nada de eso sucede con el proletariado. Las relaciones sociales comunistas no surgen espontáneamente en la vieja sociedad, a menos que no queramos abandonar el marxismo y tomar a las viejas formas comunitarias, que de una forma u otra perviven, por éstas, al modo de los viejos utopistas. La sociedad burguesa genera, con el enorme desarrollo de su fuerza económica y la creciente socialización de las fuerzas productivas, la base material para que la emancipación humana no sea ya un ensueño, sentando las bases de su virtualidad, pero no da la tendencia para su transformación espontánea en ese sentido, y sí muestra, repetimos, una enorme capacidad de reestructuración. Es por ello que ya el carácter de la revolución proletaria es, desde su misma base, divergente de la burguesa.

De este modo, las primeras experiencias políticas del proletariado, sus primeras acciones colectivas, no son la proyección de una base socioeconómica propia, las relaciones comunistas, por muy en germen que se encuentren, sino que es la propia burguesía la que lo moviliza y encuadra en pos de sus propias metas políticas:

"Si los obreros forman en masas compactas, esta acción no es todavía la consecuencia de su propia unidad, sino de la unidad de la burguesía, que para alcanzar sus propios fines políticos debe –y por ahora aún puede– poner en movimiento a todo el proletariado. Durante esta etapa, los proletarios no combaten, por tanto, contra sus propios enemigos, sino contra los enemigos de sus enemigos, es decir, contra los vestigios de la monarquía absoluta, los propietarios territoriales, los burgueses no industriales y los pequeños burgueses. Todo el movimiento histórico se concentra, de esta suerte, en manos de la burguesía; cada victoria alcanzada en estas condiciones es una victoria de la burguesía."[61]

Aunque todavía no podemos hablar propiamente de un proletariado como tal, eso es precisamente lo que realiza la burguesía en la Revolución Francesa. Ante los obstáculos que se le plantean, la burguesía se va a ver obligada, pasando literalmente por encima de sus propias facciones más temerosas ante esta perspectiva, movilizar a las masas de la *nación*, desencadenando un movimiento social sin parangón hasta entonces en la historia. Ése es el año 1793, la grandiosa y singular experiencia que, hasta por lo menos 1871, y seguramente hasta 1917, va a ser el espejo en que se mire todo movimiento revolucionario y en el que, consciente o inconcientemente, busque los modelos y las claves que le ayuden a explicarse y guiarse.[62]

Resumiendo lo que queremos decir hasta ahora, la burguesía, por el propio impulso de las fuerzas materiales de las que es agente, derribó políticamente la vieja sociedad, y al hacerlo se vio obligada a desencadenar fuerzas sociales de una magnitud sin precedentes, generando un escenario histórico en el que la revolución se convirtió en una virtualidad y en una perspectiva inmediata, aunque sea por el mero hecho material de que un porcentaje significativo de la población de Europa y América vivió o participó, en el paso de los siglos XVIII al XIX y en la primera mitad de éste, en algún momento, en una transformación revolucionaria de la sociedad. La burguesía le dio molde material a la revolución, creó un modelo para su realización y, lo que es tan importante como lo anterior, con su miedo ante las fuerzas desencadenadas creyó mostrar que ese mismo modelo la podía destronar a ella misma. Como en julio de 1791 exclamó horrorizado Barnave, burgués moderado, pero con cierta amplitud de miras, ya que sería guillotinado durante el Terror:

"¿Vamos a acabar la Revolución o vamos a volver a iniciarla? (…) Un paso de más sería un acto

[61] *Ibid.*, pág. 27.

[62] A modo de ilustración, señalar que Hobsbawm, por ejemplo, dedica unas interesantes páginas a describir la continua y recurrente proyección de la Revolución Francesa en la cabeza de otros revolucionarios posteriores y, especialmente, entre los dirigentes bolcheviques. (HOBSBAWM, E.: *Los ecos de la marsellesa*. Crítica. Barcelona, 2003, págs. 57-99).

funesto y culpable. Un paso de más en la línea de la libertad sería la destrucción de la monarquía, en la línea de la igualdad sería la destrucción de la propiedad."[63]

Sin embargo, en todos los casos, son agentes externos al que se va a convertir en el sujeto revolucionario los que le impelen a convertirse en tal. En el caso de la burguesía, las resistencias políticas de la vieja sociedad ante el desarrollo económico y social del que es portadora; y en el caso de las masas populares, su encuadramiento y movilización por parte de la burguesía, ya sea de forma directa, políticamente, como en el caso del modelo jacobino, ya sea a través de los hábitos sociopolíticos y culturales que toda una era de más de medio siglo de revoluciones burguesas han creado en el conjunto de la sociedad. Es a esto a lo que nos referimos cuando hablamos de *perspectiva revolucionaria*, en virtud de la cual el movimiento social, aún generado espontánea e inconscientemente, tiene la virtualidad de ir más allá por el propio ambiente social, político y cultural en que se ha formado.[64] Es ello lo que les va a dar a Marx y Engels la licencia para caracterizar como revolucionaria la mera unión de los obreros en virtud de la coordinación de sus luchas económicas y parciales contra sus patronos que se describe en el *Manifiesto*, pues éstas se entrelazan con una situación cultural e histórica revolucionaria permanente, pero externa a esa unión obrera, y que es fruto de la revolución burguesa.

Es este hecho, el entrelazamiento del proceso de formación y cohesión del proletariado como clase en sí a través de sus luchas económicas y parciales espontáneas, que, aunque supone un momento necesario y progresivo en la historia de la conformación de nuestra clase, no puede ser considerado revolucionario *per se*, con la situación política y cultural que más de medio siglo de revolución burguesa genera, lo que permite caracterizar a Marx, para el uso político, la mera unión de la clase en sí (a pesar de que él ya había distinguido entre clase *en sí* y *para sí*) como *revolucionaria*; y ésa es la base conceptual que revela la concepción decimonónica que caracterizaba al proletariado como sujeto revolucionario *in actu*, sin más consideraciones. Ello es lo que, unido al carácter del trabajo teórico de Marx, más centrado, por las exigencias del momento (sentar las bases de la cosmovisión proletaria), en el desarrollo histórico general y menos en la caracterización política puntual de cada uno de sus momentos, explica la identificación del partido con la clase, aunque también, lo cual es muy interesante, a la inversa, la clase con el partido. Y esta generalización la aplica a todas las clases en pugna, para las que la utilización del término "partido" no se refiere a una organización concreta, sino al conjunto del movimiento político en pos de sus intereses de clase. La visión de estos elementos unidos, movimiento político de la clase que, por lo que hemos señalado, se percibe ya como revolucionario, y partido, a despecho de los intentos de los círculos marxistas más anarquizantes y también de las visiones más organicistas, que acabaron dominando en la tradición del bolchevismo, pueden sentar en Marx la paternidad más filosófico-general del moderno partido revolucionario y lo acerca a la visión leniniana bien entendida, siempre con las precisiones e inevitables limitaciones, fruto del contexto histórico, que hemos señalado.

Sin embargo, en el marco histórico que hemos dibujado, la visión generalista del proceso histórico, mediatizada por el carácter de su trabajo, y, en relación con lo primero, el escaso bagaje de la lucha de clase proletaria, le llevan en lo inmediato y en su praxis política a esa visión espontánea del proceso de formación del proletariado como partido revolucionario; como le señala Marx en una carta al poeta Freiligrath, antiguo miembro de la Liga, en 1860:

"…la Liga fue disuelta (…) hace ya ocho años que en este sentido, totalmente efímero, de la palabra, el *partido* dejó de existir para mí (…). Si tú eres *poeta*, yo soy *crítico*, y la verdad sea dicha, me basta con la experiencia de 1850-1852. La 'Liga', lo mismo que la Sociedad de las estaciones, de París, que

[63] Cf. SOBOUL, A.: *La Revolución Francesa*. Orbis. Barcelona, 1981, pág. 67.

[64] Y es algo que, en la visión que nos da la perspectiva, notamos que Marx incluso llegó a intuir, cuando escribe sobre la insurrección proletaria de París de junio de 1848: "El proletariado de París fue *obligado* por la burguesía a realizar la insurrección de junio. Ya en esto iba implícita su condena al fracaso. Ninguna necesidad directa, conscientemente percibida, impulsó al proletariado a intentar el derrocamiento violento de la burguesía…" (CLAUDÍN.: *Op. cit*., pág. 246).

centenares de otras asociaciones, no fue más que un episodio en la historia del partido que nace espontáneamente, por doquier, del suelo de la sociedad moderna (…), del partido en el gran sentido histórico del término".[65]

Claudín, en la obra que estamos referenciando, también se empeña en alejar la visión leniniana del partido de la de Marx, la que evidentemente no puede ser idéntica por los factores que ya hemos señalado (contexto histórico, experiencia del proletariado y el propio carácter de la actividad de Lenin en este marco), pero lo hace para acercar a Marx a R. Luxemburgo, enfrentando al partido con la clase o, si se quiere, a la vanguardia con las masas, y obviando lo de visionario, por su agudeza para penetrar en el desenvolvimiento del desarrollo histórico, que tiene la concepción del partido en un Marx determinado por las condiciones decimonónicas, que es, como hemos señalado, la identificación del movimiento político de la clase con el partido. No obstante, al propio Claudín no le queda otro remedio que reconocer que el papel que se le asigna al partido obrero, concretizado también como organización específica, va aumentando a lo largo de la vida de Marx.[66] En descarga de Claudín, podemos decir que, a pesar de la visión que Lenin plasmara del partido como expresión de la unidad de la vanguardia con las masas, la unión de la teoría revolucionaria con el movimiento de la clase, en definitiva, el partido como movimiento revolucionario del proletariado, la experiencia histórica de la *Komintern* nos muestra a estos partidos, depositarios de la tradición del leninismo, como mera organización de la vanguardia que pugna por dirigir a las masas, como un sujeto externo a ellas, y no como su unión cualitativamente más elevada; por lo que no es de extrañar, en el contexto del Ciclo en curso, que cayera en los debates de viejo tipo sobre la relación u oposición de los dirigentes con la clase, del partido con la clase, etc.

Como decimos, a pesar de esa lúcida visión histórica del partido, lo que predomina en el momento político es una visión espontaneísta de la conformación revolucionaria del proletariado, que es la que explica la actitud de Marx respecto a la Liga de los Comunistas y durante la revolución de 1848. Si la clase se conforma como sujeto revolucionario espontáneamente no es necesario más que un organismo de propaganda (aunque si lo llevamos hasta sus últimas consecuencias, ni tan siquiera esto), y es la visión que Marx y Engels van a tener de la Liga durante 1848-49, aunque tras esa experiencia y en un momento de reorganización a la espera de una inminente revolución, cuando se produce una cierta modificación práctica de su actitud. Sin embargo, como decimos, estos factores de contexto histórico pesan mucho, y a pesar de la creciente importancia que a lo largo de sus vidas le van a ir concediendo a la concretización de ese *partido histórico*, todavía en 1885 Engels podía escribir loas al espontaneísmo del siguiente calibre:

"…hoy basta con el simple sentimiento de solidaridad, nacido de la conciencia de la identidad de su situación de clase, para crear y mantener unido entre los obreros de todos los países y lenguas un solo y único partido: el gran partido del proletariado."[67]

Hoy, cuando la experiencia de la lucha de clases ha demostrado el verdadero significado de la independencia política del proletariado y que su constitución en tal sujeto autónomo requiere de todo un proceso de ardua construcción de los instrumentos que lo permitan, momento en el que, por cierto, nos encontramos actualmente, puede parecer paradójica la posición de Marx, que consideraba que con 1848 se iniciaba el principio del fin de la civilización burguesa y que, a la vez, durante la revolución en Alemania tomaba en principio posición en el seno de movimiento demócrata, en virtud del carácter burgués de la revolución. Esta postura contradictoria, que también Lenin señaló,[68] sólo lo es plenamente hoy (en la época de Lenin, aunque éste lo señalara

[65] *Ibídem*, pág. 322. Aunque, como comentario, no está de más señalar que, sólo cuatro años después de esta carta, Marx se embarcaría y pondría su esfuerzo al servicio de otro *efímero* "partido": la gloriosa Asociación Internacional de los Trabajadores.

[66] *Ibid*., pág. 328.

[67] MARX; ENGELS: *O. E*., tomo II, pág. 357.

[68] "De modo que ¡sólo en abril de 1849 (…) Marx y Engels se pronunciaron por una organización obrera independiente! ¡Hasta entonces dirigían simplemente un 'órgano de la democracia' no ligado por ningún lazo orgánico a un partido obrero independiente! Este hecho, monstruoso e increíble desde nuestro punto de vista actual, nos demuestra claramente qué diferencia tan enorme hay entre la socialdemocracia alemana de entonces y el actual Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Este hecho nos muestra cuánto más débiles eran los rasgos proletarios del movimiento, su corriente proletaria, en la revolución democrática alemana (debido al atraso de Alemania en 1848, tanto en el sentido económico como en el político, a su fraccionamiento estatal)." (LENIN, V. I.: *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*. Akal. Madrid, 1975, pág. 126).

mostrando una vez más el carácter de vanguardia de su pensamiento, todavía había lugar para la visión espontaneísta del proceso revolucionario –una prueba, por ejemplo, es que la apreciación de Lenin se limita a señalar las limitaciones en el plano *político* y no todavía en el *histórico general*), cuando ha acabado el impulso generado por las revoluciones de 1789-1848 y continuado por 1871, 1917 y las revoluciones del siglo XX; impulso que, en virtud del ambiente social y cultural creado, daba virtualidad revolucionaria al movimiento social espontáneo. Por eso, en 1848 no había contradicción aparente en impulsar la revolución burguesa desde las filas de la pequeña burguesía democrática y, a la vez, esperar en lo inmediato el combate definitivo con la burguesía, sin asegurar la independencia política del proletariado, pues ésta se daba por supuesta. Además, pesaba el modelo revolucionario francés de 1793, por el que el proceso histórico, sin plan ni consciencia,[69] se desborda a sí mismo, y había posibilidad para suponer, razonablemente, que lo mismo le sucedería a la burguesía con un proletariado incomparablemente más consistente que el de 1793, cuando apenas existía. De hecho, era algo que los propios burgueses temían: recordemos el terror de Barnave o la histeria de la burguesía francesa de 1848 ante el espectro de la "república roja".

Eso es con toda seguridad lo que Marx esperaba, lo que, repetimos, en las condiciones históricas dadas era más que razonable pensar, y lo que sigue esperando cuando abandona finalmente el movimiento demócrata para concentrarse inequívocamente en la organización del proletariado, como ejemplifica su evocación, ya señalada, de un *1793 proletario* al describir el curso que debería seguir la revolución, o muestran fehacientemente estas líneas de *Las luchas de clases en Francia*:

"Una clase en que se concentran los intereses revolucionarios de la sociedad encuentra inmediatamente en su propia situación, tan pronto como se levanta, el contenido y el material para su actuación revolucionaria: abatir enemigos**,** tomar las medidas que dictan las necesidades de la lucha. Las consecuencias de sus propios hechos la empujan hacia delante. No abre ninguna investigación teórica sobre su propia misión. La clase obrera francesa no había llegado aún a esto…"[70]

En este extracto vemos claramente ejemplificada el prisma de la gran Revolución Francesa, de la revolución burguesa, cuando Marx mira al proletariado.

La salida de Marx de la organización demócrata para dedicarse a la organización del proletariado se produce alrededor de ese congreso de "partidarios de la democracia social". Aquí, como señalábamos, tenemos el origen de la socialdemocracia, nacida como una escisión por la izquierda del movimiento demócrata, en este contexto de revolución burguesa. La socialdemocracia será el marco de organización del proletariado durante la segunda mitad del siglo, y la denominación que históricamente engloba a la formación de la clase *en si*[71] . Teniendo en cuenta que el moderno comunismo nace también como una escisión izquierdista de la socialdemocracia, podemos ver en esta secuencia de momentos políticos, la continuidad que enlaza la revolución burguesa con el primer Ciclo de la Revolución Proletaria Mundial (RPM), su constitución y continuación desde un proceso en el que prima por encima de la consciencia la fuerza de factores externos e impersonales, desencadenados por la burguesía. Éste es el marco y las bases materiales que permitieron que la concepción espontaneísta del movimiento revolucionario hegemonizara y tuviera sentido en las filas del proletariado revolucionario.

Esta hegemonía representa el primer embate histórico del proletariado, cuando aún no se habían ajustado cuentas con la matriz burguesa de la que, necesariamente, tenía que partir; y sólo con el final del Ciclo, cuando con la derrota de 1917 se ha derrotado también a 1789, (demostrando, una vez más, que el verdadero espíritu emancipador está en las manos del proletariado revolucionario y que su suerte depende de la de este movimiento político), tenemos las condiciones, mediante el Balance crítico de la experiencia histórica revolucionaria, para

[69] Por cierto, apuntar aquí que uno de los factores que coadyuvan a la explosión revolucionaria de 1789 es una de las periódicas crisis de subsistencia que afectaban a la sociedad feudal, en el sentido de que puede ayudar a comprender el peso para la revolución que se le concede a la crisis económica, fenómeno hasta cierto punto *paralelo* en el capitalismo.

[70] MARX; ENGELS: *O. E.*, tomo I, pág. 134.

[71] Marx ya percibió las limitaciones revolucionarias de este marco socialdemócrata; en el contexto de la escisión final con el grupo de Schapper, señaló: "… yo no hago tal proposición porque provocaría inútiles enemistades y porque todas estas personas, de todas maneras, son comunistas por convicción, aunque las concepciones que manifiestan actualmente no son comunistas y, en el mejor de los casos, pueden considerarse socialdemocráticas." (Cf. CLAUDÍN: *Op. cit.*, pág. 231).

sacudirnos ya definitivamente las inevitables adherencias burguesas que aún portábamos como señal de inmadurez. Si es cierto que éstas tuvieron un sentido y nos permitieron desplegar una inexperta lucha revolucionaria, su derrota las ha hecho caducar y la experiencia ganada en esta lucha nos permite desprendernos de ellas. No hacerlo significa la total derrota del ideal emancipador y permitir que, dado que ya no existen las condiciones que lo hacían efectivo, dado que se ha perdido la perspectiva social de la revolución, esta adherencia, la pueril confianza burguesa en el espontaneísmo y en el favorable curso impersonal de la historia, consuma, cual fósforo blanco sionista, el cuerpo, aún vivo pero postrado, del proletariado revolucionario. Si lo conseguimos, el periodo de 1789-1989[72], durante el que la revolución, el progreso social, fue fruto de la confianza en factores externos, habrá sido una página pasada que nos ha legado riquísimas experiencias que nos permitirán abrir paso a otro periodo revolucionario en el que, en plena consonancia con el objetivo perseguido, la revolución será el primer acto de consciencia y libertad de la humanidad social, abriendo de par en par las puertas hacia el Comunismo.

1848: un pasaje marxiano para la Guerra Popular

Ya hemos señalado el contexto histórico que explica la contradictoria formulación del primer marxismo, que luego sería tomado por la socialdemocracia, potenciando aún más los aspectos espontaneístas y deterministas de éste. Sin embargo, esta contradictoria exposición general del marxismo, además de sentar, como hemos señalado repetidamente, las bases de la concepción proletaria del mundo, encierra elementos políticos que, simplemente fueron desechados por la socialdemocracia, seguramente debido a lo insuficiente del desarrollo histórico (experiencia de la lucha de clases), pero que hoy, a la luz del Ciclo concluido, cobran renovado vigor. Es cierto que, con gusto, derruimos la aureola de omnisciencia que algunos sacerdotes, hoy con las iglesias vaciadas de feligreses, quisieron construir alrededor de Marx, Lenin, Mao o quien se desee, pues es necesario para la realización del Balance histórico de la RPM y despejar con él el camino para la continuación de la obra revolucionaria empezada y continuada con ellos; es decir, es necesario destruir los iconos para liberar su espíritu revolucionario. Ello no es óbice para que, a cada paso que damos en nuestra labor de estudio crítico, nos encontremos con continuos momentos, en las obras de nuestros clásicos, de auténtica genialidad visionaria que sólo ahora empiezan a cobrar pleno sentido.

Ya hemos señalado las limitaciones del concepto de partido en Marx, consecuencia inevitable del escaso desarrollo de la lucha proletaria, así como destacado la profundidad de su visión histórica del mismo, pertinente de encajar con el moderno concepto de partido proletario. Hemos visto cómo a medida que se desarrolla la revolución de 1848 va otorgando cada vez más importancia a la organización independiente del proletariado, y que ello lo hace en medio de un balance de la experiencia de dicha revolución, lo cual se traduce, en un momento en que se espera una reavivación inminente de la revolución, en una serie de recomendaciones concretas (*Circular* de 1850) para la Liga de los Comunistas. De este modo, aunque no hay ruptura explícita con la concepción espontaneísta de la conformación revolucionaria del proletariado, la experiencia práctica de la revolución sí obliga a tomar medidas que le alejan de dicha concepción, que ya hemos señalado.

En la enumeración de estas medidas, en dicho contexto de expectación revolucionaria, se observan muchos elementos que, sin demasiado esfuerzo, son acoplables al más avanzado producto de la estrategia revolucionaria del proletariado, la Guerra Popular. De este modo, previendo la constitución de un gobierno pequeñoburgués democrático, ante la experiencia de la traición de la burguesía liberal, se señala la necesidad de la formación de un gobierno obrero revolucionario que fiscalice al anterior:

"Al lado de los nuevos gobiernos oficiales, los obreros deberán constituir inmediatamente gobiernos obreros revolucionarios, ya sea en forma de comités o consejos municipales, ya en forma de clubs obreros o de comités obreros, de tal manera que los gobiernos democrático-burgueses no sólo pierdan inmediatamente el apoyo de los obreros, sino que se vean desde el primer momento vigilados y amena-

[72] Esta secuenciación del periodo no resta singularidad a la cronología que hemos dado para el Ciclo y que mantenemos como sustancial (1917-1989), pues es el momento, la era de la revolución proletaria, como la designara Lenin, en el que los nuevos elementos, proletarios, se despliegan dándonos las herramientas para, mediante el Balance, limpiarlos de las formas viejas, burguesas, entre las que aparecieron, y que acabaron fagocitándolos de nuevo, como ya hemos explicado de forma más concreta en numerosas ocasiones.

zados por autoridades tras las cuales se halla la masa entera de los obreros."[73]

Vemos claramente, con setenta años de antelación, cómo Marx prevé el establecimiento de la dualidad de poderes, lo que, más modernamente y cuando ya no hay revolución democrática pendiente que, no lo olvidemos, es el contexto en el que Marx escribe, o ésta va a ser dirigida por el proletariado, como ha sentado la experiencia histórica de la que el renano carecía, significa simple y llanamente el Nuevo Poder de las masas armadas. Y esto también es señalado inequívocamente:

"Pero para poder oponerse enérgica y amenazadoramente a este partido, cuya traición a los obreros comenzará desde los primeros momentos de la victoria, éstos deben estar armados y tener su organización. Se procederá inmediatamente a armar a todo el proletariado con fusiles, carabinas, cañones y municiones; es preciso oponerse al resurgimiento de la vieja Milicia burguesa dirigida contra los obreros. Donde no puedan ser tomadas estas medidas, los obreros deben tratar de organizarse independientemente como Guardia proletaria, con jefes y un Estado Mayor Central elegidos por ellos mismos, y ponerse a las órdenes no del gobierno, sino de los consejos municipales revolucionarios creados por los mismos obreros. (…) Bajo ningún pretexto entregarán sus armas ni municiones; todo intento de desarme será rechazado, en caso de necesidad, por la fuerza de las armas."[74]

Estos puntos, sobre la actitud del proletariado ante la perspectiva de una inmediata revolución democrática pequeñoburguesa, quedan resumidos así:

"Destrucción de la influencia de los demócratas burgueses sobre los obreros; formación inmediata de una organización independiente y armada de la clase obrera; creación de unas condiciones que, en la medida de lo posible, sean las más duras y comprometedoras para la dominación temporal e inevitable de la democracia burguesa: tales son los puntos principales que el proletariado, y **por tanto**, la Liga, deben tener presentes…"[75]

Nótese, por otra parte, ese "por tanto" que identifica al proletariado con la Liga, y que es un punto más, a despecho de los *claudines*, que acerca a Marx a la actual comprensión de vanguardia sobre lo que es el partido proletario. Por supuesto, no es necesario forzar las similitudes, pues ya hemos dejado sentadas las inevitables y necesarias diferencias, marcadas por dos momentos históricos totalmente diferentes, pero no deja de ser significativo que los ramalazos *leninistas* de Marx en este aspecto se den en medio de un balance sobre la experiencia reciente de la revolución y cuando hay que tomar consecuentes medidas prácticas en espera de un inminente auge revolucionario. Finalmente, permítasenos colocar al lado de estos extractos, para completar el cuadro, otro, en el contexto poco posterior de la enumeración de las diferencias con el grupo de Schapper, que llevarán a la escisión:

"Mientras nosotros decimos a los obreros: tal vez **os tocará pasar aún por quince, veinte, cincuenta años de guerra civil y de conflictos internacionales, no sólo para cambiar las relaciones existentes, sino para cambiaros a vosotros mismos y capacitaros para la dominación política**, vosotros por el contrario, les decís: 'Debemos ahora mismo alcanzar el poder o irnos a dormir'."[76]

He aquí, sin adulteraciones, la visión en Marx de una guerra civil prolongada, a través de la cual "los obreros se capacitan para la dominación política", capacitación que no sólo incluye el aspecto práctico-estratégico, sino también el de la guerra revolucionaria como definitivo azote de todos los restos de sumisión y esclavitud que el trabajo asalariado y milenios de sociedad de clases inevitablemente inoculan entre los obreros, lo que, además, deja poco lugar a la concepción inmanentista del obrero, revolucionario por el mero hecho serlo. Por supuesto, no colocamos a Marx como ideólogo de la Guerra Popular, tal y como hoy se define con precisión, pero sí señalamos estos elementos de lucidez visionaria que, para un cerebro de genial agudeza como el de Marx, podían ser ya perceptibles a través de las líneas maestras del desarrollo histórico y el carácter de la sociedad capitalista.

Esta visión bélica ya aparece en otros momentos, como cuando señala la necesidad de una guerra mundial que enfrente a la revolución proletaria contra la contrarrevolución absolutista:

[73] MARX; ENGELS*: Op.cit.*, págs. 98 y 99.

[74] *Ibídem*, pág. 99.

[75] *Ibid.* (la negrita es nuestra -N. de la R.)

[76] Cf. CLAUDÍN: *Op. cit.*, pág. 409 (la negrita es nuestra -N. de la R.).

"…todo levantamiento revolucionario, por muy alejada que parezca estar su meta de la lucha de clases, tiene necesariamente que fracasar mientras no triunfe la clase obrera revolucionaria, que toda reforma social no será más que una utopía mientras la revolución proletaria y la contrarrevolución feudalista no midan sus armas en una *guerra mundial*."[77]

Como decimos, la formulación de este juicio se produce tras la traición de la burguesía a su revolución por temor al proletariado y señala, además de esta imagen de guerra mundial en consonancia con la idea de la RPM como una guerra popular mundial a nivel histórico, la sentencia, hace ya 160 años, de que todo progreso social pasa por la revolución proletaria, ya sea añadimos nosotros, por sus logros directos, ya sea dirigiendo el proletariado la revolución democrática, o incluso, aunque en rigor sea difícil considerarlo un auténtico progreso social, como subproducto reformista de la burguesía ante el temor a la revolución. Es algo que toda la experiencia del siglo XX demuestra, pero ahí tenemos hoy en día a nuestros revisionistas, intentando formar toda suerte de *frentes* con las facciones que juzgan *progresistas* o de *izquierdas* de la burguesía y proponiendo toda una panoplia de *repúblicas sociales* para intentar, dicen, allanar el camino del socialismo. Pero obviamente, por algo son revisionistas, porque no representan los intereses del proletariado revolucionario.

Finalmente hablábamos del balance que Marx y Engels realizan tras 1848-49. Por supuesto, tampoco tiene el mismo carácter que el que el proletariado debe realizar hoy, ya que en éste se trata de un balance histórico, cualitativamente superior, que incluye a los realizados antes, pero que demuestra la necesidad periódica que tiene la revolución proletaria de enfrentarse críticamente con su propia experiencia. *Las luchas de clases en Francia 1848-1850* representan la médula de este balance político a que Marx se enfrenta en ese momento, fundamentalmente desde las páginas de la NGR(p-e). Allí podemos leer:

"Pero lo que sucumbía en estas derrotas no era la revolución. Eran los tradicionales apéndices prerrevolucionarios, las supervivencias resultantes de relaciones sociales que aún no se habían agudizado lo bastante para tomar una forma bien precisa de contradicciones de clase: personas, ilusiones, ideas, proyectos de los que no estaba libre el partido revolucionario antes de la revolución de Febrero y de los que no podía liberarlo la *victoria de Febrero*, sino sólo una serie de *derrotas*.

En una palabra: el progreso revolucionario no se abrió paso con sus conquistas directas tragicómicas, sino por el contrario, engendrando una contrarrevolución cerrada y potente, engendrando un adversario, en la lucha contra el cual el partido de la subversión maduró, convirtiéndose en un partido verdaderamente revolucionario."[78]

Estas líneas son una muestra elocuente de la profundidad del pensamiento de Marx y de la asombrosa facilidad que exhibía para emitir juicios de carácter universal a partir del análisis concreto. En este sucinto extracto vemos, además del planteamiento del balance político concreto de la experiencia concreta de 1848-50, cómo sus líneas se ajustan perfectamente al Balance del primer Ciclo revolucionario.

Así, la derrota de la revolución, por dura que resulte, no es una tragedia, ya que al situar en liza las fuerzas y estirar al máximo las contradicciones pone en evidencia la verdadera naturaleza del proceso de transformación y la del enemigo, permitiendo partir en el siguiente embate desde una posición más elevada. En una palabra, la praxis revolucionaria como fuente de conocimiento del proletariado.

Si se nos permite aplicar brevemente este riquísimo extracto a nuestro momento histórico actual, lo que sucumbió en la derrota del primer Ciclo revolucionario no fue el comunismo, sino sus tradicionales apéndices prerrevolucionarios, las supervivencias de las relaciones sociales de la revolución burguesa y del capitalismo concurrencial, formadas antes de que el capitalismo imperialista, era de la revolución proletaria, escindiera al movimiento obrero en dos alas, una revolucionaria y otra reaccionaria, escisión que toma una forma precisa de contradicción de clase: ideas e ilusiones sobre la *esencia revolucionaria* del obrero, el progreso histórico automático que conduce inevitablemente al socialismo y los proyectos de construir el partido revolucionario y la propia revolución desde las luchas espontáneas y parciales o desde el reformismo político muestran su carácter podridamente burgués y reaccionario; pero sólo la derrota podía liberar totalmente al comunismo de estas viejas concepciones.

[77] MARX; ENGELS: *Op. cit.,* págs. 65 y 66.

[78] *Ibídem*, pág. 125.

LOS COMUNISTAS ANTE LA CRISIS

Estalló la crisis, y ¿ahora qué? ¿Qué deben hacer los comunistas revolucionarios? ¿Cómo modifica esta crisis tan "inesperada" las estrategias de los destacamentos de vanguardia?

En el imaginario de buena parte de los comunistas del Estado Español, ésta es la oportunidad que llevaban años esperando: ahora que el capitalismo muestra su "verdadera cara", la clase se dará cuenta de la necesidad de hacer la revolución y ahí estaremos nosotros, los comunistas, para dirigir sus luchas por los cauces de la revolución.

Sin embargo, a este planteamiento, economicista y espontaneista a partes iguales, parece que le cuesta arrancar. El repunte de las luchas no parece despegar, o al menos no de una forma masiva, a pesar de los múltiples EREs de distintas empresas. Los grupos que esperaban la crisis tienen ahora que rendir cuentas: organizar las movilizaciones, dotarlas de contenido revolucionario, evitar que la ideología burguesa gane a las masas y las "engañe" reforzando al capitalismo.

A pesar de todo, las propuestas de PCE (m-l), PCPE, PCE, PCOE... son vagas: reforzar el partido, una alternativa de izquierdas, defender medidas que mejoren las condiciones de vida de los trabajadores... Lo sorprendente es que, a pesar de las nuevas perspectivas que ofrece la situación, siguen con la misma letanía de la resistencia y la acumulación de fuerzas, ¿pero no era éste el momento clave para la revolución?

Ni una alusión a la toma del poder, la insurrección o algo parecido. Estos comunistas reconocen los males del capitalismo (como cualquier crítico del capitalismo), pero son incapaces de articular una táctica que vaya más allá de enunciar "socialismo" (como mucho), sin indicar cómo llegar a éste desde el capitalismo.

Así podemos ver la parálisis de estos destacamentos, incluso cuando las circunstancias se ofrecen en bandeja de plata, que se muestran incapaces de ir más lejos de la crítica a la avaricia del mercado financiero y explicar las causas de la crisis, cual reformista burgués televisivo. Esta incapacidad táctica sólo es la punta del iceberg: la ausencia de una estrategia revolucionaria definida imposibilita la capacidad de maniobra ante los acontecimientos.

La gran parte de los grupos que se reclaman del comunismo se limitan a llamar a "organizar las luchas de resistencia" como actividad principal. Es decir, indicar a la clase cómo reforzar su posición como clase explotada, eso sí, en busca de mejores condiciones: atenuar la explotación, pero nunca suprimirla. Ir a la clase con este programa es inútil porque el proletariado ha demostrado a lo largo de toda su existencia su capacidad de organización para defender sus condiciones de vida sin cuestionar realmente las relaciones sociales de opresión. Precisamente, esa debería ser la tarea de los comunistas, elevar la conciencia de su clase hacia el horizonte revolucionario.

Sin embargo los sectores de vanguardia siguen empeñados en "defender los puestos de trabajo" y en que "la crisis la paguen los ricos".

Defender puestos de trabajo contra los despidos significa defender la explotación del trabajo asalariado frente al más temido desempleo: ¡Sí que son buenas las expectativas que nos plantean estos adalides del socialismo! Explotación o desempleo. Los comunistas no deberían dejarse arrastrar por esta falsa dicotomía. Frente a esta perspectiva, transformación de la realidad: Revolución. Pero no acumulación de fuerzas y resistencia sin fin: condenar a la clase al capitalismo sin ser capaces de ver más allá realmente por mucho que digan "socialismo".

En cuanto al pago de la crisis, nosotros deberíamos decir, como aquel grupo del rock, "¿Crisis? ¿Qué crisis?". En el capitalismo la crisis es perenne, la miseria creciente de las masas, el aumento de las diferencias entre los que tienen y los que no tienen, la miseria moral que engendra la unidad con los patronos y la competencia entre los propios obreros (como los sindicalistas británicos, por los puestos de trabajo ocupados por extranjeros, o los obreros de Martorell, que se humillan y pagan de su bolsillo para seguir trabajando), la represión policial... ¿Es que eso es nuevo? Admitir las crisis como algo excepcional implica también admitir periodos de no-crisis, lo que los burgueses llaman "bonanza económica", en que "todo va bien", abriendo así la puerta a un "capitalismo de rostro humano" al menos hasta que entra en crisis temporalmente.

Peor es aún lo de "los ricos". ¿Quiénes son los ricos? ¿El repartidor que ha ganado una lotería o el corredor de bolsa? Esta suplantación del término "burgués" por el más genérico "rico" supone escamotear una oportunidad de educar a las masas, además de contener implícitamente la idea de que ya no hay clases sociales en lucha (burguesía y proletariado), sino una clase alta, otra media y otra baja, identificando a la primera con los ricos.

No es de extrañar que desde estos planteamientos se siga la incapacidad política para articular una alternativa centrada en la toma del poder por y para la clase y la instalación de su dictadura hacia el Comunismo. Pero realmente el problema es más profundo. La ausencia de Partido Comunista es el primer escollo, la falta de este factor consciente, organizador y director de la revolución, imposibilita cualquier tentativa de transformar la resistencia en revolución, y es ante este problema ante el que se estrellan y estrellarán todos los que hoy día ven en el movimiento espontáneo el eslabón hacía la revolución.

El final del Ciclo de Octubre se ha traducido en una imposibilidad en todo el movimiento comunista para desarrollar la transformación revolucionaria del mundo. No somos capaces de dar más respuesta que las ya dadas durante el Ciclo, de seguir aplicando las mismas recetas ciegamente, olvidando eso del "análisis concreto de la situación concreta". El dogmatismo, o peor aún, el dogmatismo y el revisionismo juntos se traducen en parálisis ideológica y práctica que llevan a la eterna fórmula de la resistencia y a la acumulación de fuerzas haya crisis, bonanza, llueva o haga sol.

La única forma de salir de este atolladero es recuperar los principios del marxismo, hacer balance del ciclo a la luz de éstos y reconstituir el Partido Comunista. Sólo así podremos conocer el alcance de aciertos y errores, extraer lecciones y poner al día nuestra ideología, condición ineludible para poner en marcha un nuevo ciclo con garantías de triunfo.

CONFERENCIA INTERNACIONAL DE HAMBURGO

25 de Octubre de 2008

Presentación

El pasado 25 de octubre de 2008, tuvo lugar en la ciudad de Hamburgo (Alemania) una nueva edición de la Conferencia Internacional que organiza el Movimiento Popular Perú (MPP), organismo generado por el Partido Comunista del Perú (PCP) para el trabajo en el extranjero.

El éxito de esta celebración debe medirse tanto por el número de los asistentes, mayor aún que el de la Conferencia de Madrid (2007), como por el paso que añade en la consolidación de este evento como referente para la vanguardia del proletariado internacional, importante hito en la lucha contra los emporios del revisionismo mundial y por la definición de la línea general de la Revolución Proletaria Mundial, en el camino de la Reconstitución de la Internacional Comunista.

En cuanto al contenido de la Conferencia, fue fiel reflejo del litigio que ha provocado la firma de los acuerdos de paz entre el Partido Comunista de Nepal (maoísta) [PCN(m)] y el Estado nepalí entre los sectores más destacados del movimiento comunista internacional, litigio que, a nuestro entender, arrastra consigo una problemática de gran calado que toca de lleno el terreno de los principios de la ideología revolucionaria, tanto si el asunto se trata de circunscribir a lo adecuado o no de la aplicación práctica del maoísmo, como pretenden los patrocinadores del encuentro, como si se trata de la idoneidad del propio maoísmo como teoría de vanguardia, según la interpretación que nosotros hacemos de esa controversia.

De hecho, tras las intervenciones de las organizaciones asistentes y de la lectura de los mensajes de las que no asistieron pero enviaron sus saludos a la Conferencia, el debate se centró inmediatamente en Nepal y en la línea adoptada por el PCN(m) de manera abierta desde 2006. Este partido había sido invitado a fin de que participase directamente en tan importante debate, que reclama el interés de todo el movimiento comunista internacional, y de que explicara las circunstancias de su giro político de abandono de la guerra popular, así como a otras organizaciones maoístas que se han alineado apoyando abiertamente la nueva línea del partido nepalí (el grupo *Proletari Comunisti*, antiguo *Rossoperaio*, por ejemplo); pero, ninguno de los destacamentos más importantes que defienden esa línea aceptó el reto. Sin embargo, sí hubo allí presentes voces menores que, bien a título individual o bien expresando la opinión de sus organizaciones, apoyaron o solicitaron un voto de confianza a la *vía pacífica hacia el socialismo* abierta en el país himalayo.

Las dos posiciones contendientes se definieron claramente a lo largo de la discusión. Por una parte, la de quienes confían en la buena fe de Prachanda y la dirección del PCN(m), quienes se remontan a la historia del movimiento comunista internacional afanándose por extraer de ella antecedentes que permitan justificar y legitimar los giros políticos y los cambios bruscos en la política de alianzas del Partido, quienes se remiten a la especificidad de las condiciones en Nepal y en la independencia del PCN(m) para hallar en ellas el camino revolucionario, y quienes se escudan en la falta de información y de conocimiento sobre el terreno de esas lejanas condiciones para rechazar toda crítica desde el internacionalismo proletario.

Por otra parte, la posición de los maoístas revolucionarios, representados en la Conferencia principalmente por el MPP, quienes reiteraron la necesidad de la vía armada para la revolución y el principio de que el poder nace del fusil y no del parlamento, añadiendo que, así como en 1996 saludaron el inicio de la guerra popular en Nepal, nadie se alegraría más que ellos si el PCN(m) conquistase el poder, pero nunca a través del pacto con los reaccionarios. Por eso, y aunque este partido les tache de dogmáticos, declararon que el PCP jamás dejará las armas, ni abandonará a medio camino la guerra popular, ni mucho menos tratará con el imperialismo. A pesar de ello, los camaradas del MPP insistieron también en que su crítica hacia el PCN(m) no se realiza desde el doctrinarismo, desde la pura teoría, sino desde el contraste de los hechos consumados por la práctica política del partido nepalí, innegables y a la vista de todos, con

el maoísmo. Por esta razón, quisieron dejar claro que, hasta el momento, el PCP no ha tildado todavía a Prachanda de "traidor"; sin embargo, no pueden ocultar ni dejar de lado hechos como la teorización por su parte de una *vía pacífica* distinta de la violencia revolucionaria, ni su defensa de las formas políticas burguesas, ni tampoco pueden obviar el acercamiento del PCN(m) a los Estados Unidos y a la India, Estado verdugo de comunistas, ni las conversaciones del ministro de finanzas del Gobierno Prachanda con el Banco Mundial en la dirección de convertir a Nepal en un centro turístico como método para relanzar su economía, favoreciendo así los intereses de la burguesía burocrática y compradora y salvaguardando las viejas relaciones de producción del Nepal semifeudal y semicolonial, integrando a este país en el marco de la división internacional del trabajo como un eslabón más del mercado global imperialista.

Finalmente, por lo que se refiere al MAI, nuestros representantes en Hamburgo sólo se dirigieron a la Conferencia en la intervención oficial desde la tribuna, sin tomar la palabra en el debate posterior. Esto fue debido a que no hubo ocasión para situar el otro debate, el relacionado con la actualidad del maoísmo. La Conferencia Internacional representa, probablemente, al sector más avanzado de la vanguardia del proletariado internacional, el que defiende la línea de desarrollo de la Revolución Proletaria Mundial más consecuente con el marxismo, la línea de guerra popular. Sin embargo, se haya, hoy por hoy, enzarzado en un debate interno entre maoístas sobre las relaciones entre estrategia y táctica dentro del marco doctrinal de esta corriente del movimiento comunista internacional. Se requiere de un mayor desarrollo de la lucha de dos líneas en su seno para que el debate genere las condiciones para poder ser elevado a un escalón más alto en la disputa por la reconstitución de la concepción del mundo proletaria. Mientras tanto –y ésta es la posición del MAI al respecto–, el comunismo revolucionario debe alinearse con este sector de nuestro movimiento con el objetivo de depurarlo de los elementos vacilantes y refractarios y de defender y consolidar los principios incuestionables de la revolución proletaria, en particular, la cuestión del Partido Comunista como único sujeto revolucionario y la guerra popular como única vía de conquista del poder. La lucha de dos líneas entre las distintas interpretaciones de ese supuesto bagaje común que denominan maoísmo permitirá, a fin de cuentas, derrotar a la última ofensiva del revisionismo moderno, en su más refinada versión, al mismo tiempo que podrá poner a la luz y ante los ojos de los revolucionarios maoístas más honestos y consecuentes las limitaciones del último y más elevado desarrollo del marxismo del pasado ciclo revolucionario, desde el punto de vista de las necesidades y requisitos para el inicio de un nuevo ciclo histórico de la Revolución Proletaria Mundial.

En este sentido, no es casualidad que quienes mejor comprenden el espíritu del maoísmo y mayormente se alejan del formalismo en su aplicación –mal que aqueja a la mayoría de los partidos que se inscriben en esta corriente–, como el PCP-MPP, se vean en la obligación de especificar un desarrollo teórico nuevo del mismo –denominado *pensamiento gonzalo*– con el fin de rectificar o redefinir y concretar más lo que sin duda de ambiguo, inacabado e incluso incorrecto hay o puede haber en ese acervo común; aunque su empecinado interés en mantenerse dentro de ese marco teórico, a pesar de sus *desarrollos* –manteniéndose, por tanto, dentro del escenario político del Ciclo de Octubre–, les haya conducido a nuevos errores en esa labor de definición y concreción o, como estos camaradas dicen, de *aplicación* del maoísmo.

A continuación, presentamos algunos materiales relacionados con la Conferencia Internacional de Hamburgo: el mensaje de convocatoria del MPP y su alocución a la asamblea allí reunida, donde se expone su actual punto de vista en el debate más importante ahora mismo en el conjunto del movimiento comunista internacional. Después, la intervención del MAI en ese encuentro, desde la que nuestra organización ha tratado de proponer una perspectiva de futuro en el horizonte de ese debate. Para acceder a más información, recomendamos visitar el sitio www.solrojo.org, donde están publicados casi todos los documentos oficiales de la Conferencia Internacional.

MAI

www.nodo50.org/mai

CONVOCATORIA DEL MOVIMIENTO POPULAR PERÚ

EL MOVIMIENTO POPULAR PERÚ INVITA: A LOS PARTIDOS COMUNISTAS, ORGANIZACIONES REVOLUCIONARIAS Y REVOLUCIONARIOS QUE ACTÚAN DENTRO Y FUERA DEL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO INTERNACIONALISTA (MRI), A LA CONFERENCIA INTERNACIONAL A REALIZARSE EN LA CIUDAD DE HAMBURGO-ALEMANIA, EL 25 DE OCTUBRE DE 2008.

Esta Conferencia, reafirmándose en la decisión de mantener en alto la bandera roja del marxismo-leninismo-maoísmo, principalmente maoísmo, tiene por objetivos: elevar la defensa del Presidente Gonzalo, Jefatura del PCP y de la revolución peruana, y de la Dirección del PCP; combatir al revisionismo y al oportunismo en el movimiento comunista internacional; combatir el plan del imperialismo, coludido con el revisionismo, de los «acuerdos de paz» y todas sus patrañas.

Para servir a combatir la mayor intervención directa del imperialismo yanqui en el Perú, quien desde hace años está combatiendo la guerra popular, con su llamada «guerra de baja intensidad», la que dirige directamente desde el año 1992 con plan, dirección, asesoramiento, entrenamiento, equipamiento, financiamiento, intervención de agentes, etc., bajo la cobertura de «guerra contra las drogas». Desde mayo de este año los Estados Unidos han comenzado a enviar unidades de combate de sus Fuerzas Armadas regulares para que participen en su «guerra de baja intensidad». En el Cuartel de los Cabitos, base militar del Ejército genocida en Huamanga, capital del departamento de Ayacucho, 300 militares yanquis se ha instalado desde el mes de mayo como una fuerza de avanzada, de los aproximadamente 1000 hombres que está planificado para venir durante el año.

El PCP esta preparado contra todos los planes de genocidio del imperialismo y la reacción, prosiguiendo la guerra popular para solucionar todos los problemas con el marxismo-leninismo-maoísmo, pensamiento gonzalo. La mayor intervención del imperialismo yanqui tendrá como consecuencia la mayor incorporación de las masas a la guerra popular, va a poner al PCP en mejores condiciones de unir al pueblo contra el viejo Estado, contra el régimen fascista actual de Alan García, facilitara la construcción de la Conquista del Poder en todo el país y permitirá que la guerra popular se funda, más aún, con las guerras de liberación nacional que se desarrollan en el mundo. El Partido así muestra el camino de como combatir los planes del imperialismo, desarrollando la guerra popular, en las peores circunstancias en nada ha cejado como se ha hecho en Nepal, y por ello cumple con ser fuerza de choque de la revolución proletaria mundial y actúa como fracción roja dentro el movimiento comunista internacional. Esta Conferencia responde a la necesidad de desarrollar la lucha de dos líneas en el movimiento comunista internacional y el MRI. El Comité del MRI (CoMRI) no conduce correctamente la lucha de dos líneas en el movimiento y eso lo descohesiona, pues éste sólo puede cohesionarse aplastando y barriendo al revisionismo e imponiendo el maoísmo como su único mando y guía.

Invitamos a todos los Partidos comunistas y organizaciones revolucionarios, de dentro y de fuera del MRI, a participar en esta Conferencia y que contribuyan al debate planteando en forma clara sus posiciones para que, en medio un vivo combate de ideas, avancemos en imponer la línea roja para impulsar más la brega de los comunistas por unirse a nivel internacional, en servicio de la revolución proletaria mundial.

Impulsemos la lucha de dos líneas para que el movimiento en su conjunto asuma la gran responsabilidad de luchar frontalmente contra el plan del imperialismo de «acuerdos de paz» y de aniquilar dirección, para aplastar al revisionismo y contribuir a imponer el maoísmo, sirviendo a que la izquierda se imponga en los Partidos Comunistas y organizaciones revolucionarias del mundo, para iniciar y desarrollar guerra popular en los diferentes países para barrer al imperialismo y a la reacción de la faz de Tierra.

¡QUE EL MAOÍSMO PASE A COMANDAR LA NUEVA GRAN OLA DE LA REVOLUCIÓN MUNDIAL!

Movimiento Popular Perú
Septiembre de 2008

INTERVENCIÓN DEL MOVIMIENTO POPULAR PERÚ

ACERCA DE LA APLICACIÓN DEL MAOÍSMO

El Movimiento Popular Perú ha convocado esta Conferencia Internacional para servir a poner el maoísmo como único mando y guía de la nueva gran ola de la revolución mundial, lo que nos demanda aplastar al revisionismo para dar un salto mayor en esta tarea. Por eso, la necesidad de hacer un balance de la aplicación del maoísmo por el Movimiento Revolucionario Internacionalista (MRI). Hoy, queremos plantear que ha habido dos aplicaciones, dos rumbos. Uno sirve a construir lo nuevo y el otro a sostener lo viejo. Otra vez, el centro del debate es el problema del Poder.

EL PRESIDENTE GONZALO NOS ENSEÑA QUE SE LEVANTAN BANDERAS PARA DEFENDERLAS Y SE DEFIENDEN PARA APLICARLAS

Esto no demanda dar una rápida mirada a la experiencia histórica del Partido Comunista del Perú (PCP) y la guerra popular que dirige, para luego contrastar con las experiencias más recientes al respecto.

Porque, hoy los defensores de la «aplicación del maoísmo», que están por lo viejo, se presentan con algunas diferencias de opiniones como los más novedosa aplicadores del «maoísmo», la «aplicación concreta a la realidad concreta», denuncian y apostrofan a quienes no están de acuerdo con ellos que son «dogmato-revisionistas» e izquierdistas, especialmente al Presidente Gonzalo y al PCP.

Pero esto no es nuevo, ya en el Perú desde el inicio, los revisionistas repicando la propaganda de la reacción, hicieron parecidas acusaciones al Partido. El Partido les respondió -respuesta que vale también contra sus actuales impugnadores y resume el proceso del Partido y de la aplicación del maoísmo-, así: **En el fondo nos acusan de izquierdismo que es derechismo. El ultrismo está definido en el marxismo como la desviación que no ve las condiciones objetivas y fuerza la realidad para actuar sobre ella basándose en la voluntad, es no manejar leyes, pero ¿podría decirse de nuestro proceso que durante tantos años estamos forzando la realidad? ¿Quién ha planteado el carácter semifeudal, semicolonial y capitalista burocrático de la sociedad peruana? nosotros y también somos nosotros quienes estamos develando el carácter reaccionario del viejo Estado terrateniente burocrático, proimperialista ¿quién antes, qué partido político lo ha demostrado ante las masas? ¿Quién ha definido el carácter de la revolución democrática hoy en camino in-interrumpido al socialismo y a través de revoluciones culturales llegar al comunismo? El Presidente Gonzalo, el PCP.**

El PCP es el primer partido reconstituido como PC de nuevo tipo, marxista-leninista-maoísta, pensamiento gonzalo, principalmente pensamiento gonzalo, militarizado, máquina de guerra para conquistar y defender el Poder con guerra popular. Con Jefatura y pensamiento guía. Partido que aplica sobre la base ideológico-política, construir simultáneamente lo orgánico, en medio de la lucha de clases todo en función de la guerra popular para la conquista y defensa del Poder, construcción ligada a la fluidez de la guerra popular que es forma principal de lucha hoy en el mundo. Militarización y construcción concéntrica de los tres instrumentos de la revolución, el Partido eje de todo construye en su entorno el Ejército y con estos instrumentos, con las masas en guerra popular construye en torno a ambos el nuevo Estado.

No es una amalgama de partidos que se juntan para participar en los gobiernos y parlamentos de los Estados burgueses, incluido los Estados terrateniente-burocráticos, proimperialistas; al servicio del plan del imperialismo de los «acuerdos de paz». Estos partidos practican el frentismo en el partido y en el frente electoral, característica común de los partidos revisionistas de siempre.¿Qué es lo que vemos al respecto en Nepal, hoy día? Que el PCNM aplica la «unidad de las fuerzas de izquierda» para participar en las elecciones y el gobierno

del Estado terrateniente burocrático al servicio del imperialismo, esto es unidad sin principios. El PCNM se ha unificado con partidos de conocida trayectoria revisionista desde el 2006, como el PCN, el PCN (Centro MLM), el PCN (Unido), el Foro República Democrática, el Foro Democrático. ¿Cuál es la base ideológico-política para tal unidad? De hecho no es el maoísmo, es para la «participación» en la Constituyente y en el gobierno del viejo Estado, para cambio de rumbo, para dejar la guerra popular, como lo declaró, el 13 de febrero de 2008, el c. Prachanda sobre las elecciones de abril: «la última ronda de la lucha con las fuerzas parlamentarias para impulsar el dominio del proletariado».

El PCP aplica solucionar los problemas nuevos con pensamiento gonzalo, ello permite al Partido comprender y avanzar en la construcción del Partido, en dirección, avanzar en centralización estratégica, en otras palabras en articular el trabajo de todos los Comités del Partido, de los Comités Regionales, de los Zonales y Locales. Avances notorios en solucionar los problemas de Dirección, sobre todo a partir de mediados de 1998. En la presente década se expresa más el peso de la Dirección para continuar y desarrolla más la guerra popular, más centralización estratégica y descentralización táctica, la centralización permite a la Dirección del Partido muchas cosas, así, por ejemplo, ha sucedido con la campaña de cerco y aniquilamiento del enemigo «Excelencia», ellos dijeron desde el año pasado que el Partido sólo está en el VRAE y después recibieron por otros lados , así el mundo debe ver no es sólo ahí, es en todo el país. Principalmente en el Comité Regional Principal del PCP, en su conjunto con sus diferentes Fuerzas Principales del Ejército Popular de Liberación, que actúan sincronizadamente y en diferentes lugares como tales. La reacción dice «son remanentes» y que estamos ahí porque nunca habían llegado y que ahora van a hacer obras. Lo cual repiten los revisionistas y otros soplones. Pero, con el desarrollo victorioso de la contracampaña nuestra vieron que hay varias Fuerzas Principales y con armamento suficiente y adecuado. Nosotros desenmascaramos todos estos engendros reaccionarios de: «hay remanentes», «al pueblo olvidado le daremos obras», «el pueblo está con los CAD». Usaron a estos «Comités de Autodefensa (CAD)» sometidos a la fuerza como «carne de cañón», después bombardearon los pueblos, luego fueron sus fuerzas de «élite», se les dio «duro y partido» ¡perdieron! Así de simple, no tienen otra cosa. La Dirección del Partido, bajo el Camarada Responsable de todo el Partido aplica firmemente la BUP, los planes y acuerdos del Partido, con decisión y firmeza y dirige y lleva adelante una correcta lucha de dos líneas para imponer la línea correcta. Así el Partido avanza en medio del fuego enemigo, aplastando los planes del imperialismo, principalmente yanqui, de la reacción y de sus compinches revisionistas, principalmente del nuevo revisionismo, que se viste de ropaje maoísta para tratar de venderse mejor al enemigo. Cuando se presentan problemas los maoístas no capitulan sino los solucionan en medio de la lucha a muerte entre revolución armada y contrarrevolución armada.

Así las cosas, lo que pasa con los representantes de los Partidos y organizaciones que acusan de dogmatismo e izquierdismo al PCP y a todo partido, organización o persona que defiende los principios del marxismo-leninismo-maoísmo, como los camaradas del PCNM, del PCR y el CoMRI y levantan como un aporte creador la revolución burguesa de viejo tipo, como etapa intermedia, es que en realidad están defendiendo los intereses de la burguesía, se refugian en el cretinismo parlamentario y en negar las condiciones objetivas y subjetivas para la revolución, se oponen al marxismo-leninismo-maoísmo, por el carácter de clase de sus ideas. Lo que hacen no es más que seguir las ideas del camarada Avakian, quien pretendiendo hacer una síntesis del marxismo, apunta contra la filosofía marxista negando las leyes objetivas del desarrollo de la naturaleza, la sociedad y el pensamiento; en economía niega la pauperización creciente y la inevitabilidad del hundimiento del imperialismo y ataca la dictadura del proletariado y el socialismo, niega la existencia de la situación revolucionaria y el caracter universal de la guerra popular, oponiéndose así a la lucha de clases y a la revolución.

El camarada Avakian, el c. Prachanda, el CoRIM, la revista UMQG, etc., han dicho y han repetido otros que por ese dogmatorevisionismo, el PCP, está en crisis de existencia, dividido en múltiples fracciones, ya no hay guerra popular, o a lo sumo sólo «restos» (repitiendo a voz en cuello las patrañas de la reacción). Pero, ahora lo que les queda es cachetearse públicamente ante el contundente avance de la guerra popular pese a la detención del Presidente Gonzalo y la mayor parte de lo que fue la dirección partidaria. Están preocupados, porque algunas de sus bases están reconociendo nuestro avance y han saludado con gran entusiasmó nuestros grandes éxitos militares conquistados en el campo de batalla, lo que tomamos como una autocrítica de su parte, aunque tienen que avanzar y reconocer que eso se debe a la aplicación correcta del maoísmo, a la aplicación del pensamiento Gonzalo por la dirección del PCP a las nuevas circunstancias de desarrollo de la guerra y al actual desarrollo de la lucha de clases nacional e internacional.

ES LA APLICACIÓN CORRECTA DEL MAOÍSMO LO QUE PERMITE AL PARTIDO Y A LA GUERRA POPULAR SUPERAR TODAS LAS DIFICULTADES

Es con esta aplicación correcta del maoísmo que el Partido resuelve los problemas que se van planteado con la complejización de la guerra a muerte entre guerra popular y guerra contra-subversiva, lo que requiere que el Partido eleve la clandestinidad, en síntesis, nos plantea el Presidente Gonzalo, en el III Pleno, **el bregar por destruir un viejo orden y construir un nuevo orden, destruir un viejo Estado y hacer uno nuevo requiere clandestinidad, en grado mayor o menor según las circunstancias históricas**. Esta es una cuestión importante que tiene que ver con la cuestión central del Poder, con las dos formas de aplicación del maoísmo. Cuando la guerra se vuelve más encarnizada, cuando la revolución avanza y la reacción saca sus garras, amenazando o plasmando la intervención extranjera, directa o a través de tercero, o a través de la India, como en el caso de Nepal, que también en ese caso sería intervención directa del imperialismo, ya que el maneja todo detrás, la respuesta no es capitular y aceptar un «acuerdo de paz», cesar la guerra popular, como nos dice la aplicación del maoísmo que lo deja todo por la «paz», sino, como ha hecho la dirección del Partido luego de la detención del Presidente. Lo decisivo en esas circunstancias, tal como lo viene haciendo el PCP, es **desenvolver la clandestinidad con formas más altas que tiene que ver con las formas de lucha, las formas orgánicas, las formas de dirección, métodos de dirección y el estilo de trabajo, nuevos que tenemos que desarrollar.** No se puede estar centrando en la amenaza de la reacción que se nos viene o en los golpes que nos da o nos puede dar la reacción **eso es erróneo, es no ver la realidad revolucionaria, nuestra propia condición transformadora, ver a la reacción y quedarse hipnotizados por su acción, ese es el problema.**

La aplicación correcta del maoísmo nos enseña, pues, con la experiencia de más de 28 años de guerra popular victoriosa e invencible, que **nosotros no podemos estar centrados en ver la reacción sino en nuestra propia acción, nuestro propio desarrollo que se desenvuelve en lucha de dos colinas, de acuerdo, pero ¿de qué nos serviría ver solamente la colina enemiga y no la nuestra? ¿En qué uno se va a apoyar, en la colina contraria o en las propias fuerzas? obviamente en las propias. El golpe que la reacción nos propina tiene que ver con el propio desarrollo de las fuerzas y con la propia debilidad que**

aún expresamos en tales o cuales frentes, o con la propia experiencia que la reacción saca de su acción, con el engendrar una poderosa contrarrevolución, porque eso es parte del desarrollo de la revolución, el problema es aplastarlas. Lo fundamental es el desarrollo de nuestro trabajo, desarrollar nuevas formas para poner los organismos nuestros en condición de ser superiores a la reacción. Similar sucede con el problema del traspaso, en el camino de cercar las ciudades desde el campo, el traspaso del peso del campo a la ciudad, eso requiere un intenso trabajo, un tiempo; tiene que ver con nuestra propia labor y con el desarrollo de la lucha de clases. Entonces, llegado el momento, hay que bregar entonces por concretar ese traspaso, sin embargo ese traspaso requiere tareas a cumplir, como potenciar y desarrollar más altamente aún el trabajo en el campo, particularmente desarrollar el trabajo en los Comités; impulsar el trabajo en las ciudades pero partiendo de desarrollarlo, de llevarlo a niveles más amplios en el campo, en las ciudades tener en cuenta las pequeñas, las medianas y las grandes y como una cosa muy especial la propia capital. El traspaso es condición indispensable para la conquista del Poder en todo el país y que el centro de ese peso esté en la ciudad, a nadie escapa que es tarea compleja, dura, ardua pero correcta. Esa es la aplicación correcta del camino de cercar las ciudades desde el campo y el problema del traspaso, muy distinta a la que sostiene el camarada Prachanda, que dice hay que dejar la guerra popular para pasar a desarrollar el trabajo en las ciudades, para justificar el cambio de rumbo, el centrar todo en elecciones. Para la aplicación correcta es cuestión de construir la conquista del Poder en todo el país, **lo principal de esto es que el Nuevo Estado o sea la República Popular de Nueva Democracia es la tarea central y que en el equilibrio estratégico lo que se nos plantea es plasmar la estabilidad relativa del Nuevo Estado.**

LA OTRA APLICACIÓN DEL «MAOÍSMO» LLEVA A SACRIFICAR TODOS LOS LOGROS DEL PUEBLO

Y, el desarrollo de la guerra popular como lo sabe todo maoísta desde el comienzo, **el problema de la conquista del Poder en todo el país necesariamente lleva al choque con el imperialismo, eso es como que dos más dos son cuatro, por tanto esa contradicción va a devenir principal, porque el imperialismo siempre combate la conquista del Poder y se empeña en hundir la revolución, se da una polarización, esa polarización implica que en un lado esté el imperialismo y la reacción (nativa), esto es el capitalismo burocrático, los terratenientes y todos los reaccionarios, y en el otro el pueblo dirigido por el Partido como representante del proletariado, es problema de lucha de clases**.... No es como lo plantea el camarada Prachanda y otros dirigentes del PCNM para justificar el cambio de rumbo. Entonces se generan nuevas condiciones con el desarrollo de la guerra, más difíciles y complejas, pero a la vez mejores condiciones para unir al pueblo para conquistar el Poder en todo el país y establecer la República Popular de Nueva Democracia y para encabezar el frente antiimperialista mundial. Quien no ve esto y centra en el poder de la reacción y del imperialismo capitula, sigue el otro camino, no está por la revolución sino por conservar el viejo orden, con el cuento del cuco de la reacción interior o exterior. Dos aplicaciones y dos resultados distintos. Una es la que nos lleva a la conquista del Poder en todo el país, como en el caso del Perú, que desarrolla guerra popular dura y prolongada pero victoriosa, y, la otra, es la que lleva a sacrificar todos los logros del pueblo conseguidos a costa de tanta sangre por la «paz» de los cementerios, lleva a conservar el viejo orden sea cual sean los aparentes logros del momento, que no serán sino en el camino de insertarse en el viejo Estado para ser su más negro, nefasto, soporte.

Y, se justifican, diciendo que no se puede conquistar el Poder por las armas y que en caso de lograrlo vendrá el «poderoso» gen-

darme mundial imperialista yanqui y los expansionistas hindúes y los derrocaran para eso hay que unirse con ellos y sus representantes locales y pedirles aprobación y ayuda, no hay nada más absurdo. Proceso en el cual, todo lo que se ha arrancando a los reaccionarios es para entregárselo a ellos mismos: el derecho a la rebelión, armas, nuevo Poder, tierras, etc. No hay razón, cuando lo que se está expresando ahí es la caducidad de ese viejo orden de opresión. Y ¿qué vemos en el mundo? Los fracasos que cosechan a diario los imperialistas en sus guerras de rapiña y la ocupación de países, ahora con la mayor crisis económica del imperialismo hasta la fecha. Un gigante con pies de barro. Y ¿el viejo Estado de la India? Es un Estado terrateniente burocrático, que está siendo barrido parte por parte por los comunistas de ese país, avanzando cada día en constituir el nuevo Poder. Viejo Estado que no puede enfrentarse a una guerra revolucionaria en su propio país menos podrán sostener una guerra de agresión contra una guerra popular, ni con todo el apoyo del imperialismo yanqui. Olvidan estos camaradas, para sostener tales cosas, la famosa afirmación del Presidente Mao, de mayo de 1970: **siempre que el pueblo de un país pequeño ose levantarse en lucha, se atreva a empuñar las armas y tome en sus propias manos el destino de su propio país, podrá indefectiblemente derrotar la agresión de un país grande. Esta es una ley de la historia.**

Estos «aplicadores» dicen que se dió «cambio de contradicción», que la contradicción principal habría pasado ha ser de todos contra el rey, cuando ellos primero quisieron negociar la salida de la «constituyente» con el rey dejando de lado a los partidos, pero el imperialismo y la India dijeron no, negociación triangular. Buscando resucitar a los partidos reaccionarios que estaban moribundos. Estos «aplicadores» proponen «una nueva y magistral estrategia», con la cual le quieren sacar la vuelta al maoísmo. Y dicen que como la guerra popular es una guerra política, ahora es necesario entrar en acuerdo con los partidos para cambiar al rey por la república, entonces se fijan como gran meta el cambiar el sistema de gobierno, dicen como etapa intermedia o transitoria. Pero todo lo establecido por el maoísmo al respecto niega la posibilidad y la necesidad de tal revolución democrática de viejo tipo en la actual era de la revolución proletaria mundial iniciada en 1917. No, **nosotros no solamente queremos cambiar el sistema de gobierno sino que lo principal y decisivo es cambiar la dictadura de las clases que mandan, la dictadura de clase del Estado, el sistema de Estado, derrocar pues a las clases reaccionarias de este viejo Estado y construir un nuevo Estado de dictadura conjunta, de frente único de cuatro clases en que el proletariado tenga hegemonía a través de la alianza obrero-campesina, único Estado de nuevo tipo que puede aplicar la nueva democracia, esto es la dictadura contra los que explotan y la democracia para el pueblo.** Pero el c. Prachanda tiene un concepto burgués de democracia, para él no hay democracia sin los partidos, pluralismo, es decir la manifestación libre del individuo, esa abstracción burguesa. Lo concreto es que si no es el nuevo Estado de nueva democracia no será sino la reestructuración del viejo Estado terrateniente burocrático, y ese estado no podrá ser de ninguna manera de democracia para el pueblo, eso es un imposible, porque un Estado de clases explotadoras generará en una sociedad como la de Nepal una democracia para los de arriba y las condiciones para desarrollar no son sino pedir que el capitalismo burocrático se desarrolle (reimpulsar el capitalismo burocrático).

En cuanto al problema el Frente, concebimos el Frente para la guerra popular y no al margen de ella, lo constituimos en el campo como Estado de dictadura conjunta y en las ciudades como MRDP apuntando hoy a desenvolver el Frente Único de la Revolución para la conquista del Poder. Contra nuestra aplicación, los camaradas del PCNM plantean que como la contradicción principal ha pasado a ser contra el rey hay que unirse con los partidos parlamentarios, expresión de que la contradicción principal es

contra el feudalismo, por eso hay que hacer el frente para desarrollar la república democrática (de viejo tipo, nota nuestra) para luego cuando se tenga la mayoría parlamentaria declarar la república de nueva democracia. Dicen además porque no es posible triunfar militarmente se llegó al acuerdo de paz y ante el peligro de intervención extranjera del imperialismo yanqui y el expansionismo hindú. Para nosotros eso es un absurdo, como lo ha establecido el Partido, **porque la base ideológica que debe dirigir el frente es el marxismo-leninismo-maoísmo, pensamiento Gonzalo, en nuestro caso, si no se esta abdicando de la dirección del proletariado en el frente y dando paso a que la burguesía lo dirija, estos como todos los otros que consideran que el PC no debe dirigir el Frente, son sostenedores del orden y pretenden un frente con la gran burguesía, para que ella lo dirija; lo que nosotros concebimos es que la dirección proletaria se garantiza a través de la base de la alianza obrero-campesina...** Y para criticarnos usan la acusación de sectarismo cuando son ellos los que se oponen a la dirección del proletariado y buscan la dirección de la burguesía; segundo, juegan a que el socialismo ha fracasado, que la dictadura del proletariado no sirve, que hay que aplicar la democracia del siglo XXI multipartidaria, en convergencia con la ofensiva contrarrevolucionaria general. Y como ya hemos dicho buscan apoyarse en la colina del enemigo y tienen temor y desconfianza en las masas más profundas.

ESTO EXPRESA REPERCUSIÓN DE LA CAMPAÑA DEL ENEMIGO

Y en esto tiene gran responsabilidad el CoMRI en todo esto, ya desde antes de la detención del Presidente Gonzalo, entre los Partidos del MRI, especialmente en los del Sur de Asia, difundió traducciones de la documentación del PCP con graves errores, para después argüir que era problema de traducción. Luego de la detención del Presidente, han difundido entre los Partidos informes elaborados por ellos mismo, que no son sino reproducción de la propaganda de la guerra psicológica del enemigo, negándose a entregar la documentación del CC del PCP y sobre ello debatir. Es así como ellos dicen promover el debate y la lucha de dos líneas en el MRI.

Luego, pues, como lo ha señalado el Partido repetidas oportunidades, hay mucha responsabilidad del CoMRI, después de la detención del Presidente Gonzalo, cuando el enemigo a comienzos de octubre de 1993 lanzó la patraña de las «cartas de paz» de la LOD-CIA, **se apuntó a querer quitar el apoyo internacional a la campaña por la defensa de la vida del Presidente Gonzalo, esto se vió en las declaraciones de algunos miembros del MRI, que decían: «vamos a investigar…», el presidente Gonzalo esta detrás de las cartas…», «la bandera roja ondea en el Perú…», es decir guerra popular sin el Presidente Gonzalo; posiciones que se filiaban a la LOD, repitiendo los engendros (video y audio) fabricados en el SIN. Por la ascendencia del presidente Gonzalo dentro del MRI, el imperialismo y el revisionismo se preocuparon que las posiciones de la LOD repercutan en el MRI, atacando la tesis marxista de Jefaturas y Jefes de la revolución, con el llamado culto a la personalidad, atacando la teoría militar, la guerra popular, desligándola de las Bases de Apoyo, su objetivo apuntar contra lo fundamental del pensamiento gonzalo; el Poder.**

Y como señaló el Partido en agosto de 2006, **la cuestión es que algunos miembros hicieron eco de las patrañas de la reacción y repicaron. La lucha de dos líneas mal llevada va a llevar a entrampar el MRI, hoy la guerra popular en Nepal puede cambiar de rumbo, de revolución democrática a una revolución burguesa, el Partido comunista es para iniciar y dirigir una guerra popular no para convivir y compartir responsabilidades con burguesía burocrática. Eso destruye, lo amolda, corrompe, se vuelven partidos fascistas, es de mucha responsabilidad de los camaradas de Nepal.**

Con estas cuantas cuestiones presentamos el presente documento para debatir en el MRI y fuera de él para llegar a un balance de la aplicación del maoísmo.

Movimiento Popular Perú
Octubre de 2008

INTERVENCIÓN DEL MOVIMIENTO ANTI-IMPERIALISTA

De la Conferencia Internacional maoísta a la Internacional Comunista

Camaradas presentes en esta Conferencia Internacional, en nombre del Movimiento Anti-Imperialista del Estado español (MAI), reciban un saludo revolucionario de firmeza y combate. También queremos felicitar al MPP por la organización de este evento, que se está consolidando como punto de encuentro del sector revolucionario del movimiento comunista internacional (MCI), y agradecer a estos camaradas su gentileza por invitarnos a participar y darnos, así, la oportunidad de que ustedes conozcan la opinión de nuestra organización sobre los problemas candentes de nuestro movimiento en el plano internacional.

El MCI se encuentra en una encrucijada desde hace ya demasiado tiempo. La derrota final de la Gran Revolución Cultural Proletaria y la desaparición de las ilusiones revisionistas con el hundimiento del "campo socialista", certificaron el estancamiento y retroceso de todas las corrientes que hasta entonces se reclamaban del comunismo. En medio de este descalabro generalizado, el Partido Comunista del Perú introdujo con fuerza un freno al desánimo y el derrotismo imperantes que, en nuestro caso podemos decirlo, influyó en gran medida en el nacimiento y posterior desarrollo de lo que hoy día es nuestra organización. Sin embargo, los sucesos del año 92 en Perú y, sobre todo, la renuncia del Partido Comunista de Nepal (maoísta) [PCN(m)] a proseguir la Guerra Popular, cuando se encontraba en plena ofensiva estratégica, certifican, para nosotros, el fin del Ciclo revolucionario que se inició con la Revolución de Octubre de 1917, y el inicio de un periodo intermedio de recomposición ideológica y política del comunismo, cuya duración dependerá grandemente de la labor que realicemos los partidos y destacamentos de vanguardia que en la actualidad están configurando progresivamente la línea roja internacional. El resurgir de la Guerra Popular en Perú, en primer lugar, junto a los cada vez más firmes posicionamientos de partidos y destacamentos de vanguardia frente al revisionismo del MRI, otrora considerada fracción roja mundial del MCI y devenida ahora organización predominantemente revisionista, liderada bicéfalamente por el PCR de los EE.UU. y el PCN(m), otorgan una relevancia especial a esta Conferencia en cuanto al papel histórico que, para nosotros, debe de desempeñar como inicio de la recomposición del MCI para superar la encrucijada en que se encuentra.

La situación internacional

Nos encontramos ante la paradoja de tener que soportar una triple crisis global del capitalismo, que no le impide mantener, al mismo tiempo, una ofensiva reaccionaria internacional contra el proletariado y los pueblos oprimidos. En primer lugar, una crisis financiera, que es la que acapara la mayor parte de las noticias, pero que no es la que más afecta de momento a las clases trabajadoras. En segundo y tercer lugar, un encarecimiento de las fuentes de energía, en especial el petróleo, y de las materias primas, que ha provocado una crisis alimentaria estrechamente motivada y vinculada a la anterior, que son las que más afectan a las capas populares. Son precisamente los gobiernos dirigidos por los sectores más reaccionarios y valedores del liberalismo absoluto los que me-

diante fondos públicos y nacionalizaciones hacen frente a la crisis con la aprobación y la colaboración de las organizaciones sindicales. Están aplicando el programa de las llamadas terceras vías, que hasta ahora defendían las organizaciones reformistas. La aristocracia obrera y el oportunismo político, que vertebran mayoritariamente al proletariado a nivel mundial, abrazan las recetas capitalistas, que les son tan familiares, para evitar una mayor depauperación de cuyas consecuencias ellos serían los primeros afectados. En Europa, hemos pasado, en una década, del reclamo de las 35 horas a la aceptación de las 65 horas, sin que se produzca una mínima movilización seria que pudiese suponer, cuanto menos, una advertencia para los gobiernos reaccionarios de la Unión. Las masas de trabajadores muestran una resistencia escasa y generalmente poco efectiva, cuyas metas, ante la ausencia generalizada de dirección política comunista, no pueden ser más que de cortas miras. Con esto nos referimos a los defensores del llamado socialismo del siglo XXI, tan popular en algunos países de América Latina y con tantos seguidores entre nuestros revisionistas europeos. Entre las filas del proletariado hay una mezcla de rabia contenida en un mar de hastío y resignación, muy extendidos y potenciados por el individualismo y el corporativismo a que el oportunismo político y sindical del reformismo las somete, pero nada que denote un salto cualitativo en su lucha en el sentido de su emancipación.

Ésta es la tónica dominante, a pesar de los contados enclaves del mundo en que se está desarrollando en sus fases iniciales la Guerra Popular. Por todo ello, predominan las luchas de masas de carácter espontáneo a lo largo del planeta, ya sean sindicales, ya se trate de los conflictos armados de los pueblos que son sojuzgados directamente por la bota militar del imperialismo. Estas luchas protagonizan, hoy, la sempiterna resistencia de las masas a la explotación social y a la opresión nacional. Nada que ver, por ejemplo con los años sesenta, cuando las luchas sociales y de liberación levantaban mayoritariamente la bandera roja y perseguían el socialismo, a pesar de las distintas visiones que de él se tenían, no siempre las más correctas.

Ante esta situación objetiva en que se desarrolla la ofensiva reaccionaria a escala planetaria en medio de la propia crisis capitalista, el aún incipiente desarrollo de las guerras populares y el predominio de las luchas armadas anti-imperialistas dirigidas por organizaciones reaccionarias de carácter religioso y nacionalista, unido a la posición defensiva que acarrea el carácter generalmente espontáneo y económico de las luchas de resistencia de la clase trabajadora por evitar el empeoramiento de las condiciones de su explotación, son signos inequívocos de que no existe una ofensiva estratégica revolucionaria mundial. A pesar de que las condiciones objetivas sociales y políticas del imperialismo representan un terreno favorable para iniciar dicha ofensiva, la ausencia completa del factor subjetivo la hace imposible. No puede existir una ofensiva revolucionaria mundial que no vaya aparejada con el proceso de reconstitución de la Internacional Comunista. La organización del partido mundial de la revolución comunista será el mejor vehículo para extender la influencia internacional de los éxitos que deparen los procesos locales de Guerra Popular, influencia que actuará como catalizador de otros procesos de reconstitución y de inicio de la Guerra Popular por doquier, extendiéndose y ampliándose hasta crear las condiciones reales, políticas y militares, de paso a la ofensiva estratégica de la Revolución Proletaria Mundial (RPM).

El movimiento comunista internacional y las tareas actuales

El MCI es una masa heterogénea de partidos y agrupamientos internacionales de corrientes contrapuestas que, en su mayoría, abrazan el opor-

tunismo político y el revisionismo ideológico, tanto dogmático como reformista.

Los peores augurios se han confirmado sobre el Movimiento Revolucionario Internacionalista (MRI) desde que el camarada Gonzalo los expusiera, desde sus orígenes, en el sentido de considerar al MRI sólo como un paso en la reconstitución de la Internacional Comunista y a condición de que siguiese una línea ideológica y política justa y correcta. Los diferentes planos en que resumía el camarada Gonzalo los problemas que enfrentaba el MRI se han agudizado y lo han transformado en su contrario, en freno de la revolución comunista mundial. Lo que está sucediendo en Nepal es, en este sentido, de lo más aleccionador. En lo ideológico, el MRI no sólo no ha avanzado en la comprensión del marxismo-leninismo-maoísmo, sino que está contribuyendo a incrementar la confusión, favoreciendo al revisionismo y haciendo pasar por planteamientos ideológicos correctos lo que es puro oportunismo, amoldando forzadamente a sus intereses liquidacionistas principios fundamentales con el fin de apoyar el abandono de la línea de Guerra Popular. En lo político, ha permitido que la agenda del imperialismo marque la actuación del PCN(m) y justifique su arriamiento de la bandera roja. Ha renunciado a la reconstitución de la Internacional, favoreciendo el policentrismo en su seno, y ha abandonado la línea de masas que debería tener como objetivo la reconstitución de partidos comunistas para iniciar y desarrollar la Guerra Popular. Ha renunciado a forjarse en dirección de la revolución comunista mundial y, con respecto a la lucha entre las dos líneas, la ha sustituido por el liberalismo en las opiniones y la no ingerencia en los asuntos y decisiones de cada uno de sus miembros. Todos estos problemas, al no ser justa y correctamente manejados, han devenido en fenómenos de desarticulación. Las preocupaciones que albergaba el camarada Gonzalo en los años ochenta se han visto confirmadas.

Para el MAI, la situación está madura para escindir definitivamente el MRI y con ello al MCI en dos alas. La tarea de desenvolverse en fracción interna dentro del MCI, que se concretaba en participar dentro del MRI, ya no puede favorecer la línea revolucionaria internacional, sino sólo retrasar el aglutinamiento del ala izquierda y el correcto y útil desarrollo de la lucha de dos líneas. Permaneciendo actualmente dentro del MRI no se es referente de la línea revolucionaria internacional, ya que ésta queda oculta bajo la dirección revisionista, genera falsas expectativas de cambiar progresivamente a los miembros que abrazan la Línea Oportunista de Derechas (LOD) y no permite establecer claramente el imprescindible deslinde entre revisionismo y línea roja. Al contrario, se respalda, con la presencia en su seno del ala izquierda, la apariencia de organismo internacional revolucionario ante el conjunto de la organización, enmascarando su revisionismo.

Teniendo esto en cuenta, esta Conferencia debería representar el primer paso en el camino hacia la reconstitución de la Internacional Comunista, aglutinando a la izquierda del MCI. La situación actual no permite organizarla en base a un programa ideológico, como sería la obligación de asumir el maoísmo como condición previa, principalmente porque el propio maoísmo no ha resuelto definitivamente su condición de desarrollo del marxismo-leninismo, manteniéndose verdaderos e importantes puntos por aclarar, situación por la cual aún existen organizaciones que tienen sus reservas en asumir la ideología tal como la plantean la mayoría de los destacamentos autodefinidos como maoístas.

Teniendo en cuenta esto, es para el MAI una cuestión ineludible la realización del balance global del Ciclo revolucionario de Octubre, con el fin de reconstituir la ideología comunista partiendo desde el punto más elevado de la experiencia del Ciclo, la Gran Revolución Cultural Proletaria china, y del desarrollo

más elevado alcanzado por nuestra ideología, el marxismo-leninismo-maoísmo. Valga como ejemplo de esto la necesidad de abordar con profundidad, desde el mismo maoísmo, el todavía inédito análisis sobre la Revolución Cultural a la luz de la acertada y novedosa consigna de desarrollar la Guerra Popular hasta el Comunismo. Esta consigna implica, de hecho, una síntesis de balance, pero sin análisis previo; implica no un balance general, sino evaluaciones parciales de episodios puntuales tomados aisladamente de nuestra rica experiencia histórica, método erróneo que sólo puede generar confusión y obstaculizar la definición ideológica correcta. Si se introducen innovadoras consignas que implican una reflexión crítica sobre esa experiencia, es preciso hacer explícita la necesidad de esa reflexión como tarea política colectiva de nuestro movimiento. Este problema y esta necesidad, que se reconocen en los hechos, no pueden resolverse de soslayo ni hurtarse como tareas políticas de la reconstitución del MCI. Y lo peor es que este método contraproducente impedirá extraer todas las lecciones que nos ofrece la experiencia de la RPM. Por ejemplo, en el caso que hemos aludido, la consigna de Guerra popular hasta el comunismo obliga al replanteamiento global del problema del modelo de sociedad de transición, en particular, de los principios y métodos de la construcción del socialismo. En China, la revolución cultural ni se ideó ni se realizó desde la Guerra Popular, y ahora, toda vez que se conquiste el poder, esta nueva orientación implicará el mantenimiento y desarrollo de la Guerra Popular durante todo el periodo de transición socialista de Dictadura del Proletariado, variando, cuanto menos, las prerrogativas de la posible y previsible revolución cultural.

Asumiendo, pues, el inconveniente del problema ideológico aún por resolver, la situación demanda y permite que el ala izquierda del MCI se agrupe en torno a la Línea Política General de la revolución proletaria, aceptando sus elementos cardinales. Éstos suponen, fundamentalmente, la Guerra Popular como estrategia para la revolución comunista y el apoyo de las guerras populares que ya se han iniciado, y, siguiendo la valiosa experiencia del Partido Comunista del Perú, suponen con carácter previo la defensa y puesta en práctica de planes de reconstitución de partidos comunistas en los países que carecen de él, que son la inmensa mayoría, para, posteriormente, militarizarlos en el inicio y en el proceso de desarrollo de la Guerra Popular. Además, es tarea cardinal coordinar y fortalecer el desarrollo de la lucha intransigente contra el revisionismo. La resolución del problema ideológico requiere proseguir con la lucha entre las dos líneas en el seno del ala izquierda del movimiento comunista. Si no existe la Internacional revolucionaria, es que no existe Partido Comunista internacional. Esto es así porque carecemos, a este nivel, de Base de Unidad Partidaria, por lo que es imposible realizar la unidad revolucionaria entre nuestros distintos destacamentos sobre la base de una plataforma ideológica. La única posibilidad para responder a la necesidad de constituir el referente mundial por la revolución comunista es establecer nuestra unidad asentándola en la lucha por nuestros objetivos políticos comunes y en lucha permanente contra el revisionismo para contribuir a deslindar ante las masas trabajadoras.

Reconocemos al Partido Comunista del Perú como partido de nuevo tipo reconstituido que, por su experiencia de Guerra Popular en distintas tesituras, ocupa la trinchera de vanguardia de la RPM. Por esta razón, la situación demanda de él, y nosotros nos hacemos eco de ello, la asunción de la responsabilidad de convertirse en eje central en torno al cual se vertebre y aglutine progresivamente toda el ala izquierda del movimiento comunista revolucionario, con el fin de configurar el embrión de la que ha de ser la futura Internacional. Éste es el trascendental papel histórico que el PCP está lla-

mado a acometer a nivel mundial y cuya posición se ha ganado gracias a su trayectoria. De los aquí presentes depende en gran medida que este objetivo inmediato pueda lograrse. Así es como el Partido Comunista del Perú cumplirá su papel de base de apoyo de la RPM. Por consiguiente, la tarea principal de todo comunista en cada país es la de perseverar en la lucha contra el revisionismo por generar partidos comunistas, que será, a su vez, el mejor apoyo para la vanguardia mundial, la Guerra Popular en el Perú y en los otros lugares del mundo en donde haya comenzado o esté por iniciarse su desarrollo. Llamamos a emular el camino que hace décadas emprendió el Partido Comunista del Perú para reconstituirse, combatir intransigentemente contra las respectivas líneas oportunistas y prepararse para el inicio de la Guerra Popular.

Las tareas del MAI en el Estado español

Nuestra organización, siguiendo lo anteriormente expuesto, se sitúa como destacamento de vanguardia contra todo tipo de oportunismo político y revisionismo ideológico. Actualmente, el proletariado del Estado español carece de organización y guía, por lo que nuestro objetivo estratégico inmediato es la reconstitución del Partido Comunista en el Estado español. Para ello, es imprescindible combatir paralela e infatigablemente los programas políticos que establecen etapas intermedias anteriores al socialismo y que sustituyen la revolución comunista y la Dictadura del Proletariado por la reforma "democrática" del Estado burgués. En nuestro país esto se ha concretado en la defensa de III República, bajo cuya bandera se aglutinan todos los partidos y grupos revisionistas. Es la forma como ha tomado cuerpo la tesis prachandista del "periodo intermedio de reforma política". Por eso, en nuestro caso, es motivo principal de deslinde político entre revolución y contrarrevolución, lucha que expresa el carácter internacional de la lucha de clases y de la lucha de dos líneas en nuestro país. Por otro lado, en nombre del maoísmo, también se levantan pequeñas agrupaciones que, o bien son voceros de la Línea Oportunista de Derechas internacional, o bien, se han desviado irremisiblemente hacia la defensa de líneas políticas de corte nacionalista. En la lucha contra ellos también estamos volcando todo nuestro empeño y saber. Siguiendo este cometido de combatir a los falsos comunistas y a los falsos maoístas en el Estado español, deslindando tajantemente con todo revisionismo y oportunismo, bregamos por unir a los revolucionarios con el fin de construir un incipiente polo político que se convierta en referente de la clase y que cree las bases para la futura culminación de la reconstitución del Partido Comunista en nuestro país.

Camaradas, el MAI desea que los objetivos trazados por los organizadores de esta Conferencia sean coronados con el triunfo. Saludamos anticipadamente la realización exitosa del Segundo Congreso del Partido Comunista del Perú, pero también deseamos compartir nuestra esperanza de que esta Conferencia Internacional no se agote en el cumplimiento de este cometido, sino que sobrepase las perspectivas iniciales y forje un nuevo hito del proletariado internacional abriendo el camino hacia la reconstitución de la Internacional Comunista.

¡Por la reconstitución de partidos comunistas revolucionarios!
¡Por la reconstitución de la Internacional Comunista!
¡Guerra Popular hasta el Comunismo!

25 de Octubre de 2008
Movimiento Anti-Imperialista (MAI)

¿Kimetz informa?

En el marco actual de crisis económica imperialista, el proyecto *revolucionario* del revisionismo ha firmado su sentencia de muerte, en el mismo momento en el que firmó su adhesión incondicional al keynesianismo. Pero no sólo su incapacidad para llevar a la práctica su proyecto de construcción del movimiento revolucionario desde la influencia de factores externos, como la inesperada *crisis económica,* dan buena cuenta de su irónica bancarrota, sino que el proyecto de reconfiguración revisionista en torno al programa republicanista ha sufrido un duro revés, cuando la burguesía ultraliberal ha hecho suyos, de buena gana, los planteamientos intervencionistas que constituían la base del programa económico antimonopolista, más *social* y *justo,* de nuestros *arrepublicanados*.

Es en esta situación de crisis económica del capitalismo en general y crisis política de los postulados burgueses de nuestros revisionistas, cuando el MAI reafirma su justo compromiso de reconstituir el movimiento comunista desde el Balance y la lucha de dos líneas, frente a la opción revisionista y antidialéctica, tantas veces fracasada, de unidad voluntarista de los comunistas.

Para cumplir con las tareas que requiere nuestro compromiso, vamos a unirnos, exponiendo nuestros argumentos, a un debate que encuentra un lugar siempre privilegiado en el Estado español: el debate sobre la cuestión nacional. Si bien es cierto que los movimientos nacionales han conseguido debilitar al Estado español, es gracias a su capacidad para cuestionar el monopolio de la violencia que se han convertido en un referente para amplios sectores de la izquierda, y claro está, para el movimiento comunista que hace ya tiempo había caído en desgracia. La respuesta del Estado español para contrarrestar esta tendencia en la izquierda, y poder así reforzar su discurso imperialista, ha sido, por un lado, buscar alianzas en organizaciones autodenominadas independentistas como ERC o BNG, ambas de fuerte tradición republicana, que gustosas acudieron a la llamada para gestionar el Estado opresor, dejando clara su naturaleza imperialista, contribuyendo como si no fuera suficiente a la estabilidad política del país. Y por el otro lado, la necesidad de reforzar el espíritu españolista en el tradicionalmente domesticado movimiento comunista, ha encontrado su plataforma política en el cívico proyecto republicano, que bajo su amable e inofensiva mascara teñida de un colorido cosmopolitismo, encierra la más cómoda de las soluciones para el revisionismo, la unidad bajo la tricolor. En este contexto de polarización política en torno a la cuestión nacional, vamos a centrar nuestro análisis en la línea política de Kimetz por dos razones: por un lado, compartimos elementos de crítica hacia el revisionismo republicano, y por el otro, consideramos a Kimetz, por su trayectoria política, el buque insignia de lo que nosotros denominamos *oportunismo nacionalista*.

Historia organizativa

En un primer momento, siguiendo los documentos de Kimetz[1] , a la hora de plantearse la necesidad de un partido de vanguardia, nos encontramos con dos organizaciones en Euskal Herria: La Plataforma para la Constitución del Partido Comunista de Euskal Herria, organización que hace hincapié en la necesidad de un balance histórico de la experiencia revolucionaria a la hora de afrontar la reconstitución, la cual se organiza en círculos de estudio; y, por otro lado, Euskal Herriko Komunistak (EHK), la cual aboga por la unidad de los comunistas, adoptando la forma de organización de masas, permeable a la izquierda abertzale.

Sobre la base de estos dos elementos surge Kimetz, producto de una contradicción que determinará su línea política. Kimetz plantea por un lado que la posición de la Plataforma era acertada en tanto que es necesario un balance, pero se corre el riesgo de caer en el mero análisis libresco, alejado de la realidad y renuncia de la práctica. Por otro lado, la posición de EHK era acertada en tanto a su contacto permanente con los movimientos que se producen en la sociedad, pero, al no tener programa ni ideario político, en lugar de dirigir un proceso de cambio político se ve abocada al seguidismo de organizaciones a las que no las mueve los intereses objetivos del proletariado, sino los de otras clases. Kimetz, continúa en su balance criticando la táctica revisionista de *unidad de los comunistas*, por su carácter unilateral y metafísico, representada en la política de reagrupamiento defendida por EHK; apostando finalmente por la táctica comunista de la lucha de dos líneas como instrumento sobre el cual reconstituir el partido.

Ante el miedo a las posiciones dogmáticas, la Plataforma intenta corregir los errores de los círculos de estudio abriendo un período de autocrítica. Como conclusión, deducen que se están alejando de la práctica social, y por lo tanto es necesario fundir teoría socialista y práctica obrera. De la fusión entre estos dos elementos contradictorios surge, dentro de la Plataforma, sin haber podido resolver esa contradicción, cayendo en el eclecticismo, Kimetz. Podemos ver cómo ese miedo al intelectualismo inclina la balanza hacia el segundo aspecto de la contradicción, obligándoles a caer irreme-

diablemente en el practicismo. Como esta contradicción encierra un círculo vicioso, ya que, por un lado, se comprende la necesidad del balance pero se teme el peligro intelectualista, mientras que, por el otro, se acepta que acercarse a las masas sin teoría es revisionismo, se quiere romper a través de una huida hacia delante, resolviendo el problema de la guía ideológica de una vez por todas con la asunción del maoísmo como la forma ideológica más avanzada de la pasada experiencia revolucionaria. Pero esta decisión acarreará consecuencias graves. En primer lugar, el balance queda relegado y separado de la reconstitución como proceso político, y por tanto reducido en sus objetivos a catálogo de errores y a problema teórico secundario. En segundo lugar, su desarrollo teórico como organización queda separado de su desarrollo práctico; de aquí se derivará el seguidismo por la realidad dada, por las condiciones sociales y políticas inmediatas, lo que conducirá al practicismo y al espontaneísmo, y, una vez incorporado el ingrediente de la cuestión nacional, constituirá la base del *economismo nacionalista* que caracteriza la línea política de Kimetz.

Otro error importante de Kimetz es la falta de comprensión del proceso de reconstitución. Aceptan la lucha de dos líneas como motor de construcción partidaria, pero no saben resolver el proceso contradictorio en el que la teoría elabora el plan estratégico de reconstitución, que será desarrollado en la práctica por la lucha de dos líneas. Nuestros camaradas no comprenden la forma que adopta la práctica en el transcurso de la reconstitución, desde la lucha de dos líneas con las concepciones revisionistas y la construcción de la unidad de acción desde el debate en el seno de la vanguardia. Kimetz entiende el problema de la práctica en el proceso de reconstitución no como lucha de dos líneas, sino en su sentido revisionista de resolución de los problemas inmediatos del proletariado. Unido esto a su miedo por caer en posiciones dogmáticas, hace inclinar el peso de la contradicción sobre la práctica, entendida siempre como trabajo político entre las grandes masas, haciendo abstracción de la gradación en términos de conciencia de clase existente en su seno y, en consecuencia, dejando de lado las cuestiones relacionadas con la construcción de la vanguardia. El maoísmo abrazado como doctrina dará cobertura a esta línea practicista en un entorno social de confrontación nacionalista que crea un caldo de cultivo muy favorable para aquéllos que desean la incorporación inmediata de la vanguardia en la lucha de masas.

Como es lógico, los errores en cuanto al plan de reconstitución influyen notablemente en la práctica de esta organización a la hora de constituirse Kimetz como destacamento de vanguardia, errores históricos que acompañan a una organización que no ha sabido romper con el trabajo tradicional de masas. Pero, ahondando más en la historia de Kimetz, podemos comprobar que, curiosamente, el germen de sus errores se halla en la teoría; aunque desconocemos los debates que mantuvieron los círculos de estudio de la Plataforma para la constitución del Partido Comunista de Euskal Herria. Estos errores teóricos se encuentran en una deficiente comprensión de la naturaleza del Partido Comunista, concretamente como relación vanguardia-masas. En virtud de esta relación, nos encontramos unas masas, una práctica social, inmersas en sus luchas diarias reales, ya sea contra el patrón o contra el imperialismo español, presas en la problemática de relaciones capitalistas en las que se desenvuelven sus intereses inmediatos. Es esa realidad concreta donde se encuentran las masas, ese escenario de lucha social, el caldo de cultivo necesario donde podrá actuar la vanguardia, siendo el sujeto depositario de los principios y delegado de la problemática revolucionaria. En ese contexto, podemos explicar la relación entre vanguardia y masas, donde la vanguardia debe crear movimiento revolucionario desde el contacto directo con las masas y esto en el lenguaje del revisionismo es desde la práctica social, atendiendo a los problemas “reales” de las masas; en definitiva, cayendo en la telaraña de relaciones capitalistas que tanto preocupa al proletariado de hoy y antes. Y por tanto, como no puede ser de otra manera, nos encontramos con un partido en el que su vanguardia ajusta la problemática revolucionaria a las aspiraciones inmediatas del proletariado nacional de Euskal Herria. Cuando debe ser la vanguardia, para su correcto tratamiento de las masas, la que revolucione la realidad de éstas, no dirigiendo a las masas en su problemática real sino revolucionando esta problemática, no dirigiendo su lucha desde las organizaciones de masas reformistas, sino contra ellas, no dirigiendo su lucha contra la opresión nacional o el patrón, sino contra el sistema de dominación de clase.

Como conclusión de este breve resumen de la historia de la organización Kimetz, podemos observar dos elementos que caracterizan su línea general: por un lado, honesta intención respecto a la reconstitución del partido comunista desde los principios del MLM y la lucha de dos líneas y, por otro lado, su clara incapacidad para romper con un practicismo que se encuentra reforzado por la posición que ocupa el proletariado vasco respecto a la crisis de opresión nacional. Estos dos elementos son los aspectos de la contradicción histórica en la que se encuentra inmerso Kimetz, contradicción interna que hoy le impide posicionarse sin vacilaciones respecto a una de las dos líneas en las que se esta desenvolviendo el movimiento comunista en el Estado español: la reconfiguración del ala derecha en torno al proyecto republicano, o las organizaciones que plantean la reconstitución desde la unidad de acción, en torno al balance y la lucha de dos líneas.

kimetz
herri iraultzailearen ahotsa

Maoísmo y marco de actuación

Kimetz se aferra al maoísmo para englobar a todo el "pueblo trabajador vasco", convertirse en la vanguardia de todo el pueblo vasco, justificando su pretendida alianza política no sólo con la pequeña burguesía sino también con la burguesía nacional vasca:

"*Es fundamental en el análisis de clases que hacemos, saber cómo tratar con cada clase en el proceso revolucionario, es decir, saber discernir entre nuestros amigos y nuestros enemigos. La burguesía nacional en principio y como aspirante que es a clase opresora del proletariado vasco se situaría al otro lado de nuestras posiciones, pero haciendo un análisis más exhaustivo de nuestra realidad vemos que en un primer momento debemos contar con ella, o al menos no hacer que caiga del lado enemigo, pues el proceso revolucionario de Euskal Herria consta de una primera etapa de liberación nacional en la que la burguesía nacional vasca podría tener un papel determinante*".[2]

En resumidas cuentas, y sin aportar un correcto análisis de la experiencia histórica de la revolución china, pretenden extrapolar la táctica maoísta de la guerra de liberación nacional contra el Japón a la realidad de Euskal Herria. Así, partiendo de su análisis de clases, en el cual la burguesía nacional vasca no ha alcanzado sus metas dentro del capitalismo, plantean una alianza táctica con esta clase. Es complicado, por no decir imposible, plantear esto cuando la burguesía nacional vasca tiene un sitio, conforma y, por tanto, apuntala al Estado español y al bloque hegemónico de dominación de clase que representa, objetivo común a destruir junto con el proletariado español. La burguesía vasca no necesita de un Estado-nación independiente para mantener su dominación de clase, ya que dispone del Estado español, en el que se encuentra integrada. El Estado no sólo es el sistema de dominación de una clase sobre otra, sino que también representa la alianza entre las distintas fracciones de la burguesía que lo integran, y en el Estado español esta alianza de dominación es una alianza internacional de la clase burguesa. En lo que respecta al frente único antijaponés, la alianza con el Kuomintang, alianza endeble, no puede servir de ejemplo histórico universal sino que sólo puede entenderse, desde su naturaleza táctica, en una situación política concreta en la que la correlación de fuerzas en China hace bascular a la burguesía hacia la alianza con el proletariado, algo que se puede justificar en una guerra anticolonial, pero no en Euskal Herria donde una alianza con el proletariado revolucionario amenazaría la posición privilegiada de la burguesía nacional en el marco de relaciones capitalistas, la cual tendría más que perder que ganar. Desde estas premisas, consideramos que la filiación de Kimetz al maoísmo se fundamenta en el oportunismo. El propio concepto de "pueblo trabajador vasco" fue un término acuñado por ETA y encierra la trampa de la alianza interclasista propia de toda línea nacionalista, que Kimetz pretende justificar desde el maoísmo. En lo que respecta a la pequeña burguesía, considera que el maoísmo también le da legitimación histórica para justificar una alianza política; en lo que al maoísmo se refiere, la justificación histórica de la alianza entre pequeña burguesía y proletariado encuentra significado en una guerra de Nueva Democracia, donde ambas clases mantienen aspiraciones comunes; pero las aspiraciones democráticas tanto de la pequeña burguesía vasca como de la española distan mucho de caminar de la mano junto con el proletariado por el luminoso sendero de la revolución proletaria. El juego de alianzas, que pretende Kimetz guíe el camino hacia la revolución, se debe a la falta de un análisis de la correlación de fuerzas entre las clases no sólo en Euskal Herria, sino en todo el Estado español. Y para rematar su nefasto análisis de las correlaciones de clase, Kimetz evita el problema de la alianza entre el proletariado vasco y español, alianza en la que, precisamente, radica la solución tanto del problema nacional vasco, como del problema de la reconstitución política del proletariado en Euskal Herria. Como apuntábamos más arriba, el Estado español no sólo es el sistema de dominación de clase, sino que es el sistema internacional de dominación de unas clases sobre otras, y es precisamente de su naturaleza como alianza internacional de la burguesía, donde podemos deducir que para su destrucción es necesaria una alianza internacional del proletariado. Desde el punto de vista de la construcción política del proletariado internacional en el Estado español, esta alianza es la reconstitución del Partido Comunista del Estado español.

Pero Kimetz rechaza esta alianza internacional del proletariado y se centra en la nación. Desarrolla todo un entramado de alianzas que generan una línea conciliadora entre las clases que conviven en Euskal Herria; esta línea política se cristaliza en torno al programa político de guerra de liberación nacional, algo, que como ya hemos dicho, se va al traste en el momento que la burguesía nacional vasca pasa a formar parte del sistema de dominación español. La línea de guerra de liberación nacional, que defiende Kimetz, como es de esperar, genera un marco de actuación erróneo, un marco nacional en oposición al estatal, levantando fronteras que sólo la burguesía pretende, siguiéndole el juego a ésta y cayendo en la irremediable instrumentalización de la política del proletariado revolucionario.

Junto al marco de actuación reducido a las fronteras de Euskal Herría, deducimos una línea de masas errónea, no únicamente por la restricción de las fronteras a las que se circunscribe, sino también por su actitud política respecto a las masas, relacionada estrechamente con la desviación practicista que hemos recalcado anteriormente. Kimetz quiere canalizar el movimiento nacionalista, el cual consiste en un caldo de cultivo impregnado de prejuicios burgueses, hasta convertirlo en movimiento revolucionario; ése es el eslabón al que pre-

tende asirse, en vez de generar un movimiento revolucionario desde la ideología revolucionaria, revolucionando las aspiraciones de las masas, rescatándolas de la realidad burguesa en la que se encuentran, combatiendo la ideología burguesa (nacionalismo que las encadena) desde la defensa de la guerra popular como única posibilidad para destruir el sistema de dominación. Este intento de canalización de los movimientos nacionalistas de masas termina por tergiversar la ideología revolucionaria para acomodarse a las condiciones de un proletariado instrumentalizado por la ideología y política burguesas; serán estas condiciones previas de las masas, sus aspiraciones inmediatas las que terminarán por dirigir la política de una organización, incluyendo principios ideológicos ajenos al marxismo-leninismo. Vuelve a ser la "práctica real" la que marca las pautas, la ideología y la política de Kimetz.

A modo de resumen, Kimetz no combate la ideología burguesa (nacionalismo) para educar al proletariado, sino que lo que hace (y en esto creemos que se intentan valer del maoísmo[3]) es incorporar principios ideológicos burgueses, para terminar haciendo política burguesa, con el fin de influir en las masas de Euskal Herria. En vez de educar al proletariado en la lucha de clases contra el enemigo común, el Estado español, liberando a las masas de la influencia de las aspiraciones nacionalistas burguesas, intentan identificar dos conceptos contrarios: la idea de reconstitución del partido comunista en torno al MLM como algo innovador, y, por otro lado, ideología burguesa (nacionalismo), producto de sus desviaciones practicistas. Esto genera una línea política y de masas burguesa.

Uniendo esos dos ingredientes tenemos otro partido revisionista, en cuanto que revisa el MLM, adaptándolo a un marco político burgués concreto. Incorporan un principio ideológico burgués (nacionalismo), tergiversando el maoísmo para justificar su marco de actuación; esto genera una línea política errónea en el proceso de reconstitución del partido comunista, reduciendo el marco para llevar a cabo este proceso.

La burguesía se estructura en torno al Estado como instrumento de dominación, y por tanto la organización proletaria se genera y se desarrolla posteriormente para combatirlo en el marco político creado por él en que nos esclaviza. La burguesía nacionalista no es ajena a ello; incluso, la pequeña burguesía, al igual que la aristocracia obrera, intervienen en el mantenimiento del sistema apuntalándolo; de ahí que su política no supere nunca el espectro del reformismo, ya sea armado o como sindicalismo de la peor calaña; por tanto, su política nunca pretende destruir el sistema que mantiene sus condiciones materiales de existencia como clases. La burguesía necesita de ellos y ellos exigen tributo por sus servicios. Todo este entramado de relaciones burguesas de dominación conforma el Estado como forma superior de organización de la burguesía, que en el caso del Estado español, muestra un marcado carácter como alianza internacional entre varias fracciones burguesas. Por tanto, para ser atacada esta forma superior de organización de la burguesía, es necesaria la forma superior de organización del proletariado, el Partido Comunista.

En lugar de apuntalar las posiciones políticas de la burguesía, Kimetz debería utilizar el marxismo-leninismo como arma para la crítica que permita transformar la realidad política del País Vasco, dotándole de un discurso revolucionario capaz de polarizar el debate político de la vanguardia en torno a las tareas de la revolución, combatiendo el nacionalismo y creando el referente político para el posterior encuadramiento de las masas en torno a la lucha de clases.

Kimetz ante el Balance del Ciclo de Octubre

Por otro lado, la reciente afiliación de Kimetz al maoísmo, no sólo se debe al demostrado oportunismo nacionalista que condiciona su proceder político, sino también a su limitada comprensión de la tarea de balance histórico que nos impone el proceso de reconstitución ideológica y política del comunismo.

En el documento donde Kimetz nos habla de su experiencia organizativa con anterioridad a su constitución se dice: "*la posición de la Plataforma era acertada en tanto que es necesario un balance certero, que analice lo positivo y negativo de la experiencia del proletariado en el poder, y sobre todo cuáles fueron los motivos por los que los países socialistas se han venido abajo*".[4]

La Plataforma reclama, en primer lugar la necesidad de un balance para comprender y aprender de los errores. Pero el objetivo de aprender de los errores que permitieron la derrota del proletariado no cubre las expectativas necesarias para la realización de un balance de semejante envergadura. El balance es el punto de partida de la futura praxis revolucionaria, y por lo tanto debe contemplar hasta donde avanzó la praxis revolucionaria del proletariado y el enriquecimiento de su bagaje ideológico y político. En nuestra opinión, ese ejercicio de balance limitado abre las puertas a interpretaciones erróneas, interpretaciones de la historia de la revolución que culpan de la derrota a factores externos o simplemente consideran que todo fue correcto: sólo hubo errores tácticos subsanables que no afectan a la concepción revolucionaria de base vigente durante el ciclo revolucionario. Todos los que comparten este punto de vista sobre el balance tienen en común que no aceptan la teoría del ciclo revolucionario cerrado y plantean la continuidad del Ciclo de Octubre desde sus mismas premisas y aceptando como correctos todos sus desarrollos políticos e ideológicos. En resumen, esa es la diferencia entre "un balance" a medias, parcial, continuista, que no acepta lo evidente y se niega a clausurar Octubre, como el defendido por la Plataforma, y el balance de la experiencia revolucionaria del Ciclo de Octubre entendido, en todas sus consecuencias, como el punto

de partida de la nueva ola de la Revolución Proletaria Mundial..

En segundo lugar, en la Plataforma se detecta la tradicional inercia, inspirada en el espíritu eurocentrista, que considera la revolución soviética como el modelo a seguir, reduciendo el ciclo a esta única experiencia, sin comprenderlo en su totalidad, como primera ola de la Revolución Proletaria Mundial y no sólo la Revolución Soviética. Esto queda reflejado en la siguiente cita de uno de los documentos de la Plataforma:

"A partir de este momento [a partir del ascenso de Jruschov], y salvo excepciones como la R[epublica] P[opular] Ch[ina] hasta el golpe de estado contrarrevolucionario de Hua Kuo-feng y durante cierto tiempo y hasta cierta medida Albania, no se puede hablar con propiedad de países capitalistas y países Socialistas y sí de países abiertamente capitalistas y de países capitalistas bajo formas aparentemente socialistas".[5]

Y en otro lugar: *"(…) produce un salto cualitativo dentro de la Plataforma brotando de ella una nueva organización, Kimetz. Tras realizar un primer balance histórico, Kimetz adopta como ideología el marxismo-leninismo-maoísmo, (…)".*[6]

Como podemos ver en su exposición sobre la historia de la Plataforma, Kimetz no rompe con la concepción limitada y continuista del balance sobre el ciclo, sino que la justifica acomodándose al maoísmo, que como hemos explicado más arriba, es algo que a nuestros camaradas de Kimetz les viene de perlas para respaldar su teoría del marco de actuación en Euskal Herria.

Sobre la Revolución Proletaria Mundial

Hasta ahora hemos intentado demostrar cómo nuestros camaradas vascos, con una magistral lección de oportunismo nacionalista, deforman el proceso histórico de reconstitución del partido comunista, ya sea la lucha de dos líneas como instrumento de clarificación ideológica, como la tarea del Balance, para justificar su teoría economicista del *marco de actuación*.

Desgraciadamente no acaban aquí, sino que consideran necesario dar un paso más allá, escribiendo sobre la *importancia estratégica del conflicto vasco*, hasta meter completamente la zarpa en las tinieblas del idealismo. He aquí a Ekaitz, colaborador de Kimetz, y lo que dice en *Sobre el ámbito territorial de la organización del partido.* Después de explicarnos el alto grado de agonía que manifiesta el imperialismo, concretamente el español:

"En estas condiciones, el conflicto vasco se convierte en su verdadero 'talón de Aquiles' o, para decirlo con otras palabras, Euskal Herria se convierte en el eslabón más débil del capitalismo español. Por eso, podemos decir que la lucha por la autodeterminación y las libertades nacionales es una 'expresión condensada de la lucha de clases'".[7]

"Pero esto no es todo, pues el desarrollo de un proceso revolucionario y de liberación nacional en Euskal Herria, puede transcender el ámbito de los estados español y francés y tener honda repercusión en Europa".[8]

Ekaitz, siguiendo la norma de su organización, lanza su escasa batería de argumentos con el fin de demostrarnos la posibilidad de realzar la revolución proletaria mundial desde un destacamento comunista nacional. Lo verdaderamente triste es que nuestro camarada no entra en el fondo del problema, dedicando sus líneas a plantear el carácter necesario e inmediato del problema nacional en Euskal Herria y la axiomática defensa *"del hecho de que Euskal Herria constituya un marco autónomo de la lucha de clases"*; cuando el eje central para inaugurar una nueva ola de la revolución proletaria mundial es el problema de su dirección política, de su vanguardia. Éste es el problema general que Kimetz niega partiendo del aspecto nacional, planteándolo como un problema acuciante. Por tanto, planteado el problema de la dirección política, en términos generales, la solución se sitúa en el ámbito del balance. Pero no sólo hay que plantearlo en términos generales, sino que políticamente donde se resuelve el problema de la dirección, en relación con el imperialismo, es en el marco del Estado imperialista español.

La peculiar interpretación de la teoría leninista del eslabón más débil, por nuestro camarada, encierra una trampa dialéctica. Reproduce la teoría revisionista de *la unidad de los comunistas* en el plano internacional. A la hora de abordar Ekaitz, no sin querer, el problema de la dirección de la revolución proletaria mundial, pretende resolver sin ni siquiera mentarlos dos cuestiones necesariamente relacionadas, el problema de la reconstitución del movimiento comunista internacional y la reconstitución de la internacional comunista. Apostando por un modelo internacional que reproduce una sociedad entre iguales constituida por la suma de los diferentes destacamentos comunistas nacionales. Es está una visión metafísica del movimiento comunista internacional, y por tanto de la Internacional Comunista, que reedita en el plano internacional el discurso revisionista de *la unidad de los comunistas*.

Centrémonos en este tema de la Reconstitución del movimiento comunista internacional y de su partido, la Internacional Comunista.

Por un lado, el marxismo-leninismo nos enseña que para generar movimiento revolucionario son necesarios dos elementos: una vanguardia orientada por la teoría revolucionaria, y una base social sobre la que aplicar una política revolucionaria.

Por otro lado, las dos principales experiencias revolucionarias, la Revolución de Octubre (la cual culmina con la instauración del primer Estado proletario, experiencia que permite al proletariado ruso desarrollar el papel de vanguardia internacional, y constituir la III Internacional, la cual se disolverá cuando el proletariado

soviético se vea incapaz de resolver los nuevos problemas que plantea la Revolución Proletaria Mundial) y la Revolución China, nos demuestran que todo movimiento revolucionario de carácter internacional tiene que articularse en torno a una vanguardia cuyas posiciones de avanzada estén avaladas por una práctica social. Práctica social que resuelva problemas revolucionarios de naturaleza universal.

Resumiendo, la experiencia de la Revolución Proletaria Mundial nos permite apreciar la constitución de la Internacional Comunista como la forma que adopta un movimiento a escala internacional generado desde la forma superior del movimiento proletario alcanzado en un país, proletariado que ha logrado elevar su lucha hasta la dictadura de clase. Y como nos demuestra Octubre, desde la derrota de la burguesía en el marco donde históricamente han cristalizado las relaciones de dominación de clase, el Estado. Por tanto, a la hora de reconstituir el partido comunista, no se pueden sustituir todo los requisitos científicamente concebidos sobre el análisis de la experiencia histórica del proletariado internacional con simple metafísica, no basta con reemplazar procesos materiales, reales, con una consigna ideal.

Sobre la vocación universal del proletariado

Siguiendo el hilo del punto anterior, Ekaitz intenta demostrar que en su política sigue habiendo un sitio para el internacionalismo proletario:

"En este sentido podemos decir que la nación es un ámbito en el que se producen y reproducen tanto el capital como la fuerza de trabajo, en el que se producen y reproducen las fuerzas productivas y las relaciones de producción. Por tanto, 'la nación es un ámbito en que se producen y reproducen las clases'.[9] *Así entendida, la nación es un conjunto de condiciones de producción".*[10]

"Pero, antes de nada, debemos tener en cuenta que la lucha del pueblo trabajador vasco no es una lucha aislada. El hecho de que Euskal Herria constituya un marco autónomo de lucha de clases, no significa, en modo alguno, que nos debamos desvincular de la lucha de la clase obrera y del resto de los pueblos y naciones oprimidas por el Estado español. Por una parte, no podemos hacerlo, porque somos internacionalistas y pensamos que la Revolución Vasca forma parte indisoluble de la Revolución Europea y de la Revolución Mundial. Pero, además, también tenemos y debemos tener siempre en cuenta que somos un pueblo pequeño, situado en un pequeño territorio, y que además existen unos lazos económicos, sociales, históricos, etc., entre nuestro pueblo y el resto de los pueblos oprimidos por el Estado español, y que éste es para todos el enemigo común".[11]

Lo que pretende Ekaitz, en relación al principio del internacionalismo proletario, es una unidad sin internacionalismo, centrada principalmente en el aspecto nacional de la contradicción, lo que viene a ser internacionalismo formal. El marxismo-leninismo plantea el problema de la cuestión nacional como un problema democrático entre naciones, y por tanto, su solución es el reconocimiento del derecho a la autodeterminación de las naciones; esto en cuanto al aspecto democrático de la contradicción. Frente a éste, el marxismo- leninismo plantea el internacionalismo como su contrapartida dialéctica, por tanto, el aspecto revolucionario de la contradicción. Esto se traduce en la potenciación de la unidad de la clase obrera junto con y frente al reconocimiento del principio o derecho democrático a la independencia o secesión (autodeterminación) de las naciones.

El error de nuestro camarada se encuentra en la desvirtuación de esa dialéctica con la única finalidad de justificar la separación nacional de la clase bajo el ardid de una presunta y diferida unidad internacional del proletariado. El movimiento de las naciones oprimidas debe ser dirigido por la Internacional, es la alianza de todos los proletarios desde la internacional la que dirige la liberación. Lenin plantea primero destruir el estado y luego la autodeterminación, justo lo contrario del independentismo que nos plantea Ekaitz desde su visión economicista de la unidad internacional del proletariado.

La unidad internacional del proletariado surge de su singularidad histórica como clase determinada por una serie de circunstancias socioeconómicas y consiste en su vocación universal. Por tanto, esas circunstancias son comunes al proletariado en todo el mundo y sus tareas son también las mismas. Resumiendo, la unificación internacional del proletariado pasa por realizar la unidad política de un fenómeno económico y social universal. Consiste por tanto, en el internacionalismo en sentido puro, no en la unión voluntaria del proletariado separado por las naciones en las que se encuentra dividido, postura ésta defendida por Ekaitz con la única argumentación de que partimos de condiciones específicas diferentes; siendo este el lugar en el que nuestro camarada rompe con el materialismo-dialéctico, dejándose llevar por los caprichos del subjetivismo voluntarista, sustituyendo las condiciones objetivas comunes, como base material y motivo para esa unidad internacional. En estos términos, la palabra internacional, pierde su vocación universal, y por tanto su carácter internacionalista.

Conclusiones

El oportunismo de Kimetz, ha engendrado una nueva forma de economicismo, que asume acrítica y espontáneamente el concepto de nación, convirtiéndolo en el eje central de su discurso político. Circunscribe toda su actividad a un territorio nacional, considerándolo un marco específico de la lucha de clases, y adapta e incorpora el internacionalismo al punto de vista de un

solo destacamento nacional.

También es erróneo el concepto del proletariado como "clase nacional". El proletariado es una clase internacional que se divide en destacamentos territoriales en función de las correlaciones entre las clases, de la lucha entre ellas y, en primera instancia, del contexto sociopolítico en el que la burguesía genera y reproduce las condiciones económicas de su dominio como clase social. La clase obrera es internacional y se *nacionaliza* a través del orden político-territorial de dominación impuesto por la burguesía. El internacionalismo proletario, de esta manera, parte de la clase obrera universal.

Los diferentes elementos que conforman la línea política de Kimetz denotan un declive de su línea desde posiciones revolucionarias. Estas posiciones plantean la reconstitución del Partido Comunista en torno a la ideología, lo cual consideramos correcto; pero debido a que el MLNV se presenta ante ellos como referente, devienen en oportunismo nacionalista, en el que aparece fortalecida la tendencia al practicismo. Estas tendencias revisionistas se acentúan debido a su falta de documentos de línea, cuya existencia permitiría desarrollar la lucha de dos líneas entre destacamentos de vanguardia. Este déficit se intenta suplir con *Kimetz Informa*, dedicado a atender los "problemas reales de las masas". Estos dos aspectos de la línea política de Kimetz (voluntad de reconstitución y deriva practicista), constituyen la contradicción principal de esta organización, contradicción que explica las limitaciones de su política, sobre todo su falta de compromiso hacia el plan de reconstitución, evitando responder a la *Carta abierta a Kimetz y al resto de la vanguardia revolucionaria del Estado español*, publicada por el MAI. Esta contradicción es la que le impide posicionarse respecto a una de las dos líneas que conforman el movimiento comunista en el Estado español: la unidad de acción sobre la base del balance y la lucha de dos líneas como método para la reconstitución, o la reconfiguración del revisionismo bajo la bandera *nacional* de la III República o de la independencia nacional.

mai@nodo50.org

NOTAS

[1] Ver, Kimetz: *Llamamiento a todos los comunistas y revolucionarios vascos: centrar todos los esfuerzos de constitución del partido en torno a Kimetz.*

[2] Ver, Kimetz: *Manifiesto político*, p. 1. Vemos como en el principio de la cita Kimetz posiciona a la burguesía del lado del enemigo ("se situaría al otro lado de nuestras posiciones"). No esperamos menos de un análisis aparentemente marxista. Pero, rápidamente, no sólo insinúa la neutralización de la burguesía nacional por el proletariado ("o al menos no hacer que caiga del lado del enemigo"), sino que llega a insinuar la alianza con ella, según una línea frentepopulista (con "un análisis más exhaustivo" –querrán decir burgués– "en un primer momento debemos contar con ella", "podría tener un papel determinante").

[3] Nos resulta curioso que la mayoría de las organizaciones maoístas del Estado español defiendan, como Kimetz, una línea nacionalista. Podría tratarse de una casualidad, aunque más bien es una evidencia. Por tanto, podemos suponer que debe haber algo en el maoísmo que sirve de base para justificar las desviaciones nacionalistas en determinadas organizaciones comunistas. Aunque en el caso de la organización que estamos tratando, no encontramos en ningún documento suyo las razones por las que se acercaron al maoísmo. Nosotros, por nuestra parte, consideramos que el maoísmo debe ser abordado desde el balance en el marco de la reconstitución, y evidencias como éstas tienden a reafirmar nuestra postura, de no tratar el maoísmo con apriorismos.

[4] Ver, Kimetz: *Llamamiento a todos los comunistas y revolucionarios vascos: centrar todos los esfuerzos de constitución del partido en torno a Kimetz.*

[5] Ver Plataforma por la reconstitución del Partido Comunista de Euskal Herria: *Manifiesto Político*, p. 48.

[6] Ver, Kimetz: *Llamamiento a todos los comunistas y revolucionarios vascos: centrar todos los esfuerzos de constitución del partido en torno a Kimetz.*

[7] Ver Ekaitz: Sobre el ámbito territorial de la organización del partido, p. 13. Es curioso cómo todos los revisionistas encuentran siempre alguna excusa para justificar su política. Ya sean los republicanos, que para mantenerse en su revisionismo atacan a la institución monárquica, o las organizaciones que, como Kimetz, se centran en el *marco de actuación* para ocultar sus desviaciones nacionalistas. Siempre una excusa para evitar al Estado como objetivo de la lucha de clases.

[8] Ibid., p. 14.

[9] Esta afirmación no tiene valor ninguno, porque todo es un ámbito en que se producen y reproducen las clases. Ekaitz señala la nación, una vez más, porque le interesa para justificar su marco de actuación.

[10] Ver Ekaitz: *Sobre el ámbito territorial del partido*, p. 3.

[11] Ibid, p. 14.

El asesino de Gavà

"I si un trist atzar m'atura i caic a terra
porteu tots els meus cants
i un ram de flors vermelles
a qui tant he estimat."

Lluis Llach

Demasiados muertos, todos asesinados. Ningún culpable. Las responsabilidades se diluyen una vez más entre un mar de burdas excusas. Por supuesto, un cabeza de turco hay que encontrar que no es otra que la propia víctima. Otra vez el proletariado es el inmolado, el que no se beneficia del pacto social de clase del que goza la amplia aristocracia obrera, estómago agradecido e hipoteca contenta, y sobre el cual se asienta la estabilidad del sistema. Todos los asesinados de Gavà pertenecen a nuestra clase, a su sector más explotado y desfavorecido, familias emigrantes sin integrar en la sociedad catalana que les ha acogido para ser exprimidos de por vida. Los que tenían más suerte podían salir de sus guetos para regresar después de patéticos jornales. Y muchas sanguijuelas burguesas aún piensan que deben de dar gracias por tener cuatro paredes de papel de fumar bajo los que cobijarse. La explosión en una de las viviendas ha derribado la fachada del edificio entero.

El derecho a una vivienda digna es proclamado por la sacrosanta, reaccionaria y huera Constitución del Estado español. Ni como derecho fundamental es contemplado tal derecho, pues por encima está, en el reino de la sacralidad, la propiedad privada, que da permiso para enriquecerse a costa del resto de derechos y necesidades de las masas trabajadoras. Es la historia de siempre.

Todo ocurrió después de negligencias funcionariales. Los cuerpos de seguridad, tan displicentes a la hora de forzar los desahucios de los que no pueden hacer frente a las deudas y para desalojar ayuntamientos cuyo delito es no asumir el discurso oficial del régimen, tan insensibles a la hora de apalear manifestantes díscolos y de defender el derecho al trabajo sólo los días de huelga, tan eficientes a la hora de secuestrar periódicos y efectuar detenciones por no aplicar el libro de estilo de lo políticamente correcto y mejor pagado, decidieron en este caso que no era de su incumbencia si el gas acechaba amenazante con seguir el curso de la física más elemental.

Todo ocurrió casi a la vez que el atentado de ETA contra un empresario de la construcción, uno de esos abnegados filántropos que se han ganado la vida con sus manos y que tantos puestos de trabajo dan a tanto pobre trabajador desempleado. Exceso de minutos de silencio por este *mártir* intentó imponer la clase dominante, mientras la pequeña burguesía radicalizada se estremecía de emoción con los disturbios de Atenas, sin por ello detenerse a pensar en el eterno callejón sin salida en el que siempre desemboca la espontánea violencia anarquista. Gavà no mereció minutos de silencio oficiales ni asaltos a comisarías. No eran los muertos de la burguesía. Ni de la grande ni de la pequeña. Los muertos eran de los nuestros, muertos de la clase que revolucionará el mundo y se tomará justa venganza. Pero tampoco los comunistas empleamos el tiempo en testimoniales e impotentes gestos por los miembros de nuestra clase que caen en el combate diario por la vida, sino que preferimos entregar nuestra vida entera a la lucha por derribar al culpable de la muerte de los nuestros, el sistema capitalista. Pero que, bajo esta abstracción sistémica, no piensen los responsables directos de este nuevo asesinato que queda difuminada su responsabilidad. Responsables de la sangre que vierte el proletariado en este mundo globalizado son todos aquellos que sustentan directa o indirectamente el sistema imperialista mundial de explotación. La categoría del inocente no existe en las relaciones sociales de vida y producción. "Sólo las piedras son inocentes", decía Hegel.

Y qué decir, en un territorio en que la cuestión nacional aún está por resolver, de los que, diciendo defender la necesidad de la revolución y el socialismo, centran preferentemente su actividad en la lucha por la independencia, sin tan siquiera darse cuenta de que al no conseguir fusionar revolución y autodeterminación sólo nutren de apoyos a un sector de la clase dominante españolista y españolizadora. "*Mori el Borbó!*", gritó hace poco un diputado de ERC con el que todos se solidarizaron. Sí, por supuesto, el grito del pueblo catalán de hace 300 años aún tiene cierto sentido a pesar de que el Habsburgo con el que se le pretendía sustituir ya no esté sobre el cuadrilatero. Pero el responsable real de la opresión de los pueblos ibéricos es el mismo que el que esclaviza con el salario al trabajador, el capital. Ni las veleidades republicanas ni la independencia nacional garantizan en ningún caso la independencia política y social: es imprescindible acabar con el sistema de explotación. El Estado español soberano, imperialista y extorsionador de sus clases trabajadoras las obligó a emigrar fuera de sus tierras para favorecer la desintegración del pueblo de acogida y alejar de sus dominios

directos la presión infrasocial. Si los comunistas y el resto del proletariado no comprenden que a la revolución proletaria mundial ha de acoplarse la lucha de los pueblos por su autodeterminación, la conquista máxima a la que podrá aspirarse es la creación de una cárcel como el Estado militar de Israel.

Morir en Gavà, morir en patera, morir yendo al tajo, en el andamio o bajo tierra, los trabajadores tenemos un inmenso escaparate de posibilidades donde poner fin a nuestra existencia y todo hay que agradecérselo a la democrática y liberal dictadura de la burguesía. La miseria y la pobreza, en el supuestamente tan alejado tercer mundo o en nuestro invisible y sin embargo tan cercano cuarto mundo, tienen su espacio y cumplen su papel como generadores de plusvalía, pues bajo el sistema no puede haber territorios y, aún menos, personas de las que no pueda extraerse el jugo del que se nutre la burguesía. La caridad disfrazada de solidaridad y gestionada por infinitas ONG's no sólo genera puestos de trabajo y más de una cuartada imperialista, disfrazada de intervención humanitaria, ecotasa, de turismo solidario o comercio justo, que tanto da. Además, sirve para combatir los remordimientos, justificar conductas diarias insolidarias, desviar la atención y la toma de conciencia a la vez que aumenta la audiencia de programas basura que sólo sirven para acrecentar el grado de morbosidad evasiva y alienadora e incrementar los beneficios de las numerosas cadenas de información monotemática. Sin embargo, cuando esos parias del mundo deciden no seguir jugando al juego macabro de vulgarizar la miseria y deciden intervenir políticamente, proveerse de la teoría revolucionaria y de arrebatar las armas a los que les apuntan con ellas para iniciar la guerra popular al grito de ¡muera el capital!, entonces, pasan rápidamente a ser acusados de narcoterroristas, precisamente por los que se ponen hasta el culo de estupefacientes en cualquier antro de *ocio* del occidente imperialista (recordemos al *mamao* de Haider).

Ésta es la única manera de morir que el proletariado puede escoger libremente, luchar incansablemente contra la burguesía y, si en el transcurso del combate se ha de caer, que sea después de haber contribuido a la emancipación de la humanidad y no abrasado en la propia casa o aplastado contra el suelo o sepultado bajo tierra o atravesado por la ferralla del automóvil con el que se corría, para no llegar tarde al deber impuesto de trabajar para un empresario o para evadirse del mismo.

Éste es el único camino que debe recorrer todo trabajador a lo largo de su vida. Dotarse de conciencia revolucionaria y de Partido Comunista para poder abandonar una vida dedicada a trabajar y consumir para el capital y cambiarla por una vida de lucha en su contra. No es fácil, pero es la tarea.

Movimiento Anti-Imperialista
Diciembre 2008

mai@nodo50.org

Fuego en la acrópolis

En el momento de escribir estas líneas aún crepitan las llamas de la rebelión que estalló en Grecia a principios de diciembre, tras el asesinato por la policía de un joven estudiante de 15 años, nueva afrenta de nuestros explotadores que, por una vez, tuvo respuesta. Aunque ésta aún queda muy lejos de lo que sucederá cuando la burguesía tenga que rendir cuentas de todos sus crímenes, ha tenido la virtud de amenizar nuestra gris y rutinaria existencia de esclavos en unas fechas en las que suele estar programada, para mayor gloria de las estadísticas macroeconómicas, la principal orgía consumista del año. No obstante, el acontecimiento ha tenido el suficiente impacto, y más aún en un contexto en que todavía está fresca en nuestra retina la permanente rebelión de la *racaille* francesa, como para que, en este marco, bien pueda anunciar el establecimiento de otro ambiente social en la Europa imperialista tras más de dos décadas de continuado banquete neoliberal. Además, la rebelión, con el apoyo activo o la indisimulada simpatía de grandes sectores de las masas griegas, ha tenido un calado de una entidad suficiente como para poner una vez más en evidencia a los especimenes políticos que hegemonizan el espectro autodenominado revolucionario.

Comencemos por el Partido Comunista de Grecia (KKE), una de las organizaciones que forman esa tríada europea, junto al Partido Comunista Portugués y al Partido del Trabajo de Bélgica, que tan abiertamente es admirada y puesta como ejemplo de "comunismo revolucionario" por la derecha republicana de nuestro movimiento en el Estado español. No cabe duda que observar su actitud en una situación de abierta crisis social sirve, no sólo para evidenciar a los revisionistas griegos, sino también a sus furibundos admiradores patrios, a los que (afortunadamente para ellos) una situación social local menos explosiva les da un mayor margen para hacer gala de su monótono radicalismo verbal.

Es sabido que, como resultado de su negativa para extraer consecuentemente lecciones de la experiencia revolucionaria del Ciclo de Octubre, fruto del paradigma espontaneísta-economicista del que beben todos estos grupos *hermanos* se desprende un esquema de la revolución que pone el acento en las "condiciones objetivas" (reducidas a su aspecto meramente económico). Así, el escenario que sirve de base para la acción revolucionaria es preferentemente una crisis económica, detonante para la crisis social que permite a la vanguardia, organizada como partido, transformarla en crisis revolucionaria. Ése es sucintamente el esquema del que bebe la tradición de la Komintern. En él la labor de la vanguardia queda reducida a una permanente "acumulación de fuerzas" en espera de que las "condiciones objetivas" económicas, cual *deus ex machina*, vengan en ayuda de la revolución. Esta "acumulación" se intenta realizar utilizando preferentemente la legalidad burguesa, con el parlamento como meta y termómetro de este trabajo. El complemento de esta labor es la confección de toda suerte de "programas mínimos" de reformas, mejor cuanto más alejados de la revolución proletaria se encuentren, desde el más estrecho y mezquino sindicalismo hasta la solemne proclamación de los bondadosos valores cívicos de una república. Por supuesto, en todo este camino de apuntalamiento izquierdista del mundo burgués (reproducción de la posición objetiva del obrero como sujeto despojado a través de la política sindicalista, y de la democracia burguesa a través del ciudadanismo interclasista de la república) hay mucho espacio para clamar por la "práctica", la "aplicación creativa" de los principios, etc., y enviar a la hoguera del manido izquierdismo a quien pudorosamente se atreva a sugerirles que este descarado seguidismo del proceso social espontáneo no se corresponde, ni tan siquiera semánticamente, con el concepto de vanguardia forjado por el comunismo.

Pero centrémonos en uno de los fetiches más célebres y socorridos para estos oportunistas, que no tardan en espetar a los que ellos denominan dogmáticos: la pretensión de que, frente al "manual revolucionario", ellos basan su política en el análisis de la "realidad concreta". ¿Es esto así o más bien resulta, como sospechamos, una frase más? Las posiciones del KKE ante el inicio de la revuelta, y que marcan su política a lo largo de la misma, resultan sumamente interesantes al respecto.

Como ya hemos señalado, la participación de este tipo de oportunistas en el circo electoral se suele justificar, aquí, en Grecia y en el resto del mundo, en la socorrida "acumulación de fuerzas". Debido a que no hay un ambiente social propicio y a que la clase obrera no se interesa por el comunismo, les parece legítimo reforzar este desinterés presentando al comunismo como una marca electoral más a competir en el saturado mercado de la política burguesa. Arguyen que sirve para dar a conocer y familiarizar a las masas con el comunismo, cuyos símbolos son reducidos a mera marca electoral y su discurso, muy rebajado ya de fábrica, a mitin de campaña; también, señalan, es útil como índice del estado de ánimo de las masas.

Aún alguien podría ser indulgente con esta apología del cretinismo parlamentario y pensar que las organizaciones que lo sustentan lo hacen obligadas por las actuales y poco propicias circunstancias, pero que "llegado el día" de la crisis social y de la efervescencia de las masas actuarán haciendo honor al nombre que usurpan.

Pues bien, tenemos que después de largos años de relativa estabilidad social de repente aparece esa crisis económica salvífica, además de una magnitud sin precedentes en muchas décadas, y que en algunos lugares deja paso a la crisis social y a un enorme grado de conflictividad. En Grecia las masas se agolpan en las

calles, atacan a la policía y a los símbolos gubernamentales y económicos, generando un auténtico vacío de poder.

Ante ello ¿qué ofrece uno de esos serios "puntales revolucionarios de Europa" que dicen es el KKE? En una resolución de su Comité Central de seis puntos al inicio de la revuelta, tras la retahíla de inofensivos lugares comunes de denuncia sobre el "autoritarismo", la "represión" y el "recorte de derechos" (¡juramos que no hemos leído ni una sola vez en toda la resolución la palabra "capitalismo" o alguno de sus derivados!), y tras sembrar la duda sobre "enmascarados y encapuchados, formados en las entrañas del Estado" (una constante histórica de todos los partidos revisionistas el acusar de "esbirro de la reacción" a todo lo que a su izquierda tiene una mínima relevancia social o política), acaban en su sexto y último punto diciendo:

"La situación exige estar muy alerta en vista de la posibilidad de adelanto electoral, para que los partidos del sistema bipartidista sufran un gran golpe. (…) El pueblo debe dar a ND y al PASOK una buena lección en las próximas elecciones. (…) El primer paso en esta dirección es el fortalecimiento del KKE en todos los campos."[1]

¡Toda esta historia para acabar remitiendo la crisis social y el vacío de poder hacia su canalización a través del parlamento burgués! Todo el horizonte de una revuelta a gran escala reducido a castigar en las urnas a los partidos de gobierno. Ése es el célebre "análisis de las condiciones concretas y de la realidad específica" de nuestros oportunistas: el parlamento como única meta de su actividad, ¡la misma receta y la misma práctica tanto en situaciones de estabilidad social como en las de crisis! ¿Quién aplica aquí manuales dogmáticamente? ¿Quién es el teólogo incapaz de aplicar más que el esquema de sus sagradas escrituras?

Por supuesto, desde el MAI censuramos este esquema de la revolución como consecuencia de la crisis y la resistencia espontánea de las masas, agotado con el fin del Ciclo de Octubre, pero es que los farsantes ni siquiera son consecuentes con las periclitadas concepciones a las que siguen tozudamente aferrados.

Más coherentes con la resistencia espontánea como base para un accionar radical aparecen los anarquistas, que han sido el verdadero corazón de la rebelión. Desde luego, poco podemos añadir nosotros al viejo contencioso entre marxismo y anarquismo. El relativo auge de esta corriente en los últimos años dentro del reducido espectro de la extrema izquierda no es sino un síntoma más del fin del Ciclo y de la crisis y desprestigio del marxismo, que ha hecho que muchos sectores de la vanguardia se vuelvan hacia viejas concepciones que ya tuvieron sobrada oportunidad para ponerse a prueba y que también fracasaron, incluso de forma más prematura que el seudomarxismo reformista y dejando un menor legado de experiencia revolucionaria. Sin embargo, el actual momento de popularidad de esta tendencia entre la vanguardia es probable que sea un estadio necesario tras el naufragio del Ciclo, esa "expiación de los pecados oportunistas del movimiento obrero", como acertadamente caracterizara Lenin el anarquismo.

Sólo indicar a los eufóricos anarquistas que, del mismo modo que ellos se imaginan que la historia ya dictó sentencia con el marxismo, la diosa Clío es una crítica implacable y no dejará pasar impunes los fracasos y la impotencia. Y, desgraciadamente, no nos cabe duda de que ése será el resultado a medio plazo de la gran revuelta en Grecia. Consideramos que ello es así

porque, independientemente de otras diferencias, el anarquismo también bebe de ese mismo viejo paradigma, acentuándolo más incluso, que pone el peso principal de la acción revolucionaria en la espontaneidad de las masas. A ello se une su proverbial incomprensión de la naturaleza del hombre como conjunto de relaciones sociales e históricas, al que, por el contrario, entienden como una mónada aislada capaz de forjarse a sí mismo cual Robinson en plena consonancia con el liberalismo burgués. De ello se desprende su aversión por la teoría y organización revolucionarias, lo que les impide cerciorarse de la paradójica posición de vanguardia que efectivamente ha ocupado en esta revuelta y actuar en consecuencia. Mucho nos tememos que de la vid de la rebelión sólo va a germinar el vinagre de la impotencia y la frustración.

Le dialogue social à la Sarkozy.

De todos modos, la revuelta ha puesto de manifiesto algún punto interesante más. Por un lado, la enésima confirmación de lo que defendíamos en nuestra *Carta abierta*: la tendencia objetiva de la crisis social hacia la creación de vacíos de poder en las áreas urbanas. Esta verdad la sosteníamos frente a quienes negaban la posibilidad de la Guerra Popular en el occidente imperialista sustentándose con argumentos de corte economicista, basados en la estructura productiva y demográfica, que son incapaces de pensar este tipo de estrategia en otro lugar que no sean las zonas rurales. Vuelvan a mirar la realidad honestamente señores, si un movimiento espontáneo y muy rudimentariamente organizado, *caótico*, como dicen orgullosamente los anarquistas griegos, ha sido capaz de poner contra las cuerdas a un gobierno imperialista y generar auténticas zonas liberadas en las urbes, ¿de qué no será capaz la forma superior de organización del proletariado, el Partido Comunista aplicando Guerra Popular?

Por otro lado, la probada incapacidad de los actores políticos, tanto revisionistas como anarquistas, para llevar la rebelión más allá de ridículos "castigos parlamentarios" o de una permanente algarada en la calle, muestra la limitación intrínseca de la resistencia espontánea de las masas, aún a gran escala y cuando sus motivaciones apuntan a objetivos políticos (como el derrocamiento del gobierno griego de turno), para servir de plataforma a la construcción de un movimiento revolucionario. En todo caso, su funcionalidad para la revolución sólo será tal si ya existe ese movimiento mínimamente configurado y constituido desde instancias diferentes a la resistencia, como sólo puede ser la concepción proletaria del mundo y una, por mínima que sea, experimentación de sectores de las masas con formas de Nuevo Poder. La experiencia revolucionaria de las masas no se basa en su hastío o indignación y en las subsecuentes manifestaciones de éstos, sino en que empiecen a tomar las riendas de su vida, en toda su amplitud, a través de formas de organización política independientes de los mecanismos del capital. Es decir, como ya hemos repetido en muchas ocasiones, las masas se posicionan con la revolución, no desde la resistencia sino desde la experiencia de su dictadura de clase. Es por ello que una verdadera línea de masas comunista, una vez reconstituida la ideología revolucionaria y cohesionado un amplio sector de la vanguardia en su torno, ha de tener como objetivo la construcción de los mecanismos que permitan este tipo de experimentación, lo que, en las primeras fases, seguramente se tenga que hacer de manera clandestina. El barrio de Exarjia en Atenas, las *banlieues*, las zonas periféricas y más deprimidas de las grandes ciudades, donde la presencia institucional del Estado burgués es prácticamente nula, son zonas abonadas para este tipo de trabajo; y son lugares que existen permanentemente, no dependiendo de cataclismos económicos ni de la resistencia puntual de las masas, sino que son el primer síntoma evidente de la crónica crisis del sistema capitalista en su fase imperialista.

Desde la cuna de la civilización y democracia occidentales, erigidas siempre sobre la esclavitud, tanto la antigua como la moderna asalariada, nos ha llegado otro síntoma evidente del agotamiento del modelo civilizatorio sustentado sobre la división de la humanidad en clases. De nosotros depende sembrar las semillas de una nueva civilización. Ello pasa hoy por la reconstitución ideológica y política del comunismo sobre la base del Balance del Ciclo de Octubre.

Movimiento Anti-Imperialista
Enero 2009

[1] *Resolución del Comité Central del KKE sobre los recientes acontecimientos y manifestaciones*, 9 de diciembre de 2008.

El arsenal-Frida repartiendo armas, 1928, mural de Diego Rivera. Secretaría de Educación Pública-México

Se procederá inmediatamente a armar a todo el proletariado con fusiles, carabinas, cañones y municiones; es preciso oponerse al resurgimiento de la vieja milicia burguesa dirigida contra los obreros. Donde no puedan ser tomadas estas medidas, los obreros deben tratar de organizarse independientemente como guardia proletaria, con jefes y un Estado Mayor Central elegidos por ellos mismos, y ponerse a las órdenes no del Gobierno, sino de los consejos municipales revolucionarios creados por los mismos obreros. Donde los obreros trabajen en empresas del Estado, deberán procurar su armamento y organización en cuerpos especiales con mandos elegidos por ellos mismos o bien como unidades que formen parte de la guardia proletaria. Bajo ningún pretexto entregarán sus armas y municiones; todo intento de desarme será rechazado, en caso de necesidad, por la fuerza de las armas. *(Carlos Marx y Federico Engels)*

Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas

Apdo. de correos 50944
28080 Madrid
mai@nodo50.org
www.nodo50.org/mai